



UNIVERSIDAD DE LA REPUBLICA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS

Eugenio Coseriu

Sistema, Norma y Habla

(Apartado del N.º 9 de la Revista de la
Facultad de Humanidades y Ciencias)

Montevideo
1952

415
COS
ej-2

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DPTO. DE LINGÜÍSTICA

Entró el 23-10-73
N.º 9292

EUGENIO COSERIU

SISTEMA, NORMA Y HABLA *

1. — Posibilidad de una distinción tripartita en la realidad unitaria del lenguaje. 2. — Incoherencias y contradicciones de los enunciados acerca de "lengua" y "habla". 3. — Insuficiencia de la dicotomía saussureana. 4. — La idea de "norma" en la investigación empírica y en la lingüística estructural. 5. — Ejemplificación. 6. — Esbozo de una teoría coherente del hablar y de su formalización. 7. — Importancia y utilidad de la distinción tripartita.

1. En una "Conferencia de semántica" realizada en marzo del año pasado en Niza, por iniciativa de Emile Benveniste, y en la que participaron nueve ilustres lingüistas de varios países europeos y de Estados Unidos, los profesores Hjelmslev, de Copenhague, y Lotz, de Nueva York, semantistas "intrínsecos" y representantes, en la conferencia, de la "dirección integral de la gramática general", presentaron su posición resumida en un cuadro en el cual aparece la distinción de tres aspectos en el lenguaje —*esquema, norma establecida y parole (habla)*—, en lugar de los dos ya tradicionales en la lingüística postsaussureana (aun en la que no acepta la doctrina del maestro lebrino), es decir, la *langue* y la *parole*, la *lengua* y el *habla* (*Sprache-Rede, language-speech*).

A cada uno de los tres aspectos, deberían corresponder, en el propio campo absoluto del lenguaje e independientemente de una realidad exterior significada, designada o referida, disciplinas y unidades particulares: *cenémica, fonémica y fónica* (disciplinas) y *plerema, fonema y fono* (unidades), en el plano de la expresión; *plerema, semémica y sémica, plerema, semema y sema*, en el plano del contenido.

Al informar brevemente acerca de la Conferencia, en el *Archivio lottologico Italiano* (1), Giacomo Devoto observa: "Una... novità complicatrice) è la scissione della "lingua" saussuriana in 'schema' e 'norma'. Quello che nello schema è l'unità vuota o cenema, nella norma diventa il fonema; e quello che nello schema è l'unità piena o plerema, nella norma diventa il semema. Questo porta come conseguenza che anche la opposizione relativa fondamentale, secondo il

(*) Ampliación de una comunicación leída en el Centro Lingüístico de Montevideo, en la sesión del 10 de mayo de 1952. Un resumen de este trabajo fue leído al VII Congreso Internacional de Lingüistas, realizado en Londres del 6 al 10 de septiembre de 1952.

(1) AGI. XXXVI, I, pp. 82-84.

64608



Saussure, deve restringere il rapporto di *signifiant* e *signifié* allo schema e, per quanto riguarda la norma, deve introdurre la coppia parallela di 'designante' e 'designato'. Questo doppio sistema di distinzioni può lasciarci perplessi e giustifica il dubbio se valga la pena di salire a queste astrazioni. La realtà della lingua è movimento e anche quando è considerata sincronicamente si fonda sopra un equilibrio instabile. Il vantaggio di una rappresentazione assolutamente geometrica si paga allo stesso prezzo della contemplazione della struttura anatomica interna di un uomo tanto reale e comodo da descrivere, ma diverso da quello vivo".

Pero, aun dudando de la utilidad de las excesivas abstracciones a que llega la escuela danesa, el mismo Devoto esboza en seguida una concepción no menos abstracta, por lo que concierne a la *parole*: "Tuttavia —escribe— la mia vera obiezione sta nella posizione del problema della *parole*, scissa analogamente nelle due specialità di "fonica" e "semica". La *parole* si distingue a mio avviso dalla *langue* non solo quantitativamente ma per struttura. La *parole* non può aver legami con lo schema né con la norma di una lingua perché non è ancora né suono né segno, non si sa ancora se si realizzerà in parole grammaticali piuttosto che in linee colori o note musicali". A esta *parole* que es y no es, que —por no haberse todavía expresado— es sólo intuición o pensamiento (y, por lo tanto, no es un hecho lingüístico y ni siquiera estético, sino simplemente psicológico, como proceso anímico, o también lógico, por lo que atañe a su íntima coherencia o a su relación con una realidad), o, de todos modos, es sólo una intención, una virtualidad, a esta *parole* dedicaría Devoto su semántica, entendida como lingüística del habla. Con esta última la semántica se identificaría, a pesar de que el habla implica sólo el establecimiento concreto de determinadas relaciones significativas individuales que, de una manera general, preexisten en la lengua, en la medida en que ésta preexiste al habla, o que en ella se vuelcan, en la medida en que la lengua se constituye sobre la base de los actos concretos de habla.

Dicha *parole* devotiana puede ser distinta cuantitativa y estructuralmente de la lengua (aunque esto no significa que lo sea también y necesariamente desde el punto de vista de su íntima naturaleza, pues, si su expresión es lingüística, aun la *parole* así entendida tendría innegables vínculos con la *langue*), pero no es ésa la *parole* como nosotros la hemos hasta ahora entendido. No es la *parole* como identidad de intuición y expresión, es decir, como actividad creativa concreta, como suma de actos lingüísticos concretos y, sin duda, inéditos e individuales, dado que son expresión de intuiciones inéditas e individuales, pero al mismo tiempo convencionales y "hechos de lengua", *ejemplos* y *modos* de lengua, en cuanto se crean sobre la base de actos lingüísticos precedentes y, a su vez, sirven como base para actos lingüísticos ulteriores, puesto que la lengua no existe sino como sistema abstracto de actos lingüísticos comunes, o concretamente registrados o acumulados en la memoria de los individuos hablantes. Y no

es ésa la *parole* de de Saussure (y de Hjelmslev, ya que, en lo esencial, la escuela de Copenhague conserva acerca de este punto la doctrina saussureana), empleo individual de la lengua (sistema social), netamente distinta de esta última, que pertenecería a la sociedad y no al individuo, pero, al mismo tiempo, en continua e íntima relación con ella, dado que, si por un lado el habla es realización individual de la lengua, por el otro "nada existe en la lengua que no haya existido antes en el habla". Por lo tanto, la objeción de Devoto, más que una crítica a las abstracciones o a la tripartición de Hjelmslev, es la propuesta de una concepción netamente distinta acerca de la *parole* y que recuerda una posición en cierta manera análoga, sostenida por Sechehaye.

Pero no es nuestra intención criticar aquí y sobre la base de una única frase aislada, que puede prestarse a varias interpretaciones, una concepción lingüística como la de Devoto, que tiene indudablemente sus sólidos fundamentos teóricos, y tampoco entendemos desarrollar por nuestra parte una teoría personal de la *parole*. Lo que nos preocupa es averiguar si, desde el punto de vista metodológico, una tripartición como la de Hjelmslev, aunque hecha sobre otras bases y en términos algo distintos, puede resultar útil, provechosa y hasta necesaria en la lingüística teórica y en la lingüística histórica, tanto sincrónica como diacrónica. Es decir, si puede, por un lado, contribuir a una mayor comprensión de la íntima realidad y de la modalidad de ser de esa compleja actividad humana que es el lenguaje y, por otro lado, hacernos comprender mejor la naturaleza de los sistemas histórico-culturales que llamamos comúnmente lenguas y el factor intrínseco de su evolución: el cambio lingüístico, el mecanismo de su producción y difusión. Adelantamos que la tripartición que deseamos proponer podría también interpretarse como basada en una escisión de la "lengua" saussureana, pero que esto no sería ni necesario ni exacto, puesto que nuestro concepto de lengua de ninguna manera coincide con el enunciado por Ferdinand de Saussure y sus continuadores: para nosotros, el concepto de "lengua" es ulterior al análisis del lenguaje como fenómeno concreto y pertenece más bien a la lingüística histórica que a la teórica.

Devoto tiene indudablemente razón al expresar sus dudas acerca de la oportunidad de las excesivas abstracciones y el geometrismo a que llegan los cultores de la lingüística estructural, y en particular Hjelmslev, y ya otros lingüistas, de tendencia muy distinta a la de Devoto, como A. Martinet ⁽¹⁾, aun reconociendo la genialidad de las construcciones teóricas del maestro de Copenhague, han señalado los riesgos que implican la reducción de la lingüística a una álgebra de formas vacías y el desconocimiento de toda sustancia fónica. También es verdad que la realidad del lenguaje es movimiento (es decir que el lenguaje es actividad, es "perpetua creación") y que, por lo tanto,

(1) Au sujet des "Fondements de la Théorie linguistique" de Louis Hjelmslev, en *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, t. XLII (1942-1945), fasc. 1 (n. 124), pp. 19-42.

todo sistema sincrónico se basa en un equilibrio inestable, es necesariamente una abstracción. Pero una cosa es tener clara conciencia de los riesgos que la abstracción implica y otra cosa dudar de su ineluctabilidad teórica como condición necesaria de todo conocimiento científico. En efecto, aun coincidiendo plenamente en admitir que una consideración puramente estructural nos lleva a menudo lejos de lo "vivo" del lenguaje, es decir, de su realidad concreta, no nos parece que pueda deducirse de ello, como corolario, la conveniencia de rechazar sin más la abstracción, fuera de la cual no subsiste ninguna posibilidad de comprobar verdades generales y principios constantes en la multiplicidad, fragmentariedad y heterogeneidad de lo fenoménico; es decir, de comprobar en lo material del lenguaje aquellos aspectos ideales o formales que constituyen el verdadero objeto de la lingüística como ciencia de la cultura ⁽¹⁾. Quizás sea verdad, como observa Devoto, que el examen de la estructura anatómica del hombre nos aleja del conocimiento del hombre vivo, pero nos aleja sólo para acercarnos más en un momento sucesivo. Sin ese momento de abstracción, el conocimiento del mismo hombre vivo no sería conocimiento efectivo sino simple toma de contacto o, por lo menos, no sería conocimiento comunicable, ni científico. El propio "movimiento" del lenguaje no podría comprenderse sin la abstracción de unos principios ideales sincrónicos (no en el sentido de "simultáneos", sino más bien en el de "fuera del tiempo") que presiden el movimiento mismo, constituyendo su aspecto formal. A nuestro entender, la lingüística, más que otras ciencias, por la naturaleza misma de su objeto, debe moverse constantemente entre los dos polos opuestos de lo concreto y de lo abstracto: subir de la comprobación empírica de los fenómenos concretos a la abstracción de formas ideales y sistemáticas, y volver luego a los fenómenos concretos, enriquecida por los conocimientos generales adquiridos en la operación abstractiva. Lo importante es que no se conforme con la abstracción y no se quede en ella, porque la íntima comprensión de la realidad del lenguaje podrá alcanzarse sólo en ese tercer momento de vuelta a lo concreto. El lingüista, si se nos permite una imagen, debe ser al mismo tiempo botánico y jar-

(1) Observemos, de paso, que no estamos de acuerdo con el empleo algo despectivo que se hace a veces en la lingüística actual de los términos "abstracto" y "abstracción"; empleo que se debe al error semántico de considerar "abstracto" como sinónimo de "imaginado", "arbitrario", "no demostrado por los hechos", "irreal", "no verdadero", "falso", etc. Evidentemente, si se da a "abstracto" un único significado, oponiéndolo exclusivamente a "concreto", el término no puede significar "no verdadero" o "menos verdadero que lo concreto" sino sólo "más verdadero": la frase "3 más 3 igual 6" es *más verdadero* que la frase, relativamente menos abstracta, "3 caballos más 3 caballos igual a 6 caballos", porque indica una verdad *más general*. Por lo tanto, en la lingüística (como en otros campos), los efectivos errores no los implica la abstracción de por sí, que es operación científica indispensable, sino el considerar las abstracciones como realidades concretas (como en el caso de la reconstrucción de las llamadas "Ursprachen") o independientes y separadas de los hechos concretos (como en el caso del concepto de "lengua"), el tratar de aplicar al lenguaje moldes exteriores no deducidos de su realidad concretamente comprobada (como ocurre en muchas "filosofías del lenguaje" y en la gramática general de tendencia logicista).

dinero: debe llegar a la constitución de tipos abstractos e ideales de flores, pero sólo para cuidar mejor la vida caprichosa, compleja y cada vez sorprendente y nueva de las flores vivas y concretas de su jardín; debe ser botánico, para ser mejor jardinero.

Y otro punto fundamental es que el botánico comprenda que los tipos ideales a que ha llegado no tienen existencia autónoma en un mundo aparte, no existen fuera de las flores concretas e independientemente de ellas; que las formas abstractas resumen y generalizan lo concreto, pero no se le oponen. Queremos decir que es sumamente importante no considerar la abstracción como *otra realidad*, sino sólo como un aspecto formal y sistemático comprobado, por necesidades científicas, en los mismos fenómenos concretos, como una manera de encarar aquella realidad concreta única e indivisible que es el lenguaje humano.

Concretamente existen sólo actos lingüísticos (*Sprechakte*), existe sólo el hablar (*das wirkliche Sprechen, das Gespräch*), la actividad lingüística (*Sprechfähigkeit*); una actividad que es al mismo tiempo individual y social, que es de por sí asistemática, puesto que es perpetua creación de expresiones inéditas correspondientes a intuiciones inéditas, y dentro de la cual la distinción de un sistema más o menos estable no significa comprobación de otra realidad, distinta de los actos lingüísticos, sino que constituye sólo una necesaria abstracción científica, en vista de un estudio del lenguaje que vaya más allá del registro y análisis de los actos de hablar y pueda constituir historia.

Todo esto lo vió muy bien Humboldt, al afirmar que el lenguaje es *energeia* (*Tätigkeit*, actividad) y no *érgon* (*Werk*, producto); y lo vió también el viejo Hermann Paul, a pesar de que muchos lo consideren todavía como "típico representante teórico de la escuela neogramática", al distinguir entre "los procesos reales de la vida del lenguaje" y las abstracciones que llamamos "lenguas" ⁽¹⁾.

Nuestro problema es, por consiguiente, tratar de averiguar si se puede llegar a una tripartición, teóricamente aclaradora y metodológicamente útil, partiendo de una concepción monista del lenguaje y teniendo a ésta siempre presente.

2. La concepción a que hemos llegado tiene sus antecedentes, en primer lugar, en las dificultades que se encuentran en la definición de los conceptos de "lengua" y "habla", introducidos en la ciencia

(1) Wir sind bisher immer darauf aus gewesen die realen Vorgänge des Sprachlebens zu erfassen. Von Anfang an haben wir uns klargemacht, dass wir dabei mit dem, was die deskriptive Grammatik eine Sprache nennt, mit der Zusammenfassung des Usuellen, überhaupt gar nicht rechnen dürfen als eine Abstraktion, die keine reale Existenz hat. Die Gemeinsprache ist natürlich erst recht eine Abstraktion. Sie ist nicht ein Komplex von realen Tatsachen, realen Kräften, sondern nichts als eine ideale Norm, die angibt, wie gesprochen werden soll. Sie verhält sich zu der wirklichen Sprechfähigkeit etwa wie ein Gesetzbuch zu der Gesamtheit des Rechtslebens in dem Gebiete, für welches das Rechtsgesetz gilt... (*Prinzipien der Sprachgeschichte*, 5ª ed., Halle, 1920, p. 404). Paul emplea aquí el término "lengua común", pero, evidentemente, lo enunciado se aplica al concepto de lengua en general, y no sólo en sentido normativo.

lingüística por Ferdinand de Saussure ⁽¹⁾ y aceptados o reelaborados luego por toda una serie de lingüistas, discípulos o no del maestro ginebrino. La no coincidencia extensiva (connotativa) entre las muchas definiciones que se han dado de los dos conceptos ha sido señalada por varios autores, entre otros por O. Jespersen ⁽²⁾ y particularmente por A. Gardiner ⁽³⁾.

El mismo Jespersen, a pesar de su firme concepción empírica y unitaria del lenguaje, al abordar la distinción antedicha ⁽⁴⁾, da de los dos conceptos definiciones, explícitas e implícitas, bastante divergentes. La "lengua" (*language*) sería 'una especie de plural del habla', "lenguaje colectivo", 'el concepto común que se extrae de los lenguajes individuales', y la lengua de una nación sería "el conjunto de hábitos por los cuales los miembros de una nación acostumbran a comunicarse con los demás" ⁽⁵⁾. El "habla" (*speech*), por otro lado, "en el sentido más propio y estricto", sería el funcionamiento lingüístico momentáneo del individuo, en mayor o menor conformidad con el uso lingüístico de las personas que lo rodean ⁽⁶⁾, pero, en un sentido quizás menos estricto, se identificaría con el lenguaje individual. Constatando a la comunicación de Gardiner en el III Congreso Internacional de los Lingüistas, Jespersen aclara que se trata de la distinción entre concreto y abstracto y que hay varios grados de abstracción, correspondientes a las varias comunidades consideradas (pero empezando con los hábitos lingüísticos particulares del individuo) ⁽⁷⁾. El sabio danés establece, pues, no una sino una serie de oposiciones, que, aunque no contradictorias, de ninguna manera pueden considerarse idénticas: 1) funcionamiento lingüístico momentáneo del individuo — uso lingüístico de la comunidad; 2) lenguaje individual — lenguaje colectivo (concepto común que se extrae de los lenguajes individuales; cf., más adelante, W. Porzig); 3) conjunto de hábitos lingüísticos de un individuo — conjunto de hábitos lingüísticos de una comunidad; 4) lenguaje concreto — lenguaje abstracto (actos lingüísticos concretos — varios grados de abstracción, que comprenden

⁽¹⁾ Ya en las clases dictadas en los últimos años de su vida en la Universidad de Ginebra, pero, para el público científico en general, sólo con la publicación póstuma de su *Cours de linguistique générale*, Lausana & París, 1916, tr. esp. *Curso de Lingüística general*, Buenos Aires, 1945 [CLG].

⁽²⁾ *Humoridad, nación, individuo desde el punto de vista lingüístico*, trad. esp., Buenos Aires, 1947, pp. 20 y sigs.

⁽³⁾ "I have not found it possible to determine how far de Saussure would have agreed with the developments which have arisen since his death from the impulse given by him. That the distinction as viewed by Mr. Bally and Mr. Harold Palmer differs in some respect from that entertained by de Saussure is apparent nor can I conscientiously attribute to de Saussure all the corollaries which I myself have drawn in my recent book on the *Theory of Speech and Language*". (*The distinction of "Speech" and "Language"*, en *Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti*, Florencia, 1935, pp. 345-353).

⁽⁴⁾ *Ob. cit.*, pp. 25 y sigs.

⁽⁵⁾ *Ibid.*, pp. 34-35. Cf. CLG, p. 144.

⁽⁶⁾ *Ibid.*, pp. 31-32. Cf. CLG, p. 57.

⁽⁷⁾ *Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti*, p. 354.

también el lenguaje individual). Con esta última distinción volvemos a la que ya vimos en H. Paul, pero no se hace ninguna diferenciación en la propia realidad concreta del lenguaje.

La distinción entre *habla* y *lengua* aparece, pues, más bien imprecisa. Pero la imprecisión aumenta si confrontamos las varias concepciones explícita o implícitamente dualistas, y eso a pesar del rigor con que la distinción pueda establecerse en cada concepción particular.

Para Harold Palmer ⁽¹⁾, el "habla" (*speech*) es el 'conjunto de actividades físicas y mentales ⁽²⁾ implicadas en el acto por el cual una persona comunica a otra un determinado concepto (pensamiento, noción o emoción)' — cf. la primera oposición de Jespersen; la "lengua" (*language*) es 'el conjunto de convenciones adoptadas y sistematizadas por una masa socializada de usuarios del habla a fin de asegurar la inteligibilidad para todos' — cf. la tercera oposición de Jespersen; el *habla* 'es un juego de actividades personales', mientras la *lengua* 'es un conjunto de convenciones, una clave' ⁽³⁾.

Charles Bally ⁽⁴⁾ interpreta la distinción saussureana como oposición entre acervo lingüístico social (*lengua*) y funcionamiento lingüístico individual (*habla*) y la acepta formalmente como tal: la *parole* es "la lengua en acción, la lengua actualizada, la *langue en équilibre et en plein fonctionnement*". Pero agrega a esa distinción una nueva oposición caracterizadora, de orden funcional (intelectual — afectivo o vital, objetivo — subjetivo): la *lengua*, el sistema organizado, contendría los elementos tendientes a la comunicación y comprensión de los pensamientos; el *habla*, en cambio, sería instrumento de la vida afectiva, expresaría sentimiento y acción. Entre lengua y habla habría una oposición activa, una verdadera lucha: mediante el lenguaje afectivo, penetrarían continuamente elementos nuevos en la lengua.

Con esto Ch. Bally no devuelve al habla toda la importancia que le había quitado de Saussure como posible objeto de una lingüística-lingüística (dado que el mismo lenguaje afectivo se estudiaría, según su concepción, en la lengua, por la ciencia llamada *estilística*, en oposición con la gramática, que estudiaría el aspecto normal o intelectual, de pura comunicación), pero, por lo menos, llena en parte el abismo que el maestro había excavado entre lengua y habla (puesto que entre ellas se tiende constantemente el puente del lenguaje afectivo). Y, lo que para nosotros es más importante, traslada de alguna manera la oposición al hablar concreto, en el cual habría elementos de lengua y, al mismo tiempo, elementos de habla.

Otra idea muy importante de Bally, para la dilucidación del

⁽¹⁾ H. PALMER — *Memorandum on Problems of English Teaching*, Tokio, 1924 (citado según JESPERSEN, *Ob. cit.*, pp. 23-64).

⁽²⁾ Cf. CLG, p. 64, 65.

⁽³⁾ Cf. CLG, p. 58, 59.

⁽⁴⁾ CHARLES BALLY — *El lenguaje y la vida*, trad. esp., 2.a ed., Buenos Aires, 1947, pp. 124 y sigs. Cf. además: F. de Saussure et l'état actuel des études linguistiques, Ginebra, 1913 y *Linguistique générale et linguistique française*, 3.a ed., Berna, 1950.

asunto que nos preocupa, es la que encontramos implícita en dos párrafos sucesivos de su *Linguistique générale et linguistique française*: la lengua sería una institución social, pero también, y al mismo tiempo, sería un sistema en cierto sentido autónomo: "Les changements qu'on observe dans un idiome au cours des temps résultent en partie d'une orientation nouvelle des esprits, mais le système linguistique, à lui seul, lancé dans une certaine direction, peut se développer de façon autonome, et, par contre-coup, modérer la pensée collective d'une façon nouvelle" (1).

Destacamos finalmente la manera cómo el sabio ginebrino ve la relación temporal entre los dos aspectos del lenguaje: la lengua preexiste al habla desde el punto de vista estático y el habla precede a la lengua desde el punto de vista genético (2).

Según parece, Bally se refiere a la génesis primera del lenguaje, pero la misma concepción se puede aplicar a todo acto lingüístico concreto, dado que la "lengua" se engendra continuamente mediante el hablar: el acto lingüístico es realización de una "lengua" precedente (sistema de los actos lingüísticos anteriores tomados como modelo) y es, al mismo tiempo, elemento de una nueva "lengua", de un nuevo sistema algo distinto, a cuya constitución contribuye. Colocándonos en el plano del acto lingüístico, tenemos, por consiguiente, una doble perspectiva y podemos distinguir dos "lenguas": una perteneciente al pasado (acervo lingüístico, sistema anterior), la otra al porvenir ("producto", sistema nuevo).

Análoga es la interpretación de Walter Porzig (3), que traduce el término *langue* con *Sprachbesitz* (acervo lingüístico) y *parole* con *Gespräch* (hablar), reservando el término *Sprache* para el lenguaje en general. El *Gespräch* es el hablar real, concreto (*das wirkliche Sprechen*); el *Sprachbesitz*, una serie de imágenes mnemónicas y hábitos (*eine Reihe von Erinnerungsbildern und eingeübten Gewohnheiten*) acumulados en la conciencia del hablante, que es condición del hablar. Pero Porzig tiene una visión más precisa de la doble perspectiva posible desde el plano del hablar, pues indica claramente la posibilidad de constituir la "lengua" también sobre la base de los actos lingüísticos concretos (4).

Para Porzig la "lengua" de una comunidad sería, por consiguiente, por un lado, la suma de los actos lingüísticos concretamente comprobados en la misma; por otro lado, la suma de los varios acervos lingüísticos individuales, o, mejor, aquella parte que es común en

esos mismos acervos y que constituye el fundamento de la recíproca comprensión entre los hablantes. Tenemos, por consiguiente, tres conceptos de "lengua" bien distintos: 1) suma de actos lingüísticos concretos; 2) condición de todo acto lingüístico, *Sprachbesitz* individual; 3) sistema isoglósico que reúne los aspectos comunes de los *Sprachbesitze* individuales de los hablantes de una comunidad (cf. Jespersen, 3).

Observemos, sin embargo, que el primero de esos conceptos, por lo menos en la enunciaci3n que le da Porzig, correspondería según otros autores (y según el mismo F. de Saussure (1)) más bien al habla. Así, por ejemplo, Penttilä (2) considera como habla (*Rede*) el conjunto asistemático de lo que él llama "palabras de 1er. tipo", es decir palabras concretamente pronunciadas o escritas, mientras la lengua (*Sprache*) sería la clase sintácticamente ordenada de esas mismas palabras concretas, un sistema superindividual del cual quedarían automáticamente eliminados todos los aspectos puramente personales comprobables en el habla.

La noci3n de acervo idiomático se presenta también, aunque con características algo distintas, en la concepci3n de Alan H. Gardiner (3), que fué quien, después de Palmer, afirmó con mayor tenacidad en el mundo de habla inglesa la distinción entre habla (*speech*) y lengua (*language*). Según Gardiner, la oposici3n fundamental se establece entre la actividad lingüística y un saber que es al mismo tiempo condición y producto de esa actividad (4). Mientras la lengua, evidentemente, tiene carácter general y abstracto, el habla es particular y ocasional; es la proyecci3n en una realidad de los signos abstractos de la lengua (palabras) (5). El habla es la actividad de hablar, en general, pero también cada acto particular de hablar (6). El carácter social o individual no es de por sí determinante, pues el acto lingüístico es al mismo tiempo social e individual (7). Además, lo que se llama "lenguaje individual" (cf. Jespersen) no es habla

(1) Cf. CLG, p. 65.

(2) A. PENTTILÄ — *Einige Bemerkungen über die Unterscheidung von Sprache und Rede*, en *Actes du quatrième Congrès International de Linguistes*, Copenhague, 1938, pp. 157-163.

(3) ALAN GARDINER — *The Theory of Speech and Language*, 2a ed., Oxford, 1951, particularmente: pp. 68-93 y 106 y sigs. Además, la citada comunicaci3n *The distinction of "Speech" and "Language"*.

(4) "Speech is thus a universally exerted activity, having at first definitely utilitarian aims. In describing this activity, we shall discover that it consists in the application of a universally possessed science, namely the science which we call language" (*Ob. cit.*, p. 62). "Language is a collective term, and embraces in its compass all those items of knowledge which enable a speaker to make effective use of word-signs" (*ibid.*, p. 38).

(5) *Ob. cit.*, p. 87; cf. también Bally, *Ling. gén. et ling. fr.*, partic. Cap. III, pp. 77-100.

(6) "Speech as I understand it, and as I can hardly doubt that de Saussure must have understood it, is the momentary, historically unique activity which employs words. Speech occurs when any speaker makes a remark or any author pens a sentence" (*Com. cit.*, p. 347).

(7) *Ob. cit.*, pp. 64-65.

(1) *Ling. gén. et ling. fr.*, p. 15. Cf. CLG, p. 61.

(2) *Ling. gén. et ling. fr.*, p. 83. Cf. CLG, p. 64.

(3) WALTER PORZIG — *Das Wunder der Sprache*, Berna, 1950, pp. 106 y sigs. Cf. CLG, p. 57, 65, 144.

(4) Aber man muss bedenken, dass die Gesamtheit dieser Gewohnheiten ja erst die Voraussetzung ist für das wirkliche Sprechen, das heisst für das Gespräch. Das Gespräch ist als tatsächliches Verhalten zwischen wirklichen Menschen zweifellos eine Wirklichkeit; die Gesamtheit aller Gespräche in einer bestimmten Sprache würde man also wohl als die Wirklichkeit dieser Sprache ansehen können". (*Ob. cit.*, p. 108).

sino lengua ⁽¹⁾. La antítesis entre lengua y habla es, pues, absoluta. Sin embargo, lengua y habla son interdependientes y, aun más, se hallan íntimamente entremezcladas; por un lado, el habla es "the sole generator of language" ⁽²⁾; por el otro, en todo acto de habla interviene la lengua ⁽³⁾. En cada acto lingüístico concreto, en cada oración pronunciada, participan "hechos de lengua": palabras y esquemas gramaticales ⁽⁴⁾. Pero con esto el aspecto de habla del hablar concreto queda reducido a la estructuración de la frase y a la selección de los signos proporcionados por la lengua ⁽⁵⁾. Hemos aquí frente a un concepto mucho más limitado de "habla" (*facts of speech*), que ya no contiene todo el hablar sino sólo el aspecto original e inédito de éste ⁽⁶⁾ (idea rechazada por Ch. Bally) ⁽⁷⁾. Esta distinción justificaría una neta separación entre la morfología (palabras y sus formas, categorías verbales) y la sintaxis (oraciones y su estructura, funciones sintácticas). Pero hasta las funciones sintácticas son "términos de lengua", por lo menos como esquemas no aplicados, como "estructuras" o modelos lingüísticos todavía no vinculados con palabras particulares: "inasmuch as they are terms of unapplied schemata, of linguistic patterns which might be expressed by algebraic symbols, and which are in language not yet linked up with particular words" ⁽⁸⁾.

Es evidente que, después de todo eso: después de la comprobación de que la "lengua" no se engendra sino por el "habla"; de que en el hablar coexisten "hechos de lengua" y "hechos de habla"; de que la "lengua" puede considerarse abstractamente, como existente fuera del hablar e independientemente del habla (por lo menos desde el punto de vista estático), mientras el habla no puede pensarse fuera de la lengua e independientemente de ella, puesto que

(1) "I must confess I feel considerable diffidence in affirming exactly what de Saussure did or did not think, but of this at least I am certain, namely that he would have recognized as great a difference between an individual's "language" and his "speech" as he did between the language of the community and the speech of any of its individual members... all the varying collections of linguistic material are "languages", not speech in the sense that de Saussure must have intended the term... A "language" is the stock-in-trade of linguistic material which anyone possesses when he embarks upon "speech". (Com. cit., p. 347).

(2) *Ob. cit.*, p. 110. Cf. CLG, p. 64.

(3) *Ob. cit.*, p. 88 y sigs..

(4) *Com. cit.*, p. 348.

(5) "When I say that certain phenomena in a given text belong to "speech" and not to "language", I mean that if you subtract from the text all those traditional elements which must be called elements of language there remains a residuum for which the speaker bears the entire responsibility, and this residuum is what I mean by "facts of speech" (Com. cit., pág. 349).

(6) "A quite indisputable formulation of my thesis would be that the terms of language (aquí *language* significa evidentemente 'lenguaje' en general, no 'lengua') and grammar which refer to facts of "language" are those which are concerned with permanent constitution of words, and that the terms thereof which refer to "speech" are those which are concerned with *ad hoc* functions of words imposed upon them by the caprice of a particular speaker" (*Ibid.*).

(7) *El leng. y la vida*, p. 124.

(8) *Com. cit.*, p. 349. Cf. CLG, pp. 209-211.

ésta constituye su misma forma, su "esquema", es evidente, decíamos, que ya no puede mantenerse con coherencia la distinción inicialmente propuesta por el autor. Pero Gardiner, aun llevando a sus extremas consecuencias la contradicción implícita en la oposición lengua-habla, no llega a deducir de ello las únicas conclusiones que nos parecen coherentes: 1) o la "lengua" es pura abstracción deducida a posteriori del hablar concreto, como sistema de los elementos constantes que ahí se comprueban, y la única realidad lingüística concreta es el hablar que, si se quiere, puede llamarse "habla"; 2) o la "lengua" se identifica con los "hechos de lengua" (*facts of language*, hechos lingüísticos sistemáticos y convencionales en una comunidad) y el "habla" con los "hechos de habla" (*facts of speech*, aspecto original e inédito comprobado en cada acto lingüístico), y entonces "lengua" y "habla" son dos aspectos que se distinguen en el hablar concreto; 3) o, si se considera la "lengua" como algo exterior al hablar, tampoco el habla puede identificarse con todo el hablar (en el cual se comprueban también hechos de lengua) y habrá que identificarla entonces con un solo aspecto del hablar, el aspecto concreto que se da por primera vez en los actos lingüísticos considerados (y el hablar sería entonces convergencia de un "virtual concretizado", la lengua, y un "concreto primario", el habla), o, mejor, con algo exterior al hablar mismo, con aquel factor psíquico o impulso expresivo que se encuentra y se combina con la lengua para constituir el hablar.

Deducimos, sin embargo, del análisis tan agudo de Gardiner una serie de ideas y comprobaciones que consideramos sumamente clarificadoras para el problema que nos interesa: 1) la lengua existe como "forma" en el hablar mismo; 2) los "hechos de lengua" se comprueban y se distinguen concretamente sólo en el hablar; 3) son "hechos de lengua" no sólo las palabras sino también las funciones y modelos sintácticos, como "esquemas no aplicados"; 4) el "lenguaje individual" (sistema de actos lingüísticos de un individuo) tiene carácter de "lengua"; 5) el hablar es una actividad que se funda en un saber; 6) es posible y justificado dar el nombre de "habla" a un aspecto particular del hablar; 7) el "habla", como "hablar", es en alguna medida "lengua" o, si no, no es ni siquiera hablar, no es actividad lingüística propiamente dicha, sino algo precedente a ella.

En este último sentido se orientan, con perfecto rigor lógico, estudiosos como Sechehaye y Brøndal.

En efecto, según observa Sechehaye ⁽¹⁾, si el habla concreta es realización de la "lengua", es expresión con medios idiomáticos, entonces ya es de alguna manera "lengua": de aquí la distinción entre el "habla propiamente dicha", mero impulso expresivo y, por consiguiente, fenómeno "pre-lingüístico" (cf. Devoto), y el "habla organizada", eslabón indispensable entre la lengua como sistema estático y la lengua como evolución ⁽²⁾.

Viggo Brøndal, en una obra publicada en 1932 ⁽³⁾, habla de los dos aspectos bajo los cuales se presenta el lenguaje (*Sprogets dobbel-*

(1) A. SECHEHAYE — *Les trois linguistiques saussuriennes*, en *Vox Románica*, V, (1940).

(2) v. el esquema corregido por W. von Warthburg, *Problemas y métodos de la lingüística*, trad. esp., Madrid, 1951, p. 343.

(3) V. BRÖNDAL — *Morfologi og Syntax. Nye Bidrag til Sprogets Teori*, Copenhagen, 1932.

te Maude at fremtraede paa): "norma" (*Norm*) y "habla" (*Tale*), o, con otras palabras, "sistema" y "ritmo". La norma, o el sistema de la lengua, sería de naturaleza social e ideal o formal; el habla, o ritmo de la lengua, sería individual y real, es decir, funcional (1). Pero unos años más tarde, en un estudio publicado por primera vez en 1937 (2), distingue cuatro conceptos en lugar de los tres saussureanos (*langage* = *langue* — *parole*): 1) el "lenguaje" (*langage*) o facultad general de crear signos; 2) el "hablar" (*parole*; N. B.: no se trata de la *parole* = *habla*), o sea la actividad de hablar, en la cual se distinguen: 3) la "lengua" (*langue*), sistema de signos simbólicos, 'institución que se impone a los individuos y que, como ideal sistemático, está en la base de todo acto de *parole*', y 4) el "habla" (*discours*), 'totalidad rítmica ordenada en el tiempo y, por lo tanto, irreversible, un conjunto asimétrico, caracterizado por la finalidad a que tiende, por su sentido u orientación, por su voluntad constante de expresión', es decir, fundamentalmente, una intención. De esta manera, desarrollando conceptos implícitos en de Saussure, Brøndal llega a considerar la "lengua" como entidad puramente abstracta, "norme supérieure aux individus, ensemble de types essentiels que réalise la parole de façon infiniment variable" y cuya estructura sistemática es "un objet autonome et par conséquent... non-dérivable des éléments dont elle n'est ni l'agrégat ni la somme" (3), es, como diría Hjelmslev, nada más que "un réseau de fonctions".

A conceptos análogos llegan, interpretando, desarrollando y superando a de Saussure, o también por otros caminos, toda una serie de estudiosos: psicólogos del lenguaje, como Delacroix (según el cual la lengua es un "ensemble de conventions linguistiques qui correspond à un niveau d'esprit, à un moment du développement de l'esprit et de la civilisation", "une forme idéale qui s'impose à tous les individus d'un même groupe social") (4) o Bühler (las lenguas son "sistemas de formas lingüísticas" y éstas son especies, "objetos del tipo de las ideas platónicas", "clases de clases, como los números" (5), y glotólogos estructuralistas y funcionalistas, como los fonólogos de la escuela de Praga y, en particular, Trubetzkoy, para el cual la "lengua" es *Sprachbesitz*, caudal lingüístico existente en la conciencia de los hablantes ("La langue existe dans la conscience de tous les membres de la communauté linguistique en cause et elle est le

(1) "Medens Normen eller Sprogets System er social og af rent ideel eller formel Natur, er Talen eller Sprogets Rythme individuel og af reel eller funktionel Natur" (*Ob. cit.*, p. 6).

(2) V. BRÖNDAL — *Langage et Logique*, en *La Grande Encyclopédie Française*, 1937; republ. en *Essais de linguistique générale*, Copenhague, 1943, pp. 49-71; cf. partic. el cap. *Formes du langage*, pp. 53-58.

(3) V. BRÖNDAL — *Linguistique structurale*, en *Acta Linguistica*, I, 1939, republ. en *Essais de Ling. gén.*, pp. 90-97. Cf. *CLG*, pp. 61, 70, 203.

(4) HENRI DELACROIX — *Le langage et la pensée*, Paris, 1930, pp. 2 y 3. Cf. *CLG*, p. 58, 59.

(5) KARL BÜHLER — *Sprachtheorie. Die Darstellungsfunktion der Sprache*, Jena, 1934 — tr. esp. *Teoría del lenguaje*, Madrid, 1950, pp. 71-77.

fondement d'innombrables actes de parole concrets") y, al mismo tiempo, sistema abstracto de funciones o, más bien, de normas y reglas ("Dans la langue par contre le "signifié" est représenté par des règles abstraites — syntactiques, phraséologiques, morphologiques et lexicales. Car même les significations des mots, telles qu'elles existent dans la langue, ne sont rien d'autre que des règles abstraites ou des schèmes de concepts..."), "La langue consistant en règles ou normes, elle est, par opposition à l'acte de parole, un système, ou, pour mieux dire, un ensemble de plusieurs systèmes partiels" (1). Pero en todos subsiste, explícita o implícitamente, la identificación entre "social" y "sistemático" (estructural, funcional).

Finalmente, W. von Wartburg — que es, según nosotros, uno de los más saussureanos entre los lingüistas contemporáneos, justamente por haber tratado de resolver, conciliar y superar las antinomias del maestro, sin desvirtuarlas, y en particular la antinomia sincronía-diácronía, para llegar a un positivo "estructuralismo histórico" o diacrónico, y por haber tratado de reformar y hacer progresar el saussureanismo, mediante la síntesis con las doctrinas revolucionarias de Gillieron y Schuchardt (historia del sistema — historia de las palabras) y con los aspectos más profundos del idealismo lingüístico (el lenguaje como institución social — el lenguaje como creación individual): todo esto con un éxito que no hay quien no reconozca — ha intentado resolver también la antinomia fundamental entre *langue* y *parole* (2), pero logrando sólo acentuar la interdependencia entre los dos aspectos del lenguaje. Las caracterizaciones de v. Wartburg no se alejan mucho de las ya citadas. El *habla* es actividad individual, real, *enérgeia*, empleo ocasional que el individuo hace de la lengua, 'aprovechamiento y uso individual del sistema', y, al mismo tiempo, actividad psíquico-físico-fisiológica que permite ese aprovechamiento (3). La *lengua*, en cambio, es social, común y sistemática, es 'lenguaje superindividual', 'suma de todas las imágenes de palabras y asociaciones almacenadas en todos los hablantes'; es un "sistema expresivo total y compacto que vive virtualmente en la totalidad de los individuos", es *érgon*, una obra realizada, un bien espiritual que todo lo abarca, en el cual todos los miembros de una comunidad lingüística viven espiritualmente, "un objeto puramente anímico-espiritual, independiente de las actividades físico-fisiológicas de los órganos idiomáticos". La lengua "es todo el sistema expresivo que dentro de una comunidad humana sirve de medio de comprensión", es "un patrimonio social o, mejor dicho, una facultad peculiar de todos los miembros de una comunidad lingüística y común a todos ellos". El habla correspondería al espíritu individual; la lengua, al espíritu colectivo.

Las contradicciones ínsitas en esta doctrina resultan eviden-

(1) N. S. TRUBETZKOY — *Grundzüge der Phonologie*, Praga, 1939 — Tr. fr. *Principes de Phonologie*, Paris, 1949, pp. 1-3.

(2) W. VON WARTBURG — *Ob. cit.*, pp. 8-12 y partic. pp. 341-352.

(3) Cf. *CLG*, pp. 57, 64, 65.

tes, sobre todo en la identificación de conceptos tan distintos como suma-sistema, patrimonio-facultad. Y no puede considerarse científicamente válido el recurrir a oposiciones tan ambiguas y arbitrarias como "espíritu individual", "espíritu colectivo", no muy distintas de la vieja y desechada oposición entre "alma individual" y "alma colectiva" ⁽¹⁾. Encontramos, sin embargo, en v. Wartburg algunos enunciados que, según nosotros, tocan el punto fundamental del problema: 1) "El impulso hacia el habla [el habla de Devoto, la "parole" propiamente dicha" de Sechebaye, el *discours* de Bréal] es algo extralingüístico"; 2) "El habla se produce según las reglas de la lengua"; y 3) *la lengua aparece, se comprueba concretamente en el habla (hablar)* ⁽²⁾ — Cf. Gardiner, 1, 2.

Rozan sólo tangencialmente con nuestro problema, porque presentan contradicciones de otra índole, las doctrinas que consideran que a un monismo teórico debe necesariamente corresponder un monismo metodológico y que la lingüística como ciencia (lingüística histórica) debe necesariamente identificarse con la lingüística como filosofía (teoría del lenguaje), es decir, las doctrinas de tipo idealista, como las de Croce y Vossler, que reconocen en el lenguaje exclusivamente el aspecto subjetivo, o sea el aspecto que, en términos saussureanos, se llamaría *parole*. Esa corriente idealista tiene sus raíces más profundas en Vico y luego en Herder, y sus orígenes teóricos más recientes en la célebre caracterización humboldtiana del lenguaje como *energeia* o *Tätigkeit*, es decir, como actividad creativa del espíritu. Pero Humboldt no cayó nunca en un subjetivismo absoluto y no hubo la exigencia de ver en el lenguaje una bipolaridad, un movimiento dialéctico entre lo subjetivo y lo objetivo, lo individual y lo inter-individual o superindividual, entre *energeia* y *ergon* ⁽³⁾. Ahora, Croce ⁽⁴⁾ piensa poder superar esa "insuficiencia" de Humboldt, identificando el lenguaje con la expresión, y, por consiguiente, con la poesía, y, con perfecta coherencia desde su punto de vista, la lingüística con la estética. Nos encontramos aquí, como en otros puntos de la doctrina de Croce, con simples convenciones semánticas presentadas como verdades teóricas demostradas o a demostrar: no se trata del "lenguaje" y de la "lingüística" como objetos, sino de lo que Croce llama «lenguajes» y «lingüísticas». Los dos términos son empleados por el filósofo italiano en sentido restrictivo (Croce no llama «lenguajes» sino «hechos prácticos» o «puro sonidos» lo que no es expresión poética, y no llama «lingüísticas» sino «actividad didascálica» lo que no es teoría del lenguaje, de su «lenguaje», es decir, estética), así como el término «expresión» indica en sus enunciados lo que llamaríamos más bien «exteriorización» (cf. la *Kundgabe* de Bühler), o sea una única función de la expresión lingüística. Son, éstas, convenciones semánticas que encuentran su aplicabilidad en la interpretación y comprensión del sistema de Croce, pero no fuera de él. Además, Croce nos dice que la lingüística general se identifica con

(1) Cf. a este propósito, O. JERPERSEN — Ob. cit., pp. 25-27.

(2) "Sólo a través del habla podemos acercarnos a ella [a la lengua]. La lengua aparece siempre sólo parcialmente. En cierto modo ocurre como si la totalidad de la lengua estuviera constantemente envuelta en la oscuridad, pero se hiciera visible o concreta aquella parte de la misma iluminada por el haz de luz del habla. En este sentido es como puede resolverse la disparidad de opiniones sobre el carácter concreto o abstracto de la lengua" (Ob. cit., p. 342, nota).

(3) G. NENCIONI — *Idealismo e realismo nella scienza del linguaggio*, Florencia, 1946, pp. 109-110.

(4) B. CROCE — *Estetica come scienza dell'espressione e linguistica generale*, 1ª ed., Palermo, 1902 - Tr. esp., 2ª ed., Madrid, 1926, partic. Cap. XVIII, pp. 176-186. También varias obras sucesivas.

la estética «en lo que tiene de reducible a filosofía y «como verdadera ciencia». Pero «aspecto de una ciencia reducible a filosofía» = «verdadera ciencia» es una nueva convención semántica, que puede aceptarse o rechazarse. Finalmente, si se llama «estética» la ciencia de la expresión, de toda la expresión, podemos y debemos aceptar que se identifica con ella la «ciencia del lenguaje» (de lo que Croce llama «lenguajes»), o, mejor, lo que Croce llama «ciencia del lenguaje», pero no necesariamente que se identifica con la misma «estética» lo que otros, y en primer lugar los lingüistas, llaman «lingüística». En efecto, esta última ciencia tiene aspectos que no son reducibles a filosofía. El problema mismo de la lingüística sin adjetivos (¿cómo se presenta, cómo se manifiesta el lenguaje?) es distinto del de la «lingüística como filosofía» o «filosofía del lenguaje» (¿qué es el lenguaje?). Y toda ciencia trabaja necesariamente con generalizaciones, que son abstracciones, «formalizaciones». Por esto, si Croce tiene perfecta razón al colocarse, como filósofo del lenguaje, en la realidad concreta de éste, que es el *hablar*, también tiene sus razones de Saussure al exigir que el lingüista, como científico, se coloque en el plano de la abstracción que llamamos *lengua* (con lo cual no se quiere decir que el lingüista debe ignorar o perder de vista el *hablar* concreto, sobre cuya base hace sus generalizaciones), del sistema lingüístico que también Croce ve, de alguna manera, como opuesto a la expresión individual, pero que, según él, sería «una construcción empírica sin existencia real». Con este último enunciado, un poco modificado («una abstracción sin existencia concreta») pueden estar de acuerdo la mayoría de los lingüistas, pero ninguno de ellos piensa por ello quitar valor a su investigación, dado que justamente esa abstracción es objeto de gran parte de la lingüística, dado que abstracciones semejantes son todas las llamadas «instituciones sociales», y que con abstracciones del mismo tipo trabaja toda una serie de ciencias, que son tales justamente porque no se limitan a registrar y clasificar el material concreto que se presenta de manera inmediata a la consideración. Es que Croce, oponiéndose, justamente, a la consideración materialista de la lengua como realidad autónoma, como organismo independiente de los individuos hablantes, ha caído en la exageración contraria, que es la de considerar el lenguaje como fenómeno exclusivamente subjetivo y de negar toda objetividad a la lengua como sistema. Pero objetivismo — como ya otros han observado — de ninguna manera quiere decir materialismo (la «lengua» es un «objeto» inmaterial, abstracto), y el idealismo filosófico puede perfectamente conciliarse, sin ningún compromiso teórico, con el objetivismo y hasta con el estructuralismo lingüístico ⁽¹⁾.

Quedando en el terreno de la filosofía del lenguaje, Croce no tuvo que modificar su posición, pero seguramente lo habría hecho si se hubiese ocupado de lingüística histórica, como le tocó a su amigo y discípulo alemán Vossler. En efecto, éste partió, en sus primeras obras ⁽²⁾, de un crocianismo intransigente, para llegar, en varios ensayos sucesivos ⁽³⁾, a una concepción mucho más conciliadora, requerida por su misma labor de lingüista ⁽⁴⁾. En el comienzo, Vossler considera como único objeto de la lingüística la *parole* (y precisamente la *parole* poética) y propone esencialmente una convención semántica como las de Croce, identificando la ciencia del lenguaje con la del estilo (lingüística = estilística) y eliminando de la lingüística (o de la «verdadera lingüística» = estética) toda investigación no-estética, que atribuye a la *Kulturgeschichte*, a la historia de la cultura. Pero en lo sucesivo llega a una serie de oposiciones como: aspecto estético o creativo — aspecto histórico o evolutivo, unificación-diferenciación, individuo-ambiente lingüístico, etc. (que son, en parte, retores a Humboldt y, en parte, concesiones inconscientes al saussureanismo), y llega hasta admitir la

(1) v. G. NENCIONI, Ob. cit., p. 110.

(2) K. VOSSLER — *Positivismus und Idealismus in der Sprachwissenschaft*, Heidelberg, 1904, y *Sprache als Schöpfung und Entwicklung*, ibid., 1905 - Tr. esp. de ambas obras, *Positivismo e idealismo en la lingüística*, Madrid 1929.

(3) Reunidos en su mayoría en *Gesammelte Aufsätze zur Sprachphilosophie*, Mueich, 1923 - Tr. esp., *Filosofía del lenguaje*, B. Aires, 2ª ed., 1947.

(4) Cf. G. NENCIONI, Ob. cit., passim y partic. Cap. IV, pp. 45-62, y Cap. V, pp. 65-79.

lengua como pensable "in abstracto como un sistema de conducciones" y representable como una mediación o "medium entre el individuo y su comunidad lingüística" (1).

No diríamos, parafraseando una expresión de Jahrg (2), que el mérito del idealismo está más bien en un aspecto negativo, en lo que ha eliminado de la lingüística, que en el aspecto positivo, en lo que ha aportado a nuestra ciencia, porque ahí están para desmentirnos la revaloración de la lengua literaria, el florecimiento de los estudios estilísticos, las historias de las lenguas concebidas en íntima relación con la historia de la cultura y del gusto, pero, indudablemente, la lingüística idealista ha contribuido muy poco a la dilucidación de las relaciones entre lengua y habla, que no es un pseudo-problema ni un problema sin importancia, sino el problema mismo de la constitución de la lingüística como ciencia perfectamente consciente de su objeto.

Tampoco puede considerarse como contribución importante la doctrina — "idealizante" más bien que idealista — afirmada en varias obras por Giulio Bertoni (3) quien, a la dicotomía de F. de Saussure (*langage* = *langue* — *parole*), quisiera oponer una concepción aparentemente monista de una única realidad — la "expresión concreta" — que podría estudiarse en su totalidad, pero también en su momento subjetivo, de creación o estético, llamado "lenguaje" (*linguaggio*), o en su momento objetivo, instrumental, llamado "lengua" (*lingua*). El "lenguaje" estaría en la actividad del pensamiento, sería "el mismo momento estético del pensamiento" y se manifestaría "en el acento, en el timbre, en la tonalidad y en el color que asume en cada hablante la lengua". El momento objetivo sería "pensamiento pensado", "la lengua de la cultura, la lengua instrumental, la lengua que está a disposición de todos y que puede estudiarse de varias maneras, como hecho físico, como hecho social o como medio de comunicación etc." (4). La "verdadera lengua" sería el "lenguaje individual", y la abstracción de una "lengua" latina o italiana, etc. sería justificada y legítima desde un punto de vista didáctico, de simple oportunidad práctica o comodidad empírica, pero constituiría un error desde el punto de vista científico-especulativo. La concepción de Bertoni ha sido criticada como contradictoria, por no-crociana (o no enteramente crociana), por B. Croce (5), y como incoherente desde el punto de vista lingüístico, particularmente por G. Nencioni (6). En efecto, no se logra comprender bien hasta qué punto el "lenguaje" de Bertoni se identificaría con lo que, según Croce, sería todo el lenguaje, hasta qué punto se trataría del pensamiento mismo en actividad y hasta qué punto se identificaría con la *parole* de de Saussure o con aspectos de ella (tono, acento del hablante, etc.). Por otra parte, su justificación teórica de la "lengua" aparece insatisfactoria: la lingüística sería realmente una extraña ciencia si su objeto fuera producto de un "error" científico. Además, esa "lengua" tan precariamente constituida sería un objeto de cierta manera material o natural ("lingua naturale") y podría estudiarse naturalísticamente. Sin embargo, nos parece que hay que mantener de Bertoni la idea que consideramos fundamental en su concepción, es decir que la realidad primaria del lenguaje es la expresión concreta, sobre la cual la ciencia lingüística estructura sus indispensables abstracciones; pero esto no significa para nosotros que las mismas abstracciones no existen en la conciencia de los hablantes, como virtualidades prontas para ser actualizadas.

(1) K. Vossler — *Filosofía del leng.*, p. 223.

(2) Cf. G. Nencioni, *Ob. cit.*, p. 70.

(3) G. Bertoni — *Programma di filologia romana come scienza idealistica*, Ginebra, 1922; *Breviario di neolingüístico*, Modena, 1928, Parte I, *Principi generali*, part. Cap. I y II, pp. 9-40; *Introduzione alla filologia*, Modena, 1941. Cf. también art. *Linguaggio* en la *Enciclopedia italiana*, XXI, pp. 199 y sigs.

(4) *Introd. a la filol.*, pp. 10 y sigs.

(5) *La filosofía del linguaggio e le sue condizioni presenti in Italia*, en *La Critica*, XXXIX, 1941.

(6) *Ob. cit.*, partic. Cap. II, pp. 17-26.

Las concepciones de Croce y de Bertoni han contribuido evidentemente a renovar y vivificar los estudios lingüísticos, sobre todo en Italia, y han dejado huellas más o menos profundas en las actitudes teóricas de muchos lingüistas italianos. Y, quizás, la doctrina de Bertoni haya satisfecho a los glotólogos más que la de Croce (ya que las teorías menos coherentes no son siempre las menos fructuosas). Pero, en general, ambas han sido superadas y en esta superación no ha dejado de contribuir el parangón con la doctrina saussureana. Hoy, aun los que no se ocupan en particular de lingüística teórica y aceptan formalmente el pensamiento de Bertoni (1) recurren también al auxilio de otros pensadores y llegan a concebir las lenguas como "instituciones sociales", como "sistemas de hechos", como "determinaciones históricas del lenguaje", considerando el momento estético como "momento inicial" de la lengua y conformándose con subrayar "la necesidad de integrar la lingüística con una sección que estudie el elemento estético" del lenguaje, como "factor determinante del desarrollo lingüístico" (2).

El concepto de "lengua" como determinación histórica del lenguaje ha sido desarrollado de manera admirable, a través de varias obras y varios cursos universitarios, por Antonino Pagliaro (3), quien parte, justamente, de la realidad concreta del individuo hablante y de la consideración del lenguaje como actividad cognoscitiva, para llegar a la lengua que es "proyección objetiva y, al mismo tiempo, condición técnica" del lenguaje (actividad lingüística). La "lengua" pertenece al individuo y al mismo tiempo a su comunidad, y en el mismo individuo se presenta como *alteridad*, como algo que pertenece también a otros; es "objetivación concreta de la actividad lingüística de un grupo humano en el espacio y en el tiempo" (4). También en el tiempo, porque la unidad lingüística no es sólo sincrónica sino también diacrónica, es continuidad. La lengua es "una de las condiciones más típicas" de la solidaridad de los sistemas "en que se realiza la vida histórica del género humano". Como unidad, la "lengua" es un sistema de elementos y relaciones, y, como tal, se opone a otras lenguas, pero dentro del sistema "queda amplia libertad a las manifestaciones del habla", de la creatividad individual, dado que el sistema sólo limita el arbitrio. Finalmente, cada sistema presenta una fisonomía particular, por la diversidad del distinguir y la diversidad del conocer, que se manifiestan en las lenguas en el sistema fonológico, en el signo lexical y morfológico y, respecti-

(1) v., por ej., Carlo Battisti — *Alle fonti del latino*, Florencia, 1945, Cap. I, pp. 5 y sigs. Cf. también G. Bottiglioni — *Il problema glottologico nei suoi orientamenti*, Bologna, 1946 (apart. del *Rendiconto delle Sessioni della Accademia delle Scienze dell'Istituto di Bologna — Classe di Scienze morali*, Serie IV, vol. IX), pp. 33-34.

(2) C. Battisti — *Ob. cit.*, lug. cit.

(3) A. Pagliaro — *Sommario di linguistica arioeuropea*, I, Roma, 1930; *L'unità arioeuropea*, Roma, 1942, y partic., *Corso di Glottologia*, Roma, 1950, I. *Questioni teoriche*, Cap. IV, pp. 57-103, de donde citamos.

(4) "Infatti, nella sua formazione e nella sua struttura, la lingua è precisamente l'obiettivazione concreta delle forme in cui si è atteggiata l'attività linguistica di un gruppo umano nello spazio o nel tempo. Essa è un aspetto, forse il più tipico ed importante, di quell'uscire da sé e realizzarsi in forme durature, che è appannaggio dell'uomo, per la sua stessa natura". (*Corso di Glottol.*, I, p. 61).

vamente, en el sistema semántico, en el cual se refleja una particular clasificación de lo real y un grado específico de abstracción en la clasificación misma ⁽¹⁾.

Es evidente que Pagliaro se acerca al estructuralismo en la consideración de la "lengua" como sistema objetivo, sólo que proyecta ese sistema en la historia, como manifestación de la unidad y solidaridad de un grupo humano. Mas ¿es ese sistema un sistema concreto? ¿O existe sólo en la conciencia de la solidaridad lingüística y espiritual que se comprueba en los hablantes? Pues es evidente que el sistema se concreta, para emplear la imagen de v. Wartburg, sólo en "el haz de luz" de los actos lingüísticos. Creemos que Pagliaro no podría dejar de admitirlo, dado que para él el propio acto lingüístico individual es un acto no sólo de *habla* sino también de *lengua*, porque el individuo 'no se contrapone a la colectividad sino que es él mismo colectividad' ⁽²⁾, y la "lengua representa con respecto al individuo un universal concreto, histórico, en que él se realiza como hablante" ⁽³⁾.

Las concepciones hasta aquí expuestas, que son todas post-saussureanas y muchas de ellas declaradamente "saussureanas", y que no son todas las que se han hasta hoy enunciado, presentan, como se ha visto, evidentes y serias divergencias acerca de la definición de los dos conceptos fundamentales, *lengua* y *habla*: se establecen en ellas toda una serie de oposiciones, casi nunca en términos totalmente idénticos.

¿A qué se deben esas divergencias? En primer lugar, sin duda, a la diversidad de los puntos de vista, de los planos en que se establecen las oposiciones.

Algunos estudiosos consideran el lenguaje, en primer término, en sus determinaciones externas, en su existencia en el individuo y en la comunidad, y establecen, por consiguiente, oposiciones como: aspecto individual — aspecto social; acervo lingüístico individual — acervo lingüístico social; actos lingüísticos individuales — uso lingüístico de la comunidad; actos individuales — patrimonio o institución social; actos individuales — producto histórico-colectivo. Otros consideran el lenguaje desde el punto de vista de su "conformación" y oponen, por lo tanto, el aspecto ocasional al aspecto general, la unicidad a la repetición, lo asistemático a lo sistemático, la realización al sistema, el impulso expresivo al sistema funcional. Y otros interpretan la distinción saussureana como idéntica a la de Humboldt (*enérgeia-érgeon*, *Tätigkeit-Werk*) y oponen, por consiguiente, actividad lingüística a producto lingüístico; o como el revés

⁽²⁾ Cf. *CLG*, pp. 191-206.

⁽³⁾ *Corso di Glottol.*, I, p. 61. A esta visión histórico-sistemática de la lengua se acerca, en lo esencial, la de E. Otto, quien independientemente de F. de Saussure, distingue en el lenguaje el acto lingüístico, al mismo tiempo individual y social, y la lengua, producto histórico-cultural (*historisch gewordenes Kulturprodukt*), cf. *Arti cit.*, p. 353.

⁽⁴⁾ *L'unità arioeuropea*, cit. según G. Nencioni, *Ob. cit.*, p. 79.

de la oposición de Humboldt: saber — actividad, acervo lingüístico — hablar, acervo lingüístico — funcionamiento lingüístico, instrumento — empleo; o, mejor, ven el *habla* como un eslabón entre dos "lenguas" (condición previa — actividad lingüística — producto). Ciertos estudiosos consideran que se trata de una oposición entre concreto y abstracto (material — formal, real — ideal, efectivo — virtual o potencial); otros oponen lo psico-físico a lo puramente psíquico (realidad psico-física individual — realidad psíquica social), y otros lo subjetivo a lo objetivo, la libertad a las reglas, a la imposición social, o, haciendo hincapié en funciones particulares del lenguaje, la expresividad a la convencionalidad, el aspecto afectivo y volitivo al aspecto de comunicación. Otras discrepancias se deben a que los grados de abstracción que se toman como base para definir la "lengua" no son idénticos (puesto que se va desde el sistema de palabras concretas de Penttilä a la "red de funciones" de Hjelmslev), o a que se define a veces la lengua con respecto al habla y otras veces el habla con respecto a la lengua (y no es ésta una fútil cuestión de prioridad, puesto que, sobre todo el concepto de lengua, cambia necesariamente según la perspectiva en que nos coloquemos), o se deben a particulares convenciones semánticas, como las de identificar "abstracto" con "irreal" (Croce, Bertoni) o "concreto" con "objetivo" (Pagliaro). Además, puede intervenir una consideración histórica, como la de Pagliaro, opuesta a la concepción generalmente sincrónica de la mayoría de los estudiosos, y los varios puntos de vista pueden combinarse, asociándose en la caracterización de los conceptos a definir, u oponiéndose, planos no correlativos (actividad — sistema). Así, por ej., el carácter social interviene en casi todas las definiciones, pero, mientras unos pocos estudiosos encuentran ese carácter social en el mismo individuo y en sus actos (Jespersen, Gardiner, Pagliaro, Otto), otros consideran un individuo abstracto, asocial, opuesto a la colectividad y no elemento de la misma y coordinado con ella.

Se llega de esta manera a atribuir distintas extensiones, a veces contradictorias, a los dos conceptos. El *habla* es para algunos el impulso hacia la expresión (Secchaye, Brøndal), para otros se identifica con el acto lingüístico (Jespersen, Gardiner) o con la producción de ese acto (Palmer, Bertoni); o comprende todos los actos lingüísticos individuales, sobre todo en cuanto vitales, afectivo-volitivos (Bally) o en cuanto no sistemáticos (Penttilä); o es el aspecto material y psíquico de esos mismos actos; y para otros todavía es lo mismo que acervo o uso lingüístico individual (Jespersen), o se identifica con el aspecto cada vez nuevo e inédito de los actos lingüísticos. La *lengua*, por otro lado, es la condición que hace posible el hablar, es el "producto" del hablar como tal, o el mismo "producto" considerado sistemáticamente; es para algunos el acervo lingüístico individual y para otros el llamado acervo lingüístico social; es el sistema abstracto que gobierna el hablar, o es lo espiritual del lenguaje opuesto a lo material, lo virtual opuesto a lo concreto; es suma, o cualquier suma, de actos lingüísticos (cf. Porzig, o las 'colecciones

habla

lengua

de material' de que habla Gardiner), o sistema de actos lingüísticos, o el sistema de normas y convenciones que gobierna el hablar, que se aplica en los actos lingüísticos concretos. Por lo tanto, *lengua* y *habla* aparecen como conceptos de extensión variable: lo que es *lengua* en una concepción es *habla* o, por lo menos, es en parte *habla* en otras concepciones, y viceversa; y en cada una de las concepciones particulares aparecen inevitables incoherencias más o menos graves.

Mientras las discrepancias dependen fundamentalmente de la diversidad de los puntos de vista adoptados, las incoherencias se deben a una serie de razones más íntimas y que conciernen, por un lado, al planteamiento y, por otro, al fondo mismo del problema: 1) el hecho de que las distinciones se establecen en un lenguaje abstracto, apriorísticamente concebido como entidad orgánica que se manifestaría en varios planos; 2) la tendencia a considerar la *lengua* y el *habla* como dos realidades autónomas, como dos componentes del lenguaje; 3) la insuficiencia misma de la dicotomía, que, o no agota la compleja realidad del lenguaje, o debe necesariamente aunar aspectos heterogéneos bajo un mismo rótulo; 4) la interferencia entre los varios puntos de vista, con consecuente oposición establecida entre planos no-correlativos; 5) el hecho de considerarse equivalentes, desde el punto de vista de la extensión, conceptos como "acervo lingüístico", "aspecto social del lenguaje", "sistema", "sistema funcional" (lo cual, naturalmente, constituye corolario de 4).

Ahora, del análisis y de la crítica de las varias doctrinas expuestas, hemos deducido que: (1) de una manera concreta el lenguaje existe sólo y exclusivamente como *hablar*, como actividad lingüística; (2) *lengua* y *habla* no pueden ser realidades autónomas y netamente separables, dado que, por un lado, el *habla* es *realización* de la *lengua* y, por otro lado, la *lengua* es condición del *habla*, se constituye sobre la base del *habla* y se manifiesta concretamente sólo en el *habla*; (3) los rótulos bajo los cuales se distribuye la realidad del lenguaje pueden multiplicarse, según los puntos de vista y los criterios adoptados; (4) la mayoría de las veces las oposiciones que se establecen sólo constituyen caracterizaciones e interpretaciones de una oposición fundamental entre *virtual* y *real*, *abstracto* y *concreto* (sistema — realización); (5) los varios conceptos a que se da el nombre de *lengua* ("acervo lingüístico", "uso lingüístico de una comunidad", "sistema funcional", etc.) no son equivalentes, porque representan distintos tipos y distintos grados de abstracción.

Consideramos, por lo tanto, que una doctrina coherente y realista acerca de las distinciones a hacerse en el lenguaje deberá fundarse en los siguientes principios:

(1) las eventuales distinciones y oposiciones deben establecerse en primer lugar en la realidad concreta del lenguaje, o sea en el *hablar*;

(2) al *hablar* como tal no se le puede oponer como realidad distinta la *lengua*, dado que ésta está presente en el *hablar* mismo y

se manifiesta concretamente en los actos lingüísticos; los términos como *lengua* y *habla* no designan secciones autónomas y ni siquiera "maneras de presentarse de la lengua" sino más bien distintos puntos de vista, o sea maneras de encarar el fenómeno lingüístico, distintos grados de formalización de la misma realidad objetiva;

(3) adoptado el criterio de los distintos grados de abstracción, habrá que reconocer y nombrar las diferenciaciones que se destaquen, sin tratar de reducirlas a los moldes de la famosa dicotomía;

(4) el plano en que hay que hacer las distinciones es el plano de la "conformación" del lenguaje, el plano en que se considera cómo se manifiesta ese fenómeno, y no el plano de su esencia, de su realidad intrínseca, que es un plano de unificación y síntesis, no de diferenciación y análisis; el punto de vista de las determinaciones externas del lenguaje se considerará en segundo término, como caracterización ulterior de lo establecido en el plano antedicho; se considerará particularmente la determinación individuo-colectividad (uno — muchos) y no las determinaciones físicas y psíquicas (en cuyo campo no se establecen relaciones múltiples del tipo de las que nos interesan, sino otras, estrictamente binarias, relaciones generales de forma y contenido: sonido — significado, material — inmaterial, articulación — impulso expresivo); pero el elemento social se comprobará en el mismo *hablar* individual, abandonándose toda ficticia oposición entre un "individuo asocial" y una "sociedad extraindividual";

(5) algunos de los conceptos con que se identifica la "lengua" quedan eliminados de nuestra consideración por lo establecido en (4); así, el concepto de "acervo lingüístico", que es un concepto psicológico y, por lo tanto, pertenece a la psicología del lenguaje más bien que a la lingüística propiamente dicha; pero, aun entre conceptos efectivamente lingüísticos, como "uso lingüístico de una comunidad" y "sistema funcional" hay una neta diferencia de plano abstractivo: justamente, la distinción que entendemos establecer entre *norma* y *sistema*.

3. Una segunda serie de sugerencias acerca de la posibilidad y necesidad de distinguir entre *norma* y *sistema*, como acerca del lugar donde hay que establecer la distinción, nos ha llegado de la fuente misma de la oposición fundamental entre *lengua* y *habla*, es decir, del *Curso* de de Saussure. El extraordinario libro póstumo del maestro ginebrino contiene, también bajo este aspecto, preciosas ideas e intuiciones susceptibles de desarrollo — en sentido positivo o negativo —, así como contiene el embrión y semilla de tantas doctrinas y actitudes de la lingüística actual. En efecto, como se habrá visto por las notas, casi todos los enunciados acerca de *lengua* y *habla* representan paráfrasis, desarrollos o interpretaciones, a menudo unilaterales, de puntos de vista saussureanos. Conviene, por lo tanto, volver a la obra de de Saussure, para encontrar el origen de las dificultades, contradicciones e incoherencias señaladas en dichos enunciados, como también para hallar eventuales sugerencias en vista de una solución más aceptable del problema.



Varios críticos, entre otros Schuchardt y Rogger, han señalado contradicciones, incoherencias, lagunas y puntos oscuros en la misma concepción de de Saussure (1). Ahora, que en el *Curso* haya una multitud de angencias susceptibles de desarrollos contradictorios nos parece evidente y demostrado. Pero no nos atreveríamos a inferir de ello una fundamental incoherencia de la doctrina saussureana, puesto que, si es verdad que 'a muchas tesis del maestro ginebrino pueden oponerse antítesis deducidas de su misma obra', también es verdad que a las interpretaciones unilaterales y contradictorias pueden oponerse interpretaciones coherentes, más orgánicas y objetivamente más justificadas, como lo ha mostrado recientemente Henri Frei, en su respuesta a ciertas críticas de E. Buyssens (2). Lo que, sí, hay que admitir es que la concepción de de Saussure ofrece dificultades de interpretación; que —por las mismas condiciones de "apuntes de clase" en que se publicó su obra— muchos puntos quedan en ella oscuros, o insuficientemente elaborados, o no bien fundados; que ciertas soluciones se encuentran en su libro sólo esbozadas, o apenas aludidas, y ciertas dificultades aparecen todavía no perfectamente resueltas; que, bajo muchos aspectos, de Saussure, como pensador ligado en parte a la mentalidad de su época, se queda en la mitad del camino por él mismo abierto. Quizás justamente por esto se descubra en su libro —como observa Bühler (3)— algo nuevo cada vez que se vuelve a consultarlo.

¿Cuál es la oposición fundamental de de Saussure? El habla (parole) se identifica evidentemente para él con la actividad lingüística concreta o, por lo menos, con gran parte de ella: es "fonación", "ejecución de las imágenes acústicas", más, toda la "actividad del sujeto hablante"; es "la parte individual del lenguaje"; "lo que es accesorio y más o menos accidental", una realidad psico-física que se opone a la realidad puramente psíquica de la lengua; es "la suma de todo lo que las gentes dicen" y comprende "combinaciones individuales, dependientes de la voluntad de los hablantes" y "actos de fonación igualmente voluntarios, necesarios para ejecutar tales combinaciones". No hay en ella "nada de colectivo", "sus manifestaciones son individuales y momentáneas" (4).

Ya veremos pronto que ese concepto del hablar "no colectivo, individual, accidental y momentáneo" resulta, a la luz de la misma doctrina de de Saussure, unilateral e insuficiente. Pero consideremos antes su concepto de *lengua*. En realidad, se pueden distinguir en de Saussure no uno sino tres conceptos de *lengua*: a) acervo lingüístico; b) institución social; c) sistema funcional.

a) La *lengua* es una realidad psíquica que comprende significados e imágenes acústicas (5), es "un sistema gramatical virtualmente existente en cada cerebro, o, más exactamente, en los cerebros de un conjunto de individuos" (6); es "una suma de acuñaciones depositadas en cada cerebro, más o menos como un diccionario cuyos

(1) v. G. NENCIONI — *Ob. cit.*, pp. 143 y sigs. Cf. también K. BÜHLER *Ob. cit.*, pp. 17-20 y 62 y sigs. y A. PENTILH — *Com. cit.*, p. 157.

(2) HENRI FREI — *Saussure contre Saussure?*, Cahiers Ferdinand de Saussure, 9, Ginebra, 1950.

(3) K. BÜHLER — *Ob. cit.*, p. 17.

(4) CLG, pp. 57-59 y 63-65.

(5) CLG, pp. 58-59.

(6) CLG, p. 57.

ejemplares, idénticos, fueran repartidos entre los "individuos" (1). La lengua "es el conjunto de hábitos lingüísticos que permiten a un sujeto comprender y hacerse comprender" (2) y "las asociaciones ratificadas por el consenso colectivo, y cuyo conjunto constituye la lengua, son realidades que tienen su asiento en el cerebro" (3).

b) Pero esa realidad psíquica es para de Saussure, al mismo tiempo, una realidad social, un "producto" o "institución social", como ya había sostenido Whitney, porque la lengua no está completa en ningún individuo, "no existe perfectamente más que en la masa" (4); es "a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos" (5); es "producto social depositado en el cerebro de cada uno" (6), "la parte social del lenguaje, exterior al individuo, que por sí solo no puede ni crearla ni modificarla; no existe más que en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de una comunidad" (7).

c) Mas lo importante es, sobre todo, que esa realidad es una realidad sistemática y funcional. La lengua —y esto ya nos parece independiente de su realidad psíquica y de su determinación social— es para de Saussure "un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas" (8), es un "código" (9), un sistema en el que "sólo es esencial la unión del sentido y de la imagen acústica" (10). La lengua, como realidad psíquica, es para de Saussure "un objeto de naturaleza concreta" (11), pero ese último concepto, eminentemente funcional, lo lleva muy lejos de todo lo que puede llamarse concreto. En efecto, así concebida, la lengua "es una forma, no una sustancia" (12), es un "juego de oposiciones"; "lo único esencial en ella es que un signo no se confunda con otros" (13); "en la lengua no hay más que diferencias" (14); "un sistema lingüístico es una serie de diferencias de sonidos combinados con una serie de diferencias de ideas" (15) y "en un estado de lengua todo se basa en relaciones" (16).

Esos tres conceptos, correspondientes a tres oposiciones (realidad psico-física — realidad psíquica, aspecto individual — aspecto so-

(1) CLG, p. 65.

(2) CLG, p. 144.

(3) CLG, p. 59.

(4) CLG, p. 57.

(5) CLG, p. 51.

(6) CLG, p. 71.

(7) CLG, p. 58.

(8) CLG, p. 53.

(9) CLG, p. 57.

(10) CLG, pp. 58-59.

(11) CLG, p. 59.

(12) CLG, p. 206.

(13) CLG, p. 202.

(14) CLG, p. 203.

(15) CLG, p. 203.

(16) CLG, p. 207.

cial, concreto — abstracto o realización — sistema), coinciden, indudablemente, en gran parte, pero de ninguna manera son idénticos y, sobre todo, no se establecen en el mismo plano sino en tres planos distintos, es decir que manifiestan la interferencia de tres puntos de vista. En la doctrina de de Saussure, ellos aparecen entremezclados; sus contornos no aparecen definidos ni se establecen las necesarias diferencias entre ellos; sin embargo, no se trata, según nosotros, de verdadera incoherencia, sino más bien de insuficiente desarrollo; no se trata de verdaderas definiciones, sino más bien de tentativas de caracterización de una intuición genial, pero todavía algo imprecisa. Además nos parece evidente que, si bien los tres conceptos aparecen simultáneos, la inclinación de de Saussure va decididamente hacia el tercero que es el que se aplica en la distinción entre lingüística interna y externa ⁽¹⁾ y, en general, en la discusión de los problemas de la lingüística sincrónica ⁽²⁾.

La insuficiencia e imprecisión de la dicotomía saussureana aparecen más evidentes si se le aplica el nuevo esquema propuesto por Bühler ⁽³⁾. Observa el estudioso alemán que, para que adquieran precisión y fundamento más sólido, las distinciones en el lenguaje deben hacerse desde dos puntos de vista: 1) desde el punto de vista de la relación con el sujeto hablante (I — fenómenos referidos al sujeto; II — fenómenos desligados del sujeto); y 2) desde el punto de vista del plano de abstracción considerado (a — fenómenos considerados en un grado inferior de formalización, prácticamente fenómenos concretos, y b — fenómenos considerados en un grado superior de formalización, entidades abstractas). Combinando los dos puntos de vista (individual — extraindividual o, mejor, interindividual o intersubjetivo; concreto — abstracto) se distinguen los siguientes cuatro conceptos:

(1) la acción verbal (*Sprechhandlung*), que es la acción misma de hablar, considerada en sí y en su momento de producción (individual/concreto, Ia);

(2) el acto verbal (*Sprechakt*), que es la atribución de una significación a un medio lingüístico (individual/formal, Ib);

(3) el producto lingüístico (*Sprachwerk*), resultado de la acción verbal considerado fuera de su producción y de su relación con las vivencias del individuo productor (interindividual/concreto, IIa);

(4) la forma lingüística (*Sprachgebilde*), el mismo producto considerado abstractamente, como *species* o "clase de clases", es decir, en su valor funcional, separado de las circunstancias de la situación verbal concreta (interindividual/formal, IIb).

Tenemos, por consiguiente:

— desde el punto de vista de la relación con el hablante: 1) en el plano concreto: acción verbal, A (fenómeno subjetivo) y producto lingüístico, P (fenómeno intersubjetivo); 2) en el plano formal:

(1) CLG, pp. 67 y sigs.

(2) CLG, 2ª Parte, pp. 175-230.

(3) K. BÜHLER — *Ob. cit.*, pp. 62 y sigs.

acto verbal, A° (fenómeno subjetivo) y forma lingüística, F (fenómeno intersubjetivo);

— desde el punto de vista del grado de formalización: 1) en el plano individual: acción verbal (fenómeno concreto) y acto verbal (entidad formal); 2) en el plano interindividual: producto lingüístico (fenómeno concreto) y forma lingüística (entidad formal).

O sea, el siguiente esquema:

	I	II
a	A	P
b	A°	F

En realidad Bühler no supera aquí la dicotomía saussureana sino simplemente la combina — y esto resulta sumamente provechoso — con la otra dicotomía famosa, la establecida por Humboldt: *enérgeia* (*Tätigkeit*) y *érgon* (*Werk*) ⁽¹⁾.

En efecto, la distinción fundamental de de Saussure se establece, como vimos (3er. concepto de "lengua"), entre concreto y abstracto o formal (ideal, funcional), y esto a pesar de la afirmación según la cual también la lengua sería "concreta" (probablemente, tendríamos que traducir con "real"). Pues para de Saussure es habla (*parole*) tanto la acción individual momentánea (*Sprechhandlung*), como el producto asistemático de una serie de tales acciones (cf. la fórmula saussureana del habla: $I + I' + I'' + I''' \dots$ ⁽²⁾), es decir, lo que Bühler llama *Sprachwerk*; es, en cambio, lengua (*langue*) el sistema de formas lingüísticas (*Sprachgebilde*; cf. su fórmula: $I + I + I + I \dots = I$ ⁽³⁾), como debería ser hecho de lengua, por su carácter formal, lo que Bühler llama *Sprechakt*. Es decir que la oposición de de Saussure se establece fundamentalmente en el sentido de la sección horizontal del esquema de Bühler.

La distinción de Humboldt se establece, en cambio, entre individual e interindividual, entre actividad y producto. Para él sería *enérgeia* (hoy diríamos habla) lo que Bühler llama *Sprechhandlung* y *Sprechakt*; sería *érgon* (lengua) lo que Bühler llama *Sprachwerk* y *Sprachgebilde* ⁽⁴⁾. Es decir que la oposición humboldtiana se esta-

(1) La utilidad y la notable agudeza de esta combinación de puntos de vista nos convence una vez más de que el camino para llegar a una teoría coherente del lenguaje es el escogido por Bühler, es decir, el que sale de la labor empírica y teórica de los lingüistas (*Ob. cit.*, Prefacio, p. 4), y que toda teoría definitiva acerca del lenguaje deberá tomar como base la gran obra de Bühler, cuya doctrina necesita indudablemente múltiples correcciones y presenta todavía muchas zonas oscuras, pero que ha tocado prácticamente todos los puntos fundamentales y que representa el mayor esfuerzo de sistematización que se haya hecho hasta ahora en la materia.

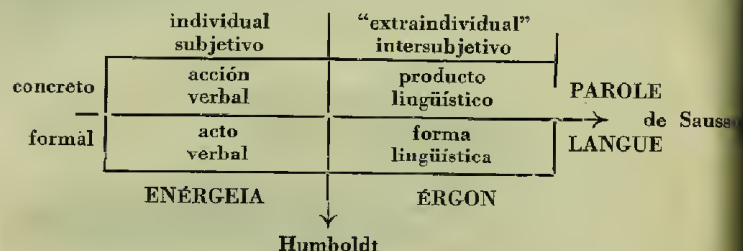
(2) CLG, p. 65.

(3) *Ibid.*

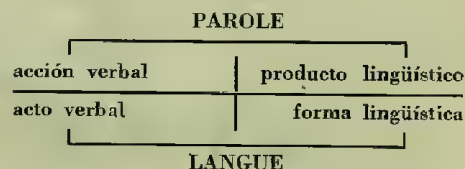
(4) El hecho de que Bühler emplee el prefijo *Sprech-* (de *sprechen*, hablar) para los términos que se refieren al aspecto subjetivo y emplee, en cambio, *Sprach-* (*Sprache*, lengua) para los que se refieren al aspecto inter-

blece fundamentalmente en el sentido de la sección vertical del esquema de Bühler.

Las dos oposiciones se sitúan, pues, de la siguiente manera:



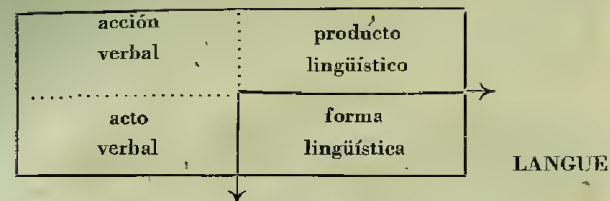
Bühler parece entender que según de Saussure la *parole* correspondería sólo a la *acción verbal* (cf. la interpretación de Jespersen); pero la fórmula misma de la *parole* dada por el maestro ginebrino indica que ella contiene también el *producto lingüístico*. El esquema de la oposición saussureana debería ser por consiguiente:



Pero de Saussure agrega a su oposición fundamental (concreto — abstracto) una distinción secundaria (individual — social) (es decir, individual — interindividual), eliminando de la "lengua" todo lo que no es "forma lingüística" (entidad abstracta, funcional, intersubjetiva), o sea tanto lo que es acción individual concreta y momentánea (acción verbal) y el respectivo resultado asistemático (producto lingüístico), como lo que es formal, pero al mismo tiempo subjetivo (acto verbal). Con eso, su esquema se vuelve:

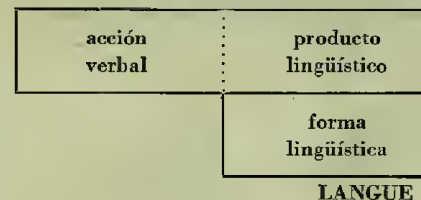
subjetivo, parece indicar una aceptación implícita de la oposición de Humboldt, a pesar de que su concepto de "lengua" coincide con el de de Saussure (sistema de formas lingüísticas). En términos saussureanos habría que decir más bien: *Sprechakt* (acto de habla) y *Sprachwerk* (producto de habla): *Sprachakt* (acto de lengua) y *Sprachgebilde* (forma lingüística).

PAROLE

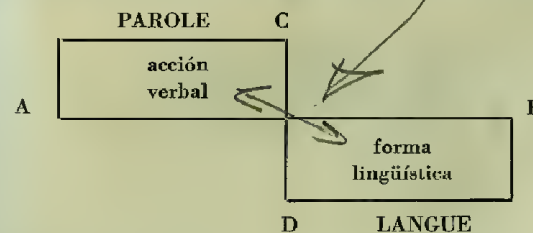


Además, ignora casi constantemente lo que en la actividad lingüística individual es formal (acto verbal), oponiendo por lo tanto acción verbal - producto lingüístico (*habla*) a sistema de formas lingüísticas (*lengua*):

PAROLE



Finalmente, después de dada la fórmula del habla, deja de lado la *parole* como producto lingüístico y opone normalmente la *forma lingüística* únicamente a la *acción verbal*. Su concepción podría, por consiguiente, esquematizarse de esta manera:



Ahora, es evidente que, en este último esquema, la distinción puede establecerse tanto en el sentido de la línea fundamental A-B (concreto - abstracto), como en el sentido de la línea secundaria C-D (individual — social, *enérgeia* — *érgon*). Eso explica por qué, en la concepción saussureana, la "lengua" aparece tan desligada del "ha-

bla", a pesar de la afirmada interdependencia ⁽¹⁾ (la relación se establece a través del "acto verbal", que falta en el esquema), como también por qué de Saussure identifica lo concreto y asistemático con lo individual, y lo formal y sistemático con lo social, y por qué muchos estudiosos han considerado la oposición saussureana idéntica a la de Humboldt (como lo es sólo en el sentido de la línea C-D) ⁽²⁾.

El último esquema demuestra la coherencia de las ideas más constantes en de Saussure: evidentemente, a la *langue* concebida como entidad general, ideal, abstracta, extraindividual, puede oponérsele diametralmente sólo una *parole* concebida como momentánea y ocasional, material, concreta, individual. Pero el mismo esquema indica a la vez las fallas de una dicotomía tan neta y rígida, que queda lejos de comprender y agotar toda la realidad del lenguaje.

La primera insuficiencia está en la identificación inicial entre individual y concreto, social y formal (funcional). En efecto, el esquema más completo imaginado por Bühler pone en evidencia que la oposición no es tan neta, puesto que los fenómenos concretos pueden considerarse como desligados del sujeto o intersubjetivos, es decir, como "sociales" en la terminología saussureana (producto lingüístico), así como, por otra parte, los fenómenos subjetivos pueden considerarse en un plano superior de formalización (actos verbales).

Por eso, si se afirma que es "lengua" lo que se considera desligado del sujeto, hay que admitir que el "producto lingüístico" es tan "extraindividual" como la "forma lingüística". En efecto, $1 + 1 + 1 \dots$ continúa significando acto individual + acto individual + acto individual ..., es decir, que no es algo "más social" que el simple producto lingüístico ($1 + 1' + 1''$), sólo que, en lugar de ser hecho concreto + hecho concreto + hecho concreto, es forma + forma + forma, o sea aspecto común + aspecto común + aspecto común, eso es *isoglosa*. Se manifiesta aquí un conflicto entre el punto de vista social y el punto de vista formal, pues, si lo que es "social" es *langue*,

(1) CLG, p. 64.

(2) A pesar de todo, la distinción fué, como es sabido, sumamente fructuosa: su importancia, aun cuando no tuviese sólidos fundamentos teóricos, podría demostrarse pragmáticamente, por la importancia de los resultados a que ha llevado en la ciencia glotológica. De una manera general, la doctrina de de Saussure ha dado un nuevo, extraordinario impulso a los estudios sincrónicos. Y sobre sus aspectos particulares se han fundado tendencias de las más vitales en la lingüística actual. La escuela ginebrina, partiendo de la distinción *langue-parole*, ha desarrollado justamente aquella lingüística del habla cuya constitución el maestro había sólo indicado como posible (Bally, Sechehaye, Frei). La escuela de París, siguiendo también sugerencias anteriores, particularmente de Breal, ha tomado como base la oposición individual-social, ocupándose de la lengua como institución social (Meillet). Finalmente, los lingüistas más estrictamente saussureanos, los fonólogos de Praga y la escuela de Copenhague, han tomado como base la distinción fundamental entre concreto y formal, desarrollando la nueva lingüística estructural y funcional. En la fonología se ha realizado además, por intermedio de N. S. Trubetzkoy, el encuentro entre la doctrina saussureana y la doctrina psicologista de J. Baudouin de Courtenay. Pero es sintomático, por lo que concierne a la valoración de la verdad

entonces el "producto lingüístico" no puede caber dentro de la *parole*, y si, en cambio, el "producto lingüístico" es *parole*, entonces ésta no se identifica con el aspecto exclusivamente individual del lenguaje. En efecto, la oposición entre "producto lingüístico" y "forma lingüística" no se basa en la antítesis individual — social, sino en la antítesis asistemático — sistemático, concreto — abstracto.

Por otro lado, si *langue* es lo que es formal, entonces no puede excluirse de este concepto el "acto verbal", que es formalización de la acción verbal concreta, y si, en cambio, el "acto verbal" es *parole*, entonces ésta no es integralmente concreta, sino que contiene también elementos formales. Es decir que tenemos nuevamente el mismo conflicto anterior, porque aquí de Saussure ya no hace la distinción según la oposición concreto — abstracto, sino según la oposición individual — social.

Por consiguiente, mientras como punto de partida tenemos en F. de Saussure una oposición bilateral entre concreto y abstracto, asistemático y sistemático, mediante la elaboración del concepto de sistema se llega a una oposición múltiple entre "individual asistemático + social asistemático + individual formal" (*parole*), por un lado, y "social-formal" (*langue*), por el otro, aunque los aspectos social-asistemático e individual-formal de la *parole* queden en la penumbra. Pero, si *langue* es sólo lo que es social y al mismo tiempo formal, eso quiere decir que, según el mismo de Saussure, hay en el lenguaje elementos sociales y elementos formales que no son *langue*, no son sistema (sistema funcional). Es decir que, o se desecha la oposición fundamental entre concreto y abstracto, o hay que abandonar la identificación entre social y formal.

La segunda insuficiencia de la dicotomía saussureana, en su forma última, es la de ser demasiado rígida, es decir, de ignorar el punto en que "lengua" y "habla" se encuentran y se combinan, o sea el "acto verbal". Proviene eso del hecho de no haberse colocado de Saussure en el campo concreto del lenguaje, esto es, en la primera

originalidad de F. de Saussure, que ni la escuela de Praga-Viena ni la de Copenhague conservan nada de su psicologismo (como no se conserva ese aspecto de Baudouin de Courtenay) y que, por lo que concierne a la oposición social-individual, los estructuralistas y funcionalistas se limitan a consignarla como principio en la enunciación de sus tesis iniciales, dedicándose luego enteramente a investigar la lengua como sistema.

Por otra parte, si ciertas ciencias lingüísticas no se han desarrollado en la lingüística postsaussureana, esto no es, sin duda, independiente de las insuficiencias del esquema de de Saussure. Así, por ejemplo, si una semántica del habla no se ha establecido todavía con objeto y métodos lingüísticos rigurosos, eso depende, según nosotros, de la ausencia de una teoría orgánica del "acto verbal". Sobre el mismo concepto de "acto verbal" se constituiría una estilística como la de Croeber (y de Vosler, en sus comienzos), dedicada a distinguir lo que en un texto es originalidad, novedad, elemento verdaderamente inédito, de lo que es repetición, uso lingüístico de la comunidad, etc. Ninguna ciencia, en cambio, puede establecerse sobre el concepto de "producto lingüístico" considerado asistemáticamente, cuyo campo concierne más bien a la operación previa de recolección de materiales.

sección de la dicotomía de Humboldt, en la *enérgeia* o acto lingüístico. En efecto, sólo colocándonos en el acto lingüístico podremos distinguir lo que en el mismo hablar es "acción verbal" de lo que es, en cambio, "acto verbal", forma, o sea, de alguna manera, *hecho de lengua*. Ha sido mérito de Gardiner destacar, justamente, que en el hablar concreto hay que ver no sólo hechos de habla, *facts of speech*, sino también hechos de lengua, *facts of language*, hechos que pertenecen al sistema (cf. también W. von Warburg, Bally); y Gardiner se coloca precisamente desde el punto de vista del acto lingüístico. La abstracción nos llevará, sin duda, a la "forma lingüística", pero no se olvide que ésta es el mismo "acto verbal", considerado como desligado del sujeto. Y el hecho de que ya algunos intérpretes de de Saussure hayan visto en el habla (hablar) algo que pertenece a la lengua (sistema) nos parece muy importante, porque constituye el terreno en el que las concepciones dualistas y las monistas (cf. Jespersen) se encuentran. El punto de partida para una concepción unitaria y coherente deberá ser, por consiguiente, ese aspecto de *langu* que existe en la *parole*, en el acto lingüístico, que es al mismo tiempo *Sprechhandlung* y *Sprechakt* o, mejor, *Sprachakt*.

Por otra parte, colocándonos en el campo del fenómeno lingüístico considerado independientemente del sujeto (producto lingüístico + forma lingüística), descubriremos que hay elementos que no son únicos u ocasionales, sino sociales, es decir, normales y repetidos en el hablar de una comunidad, y que, sin embargo, no pertenecen al sistema funcional de las formas lingüísticas, o sea que ya sobre la base del llamado "producto lingüístico" puede establecerse un sistema normal distinto del sistema funcional que se establece en el grado mayor de abstracción, el de las "formas lingüísticas".

En tercer lugar, la dicotomía saussureana aparece demasiado rígida también por la concepción del individuo que tiene de Saussure, un individuo completamente separado de la sociedad y que no sería el mismo "colectividad" (cf. Gardiner, Jespersen, Otto, Pagliaro); en la *parole* individual no habría, según de Saussure, nada de colectivo. Pero, si así fuese, si hubiese realmente ese abismo entre sociedad e individuo, ¿cómo podría subsistir aquella íntima interdependencia entre *langu* y *parole* que el mismo de Saussure reconoce? ¿cómo podría realizarse por el individuo el sistema social? Si, en cambio, es evidente que el sistema social se realiza en la actividad individual, ¿no habrá nada social, nada intersubjetivo, en esa actividad? De Saussure hace una distinción demasiado rígida entre "individual" y "social" o, mejor dicho, identifica "social" con "interindividual", "intersubjetivo", mientras, si se considera un individuo real, que es siempre social, "social" es un concepto más amplio y comprende tanto lo individual como lo interindividual.

Hay que comprobar, pues, lo social en lo individual, en los actos lingüísticos del sujeto. Y, dado que lo social es, como ya vimos, sistema normal y sistema funcional, los dos aspectos podrán compro-

barse en los actos individuales, además del aspecto que pertenece exclusivamente al individuo.

Esta observación tampoco la hace Bühler. En efecto, se puede admitir con el que "lengua" (*Sprachwerk* y *Sprachgebilde*) es todo lo que se considere fuera del sujeto hablante, aunque los "productos" de por sí representan sólo el material asistemático sobre el cual se constituye la "lengua", como norma y sistema. Pero, por un lado, no puede aceptarse que se trata de fenómenos "extraindividuales" o independientes de los individuos hablantes; hay que recordar que el considerarlos así es una convención; que los "productos" y "formas" no existen como tales, sino que son abstracciones del observador, elaboradas sobre la base de la realidad lingüística concreta y particularmente sobre lo que en lo concreto es re-creación, repetición de un modelo anterior; que cada "acción lingüística" (*Sprechhandlung*) es al mismo tiempo *Sprechakt* (acto verbal) y también *Sprachakt* (acto de lengua), puesto que contiene una "forma lingüística" que en ella se concreta (cf. v. Warburg); o sea que en el acto lingüístico se comprueban lo que se llama "hechos de lengua" (Gardiner: *facts of language*), es decir, isoglosas entre el acto considerado y actos lingüísticos anteriores, del mismo individuo o de otros individuos, que se ha tomado como modelo. Por otro lado, no debe olvidarse que, en esos modelos anteriores de cada acto lingüístico, no todo es "forma lingüística", no todo es función: los modelos contienen también algo que es normal, repetido en una comunidad, y que, sin embargo, no cabe dentro del respectivo sistema funcional, no atañe a la "estructura" de la respectiva lengua.

Ahora, nos preguntamos si todo esto lo ignoró realmente F. de Saussure. Es verdad que el *Curso* no nos dice nada explícito al respecto. Sin embargo, nos parece que hay en la obra algunos enunciados sumamente significativos a este propósito.

En primer lugar, ¿por qué afirma de Saussure que la lengua es concreta ⁽¹⁾, a pesar de decir luego que es un sistema de puras oposiciones formales? ¿Será esto un simple error de expresión o una "desviación funesta", un ataque a su propia tesis de la "idealidad del objeto *langu*", como le parece a Bühler? ⁽²⁾. ¿O encerrará una de esas verdades sólo aludidas y que el *Curso* no desarrolla?

Abramos nuevamente el *Curso*: de Saussure nos dice que la lengua se puede "localizar en la posición determinada del circuito [de un acto lingüístico] donde una imagen acústica viene a asociarse con un concepto" ⁽³⁾. Pero ese circuito, siendo circuito de un acto lingüístico, debe ser para de Saussure parte de la *parole*, dado que para él toda la "ejecución" de la lengua es *parole*. Entonces quiere decir que la "lengua", como objeto concreto, se "localiza" en el habla, o sea que se concreta en el habla, y, por consiguiente, se comprueba en ésta.

Además, dice de Saussure que "al separar la lengua [como sistema] del habla, se separa a la vez: 1) lo que es social de lo que es individual; 2) lo que es esencial de lo que es accesorio y más o menos accidental" ⁽⁴⁾. Y luego: "Nuestra definición de la lengua

⁽¹⁾ CLG, p. 59.

⁽²⁾ K. BÜHLER — Ob. cit., p. 72.

⁽³⁾ CLG, p. 58.

⁽⁴⁾ CLG, p. 57.

supone que descartamos de ella todo lo que sea extraño a su organismo, a su sistema" (1). ¿Significa esto que lo esencial se identifica con lo social? No nos parece. Creemos más bien que para de Saussure "esencial" se identifica con "interno", e "interno es todo lo que hace variar el sistema en un grado cualquiera" (2). Ahora, al distinguir la "lingüística externa" de la "lingüística interna", de Saussure elimina de ésta todo lo que es extraño al sistema (3), o sea también la determinación social; en efecto, la "lingüística interna" debe estudiar la lengua en sí, y es evidente que lo que puede estudiarse "en sí" es sólo el sistema funcional y no la norma, que depende de varios factores operantes en la comunidad considerada. En otro lugar de Saussure indica que una idea de la "lengua" puede darse, de manera bastante fiel, mediante una gramática y un diccionario (4); y aquí, evidentemente, ya no se trata de la lengua entendida como "sistema lingüístico", sino de un concepto más amplio, dado que la gramática y el diccionario no contienen sólo las oposiciones sistemáticas de una lengua, sino todo lo que es *normal* en las expresiones de una comunidad.

Finalmente, no ignora de Saussure la independencia del sistema con respecto a la norma: "la lengua es un sistema que no conoce más que su orden propio y peculiar" (5). Pero hay, acerca de este punto, una aclaración todavía más explícita y sin embargo significativa: "... algunos [que] se dan cuenta de que el signo debe estudiarse socialmente, no retienen más que los rasgos de la lengua que la ligan a otras instituciones, aquellos que dependen más o menos de nuestra voluntad; y así es como se pasa tangencialmente a la meta, desdibujando los caracteres que no pertenecen más que a los sistemas semiológicos en general y a la lengua en particular. *Pues el signo es ajeno siempre en cierta medida a la voluntad individual o social, y en eso está su carácter esencial*, aunque sea el que menos evidente se haga a primera vista" (6). [Subrayado nuestro].

Nos parece, pues, que existe en de Saussure —aunque apenas aludida— una oposición entre los dos conceptos de "lengua" que en su doctrina parecen casi siempre identificarse: la "lengua" como institución social, ligada a otras instituciones sociales, y que contiene también elementos no funcionales (*norma*) y la "lengua" como sistema abstracto de oposiciones funcionales (*sistema*).

Pero hay algo más: ¿por qué dice de Saussure que el individuo no puede cambiar la lengua, que ella se le impone, para luego afirmar que, sin embargo la cambia? ¿Será ésta una simple contradicción, simple paradoja, o es que en la "lengua" (en sentido amplio) hay algo que se impone al individuo y algo que, en cambio, es libre? Creemos encontrar en de Saussure la intuición de la flexibilidad, de la relativa libertad del sistema: véase, por ejemplo, lo que

(1) CLG, p. 67.

(2) CLG, p. 70.

(3) CLG, pp. 67-70.

(4) CLG, p. 59.

(5) CLG, p. 70.

(6) CLG, p. 61.

dice de las leyes sincrónicas (1), cuyo orden "es precario porque no es imperativo" (2). Si nuestra interpretación es exacta, de Saussure se habría, bajo este aspecto, adelantado a aquellos de sus continuadores que consideran que el sistema se impone al individuo de manera rígida y absoluta.

Asimismo, nos parece que no ignora de Saussure el concepto de "leogua" como sistema *a posteriori* de isoglosas, opuesto a la "lengua" considerada como precedente al habla (*norma* o *sistema* de oposiciones funcionales): véanse, a este propósito, las páginas acerca de dialectos y lenguas desde el punto de vista geográfico (3). Y con esto ya se sale de la sincrónica para y se puede concebir, como hace Pagliaro, una "lengua" como entidad histórica objetiva, cuya unidad se define por dos dimensiones: la espacial y la temporal.

Para aclarar mejor la naturaleza de la distinción entre *sistema normal* y *sistema funcional* (en este sentido empleamos los términos *norma* y *sistema*), podemos recurrir a la célebre analogía saussureana con el ajedrez (4), aunque refiriéndonos a la verdadera "gramática" del juego, es decir, a sus reglas, y no sólo al número de las piezas. Evidentemente, entre el "código" del juego y su realización en ese o aquel partido, podemos comprobar ciertos movimientos, ciertos aspectos constantes, que no modifican las reglas, el "sistema", pero que, sin embargo, caracterizan la manera de jugar de un individuo o de un grupo de individuos más o menos amplio, constituyen rasgos normales de la realización del "código" por el individuo o los individuos considerados. Y el fútbol, aun teniendo las mismas reglas internacionales, ¿no se "realiza" de manera distinta y característica en los varios países, por los varios cuadros y los varios jugadores?

Otra analogía postsaussureana es la que asemeja un sistema lingüístico a un tren. Es evidente que "el expreso de París de las 8 y 20", si mantiene ciertas características funcionales (como la de salir a una hora determinada, de llegar a París a una hora determinada, de parar en determinadas estaciones), es siempre el mismo tren, aun cambiando el número, el orden, la forma y el color de los vagones, y los vagones mismos, el personal, etc. Sin embargo, los que viajan en el expreso saben que los elementos no-funcionales no son todos indiferentes y ocasionales, por ejemplo que tiene siempre diez vagones, que los vagones D, E, A, B se encuentran siempre en ese orden, que el segundo y el quinto vagón, contando desde la locomotora, son siempre de primera, que todos los sábados cambia el turno del personal, etc. Es decir que conocen toda una serie de aspectos que caracterizan el expreso de París, aun no teniendo valor funcional, y encontrarían *anormal* un tren que no los presentara: aquí también, entre el tren abstracto, como función, y el tren concreto que el señor X ha tomado ayer o tomará mañana, se interpone una "realización" *normal* y más o menos constante del tren mismo.

La distinción entre aspecto normal y aspecto funcional puede hacerse con mayor claridad aún en la analogía con la llave, empleada

(1) CLG, pp. 164 y sigs.

(2) CLG, p. 165.

(3) CLG, pp. 320-325.

(4) CLG, p. 70.

por Martinet ⁽¹⁾. En efecto, es verdad que, en una serie de llaves, algunos aspectos son funcionales o "pertinentes" (los que permiten a las llaves mismas abrir determinadas puertas y las clasifican según las puertas que abren) y otros, en cambio, son accesorios y "no-pertinentes" (forma del anillo, metal empleado, etc.) ⁽²⁾. Pero también es verdad que los aspectos "no pertinentes" no son todos indiferentes y ocasionales; así, por ej., las llaves tienen normalmente el anillo, se hacen normalmente de metal y no de madera, vidrio o diamante, etc.

En todas las analogías aducidas, pueden distinguirse siempre tres series de características, según el grado de abstracción o formalización: 1) las características concretas, infinitamente variadas y variables, de los objetos observados; 2) las características normales, comunes y más o menos constantes, independientemente de la función específica de los objetos (1er. grado de abstracción); 3) las características indispensables, es decir funcionales (2º grado de abstracción). Se trata de la misma distinción que puede establecerse entre todas las sentencias particulares que representan la aplicación de una ley, el reglamento que indica cómo la ley debe aplicarse (o, mejor, la aplicación normal y habitual de la ley) y la ley misma, como sistema de principios abstractos.

Naturalmente, no pretendemos que en de Saussure y en la lingüística estrictamente saussureana se encuentre ya el concepto de norma explícitamente opuesto al concepto de sistema. Sólo nos parece que el concepto de *lengua* como sistema abstracto de oposiciones funcionales implica el desarrollo del concepto de *norma* (abstracción intermedia) y que en el mismo de Saussure pueden encontrarse las premisas para la estructuración de ese concepto, como también notables sugerencias acerca de su naturaleza.

4. Pero el impulso decisivo para la constitución de los dos conceptos de *norma* y *sistema* surge de la misma investigación empírica del hecho lingüístico y, particularmente, de los adelantos de la fonología y, en general, de la lingüística estructural.

Ya hace de eso algunos años, al estudiar la *lengua de un poeta rumano*, en una comunicación leída, en diciembre de 1948, en el "Sodalizio glottologico milanese" ⁽³⁾, observábamos que las innovaciones, sobre todo sintácticas y semánticas, comprobadas en la expresión de dicho poeta, aunque absolutamente inéditas, audaces y sorprendentes, y, de alguna manera, "anormales", no resultan aberrantes desde el punto de vista del sistema, no se perciben como "errores", no chocan el "sentido lingüístico" de los lectores homóglotas. "El procedimiento de Barbu — anotábamos — es siempre idéntico: es la extensión de usos particulares a otros casos, lógicamente semejantes.

(1) A. MARTINET — *Où en est la phonologie?*, en *Lingua*, I, 1, pp. 34-58.

(2) *Art. cit.*, p. 38.

(3) E. COSERIU — *La lingua di Ion Barbu*, en *Atti del Sodalizio glottologico milanese*, I, 2, Milán, 1949, pp. 47-53.

pero en los que la convención normal es distinta" ⁽¹⁾. Es decir que hacíamos, aunque en términos algo imprecisos (sobre todo por lo que concierne al llamado "sentido lingüístico", que considerábamos de índole causal y no como efecto del sistema), la distinción entre sistema funcional y convención (realización) normal. Por otra parte, ¿no son de ese mismo tipo la mayoría de las innovaciones poéticas? ¿No son casi siempre violaciones o ampliaciones de la *norma*, permitidas por el *sistema*?

Veamos lo que se deduce a este respecto de las investigaciones estructurales.

Bertil Malmberg, recordando una discusión del Círculo Lingüístico de Copenhague y una intervención de Hjelmslev acerca del problema del substrato (si el substrato afecta efectivamente el "sistema" de una lengua "en el sentido estricto del término"), observa que "en el español paraguayo resulta alterada la realización fonética, mientras el sistema funcional queda intacto" ⁽²⁾. Evidentemente, Malmberg no se refiere aquí a la realización fonética individual y ocasional, a "hechos de habla" no investigables sistemáticamente, sino a una *realización* normal, que caracteriza el hablar de toda una región y es distinta de las realizaciones normales del mismo sistema español en otras regiones, pero que, sin embargo, no afectaría la estructura de la lengua desde el punto de vista funcional.

Sugerencias muy importantes, en el mismo sentido, se encuentran en varios lugares de los *Principios* de Trubetzkoy. Así, en el capítulo acerca de fonología y fonostilística ⁽³⁾, se indica que hay en las lenguas realizaciones acústicas particulares de ciertos fonemas, que caracterizan el hablar de las varias generaciones, o de los dos sexos, de ciertas comunidades profesionales o culturales: evidentemente, esas realizaciones distintas no implican distinciones en los respectivos sistemas lingüísticos; sin embargo, no son individuales, no son momentáneas y ocasionales, sino *normales* y *constantes* en la expresión de grupos humanos más o menos amplios. Es verdad que, en casos como éstos, no se trataría de características enteramente afonológicas, puesto que, aun no teniendo función propiamente fonológica (representativa), tendrían función expresiva. Pero ¿qué decir de los "sonidos normales" que Trubetzkoy opone de una manera general a los "sonidos de sustitución" admitidos por una comunidad para la realización de ciertos fonemas?

Más adelante, en el capítulo acerca del concepto de fonema ⁽⁴⁾, después de haberse definido el fonema como "suma de las particularidades fonológicamente pertinentes que comporta una imagen fónica" ⁽⁵⁾, se observa que el mismo fonema puede ser realizado por

(1) *Com. cit.*, p. 49.

(2) B. MALMBERG — *L'Espagnol dans le Nouveau Monde*, apart. de *Studia linguistica* I, 1947, II, 1948, p. [74], nota.

(3) N. S. TRUBETZKOY, *Ob. cit.*, pp. 16-29.

(4) *Ob. cit.*, pp. 36-41.

(5) *Ibid.*, p. 40.

una multitud de sonidos, que se designan con el nombre de *variantes* o *variantes fonéticas*. Sin embargo, de los ejemplos que se aducen se desprende que, dentro de la infinidad de realizaciones posibles de un fonema, se puede distinguir un número limitado de variantes-tipo, normales y constantes, por ejemplo en determinadas posiciones en la palabra.

Pero el capítulo más importante, por lo que atañe al problema que aquí nos interesa, es aquél en que se trata de la distinción entre fonemas y variantes ⁽¹⁾. En efecto, Trubetzkoy observa que hay variantes *facultativas* (generales e individuales) y que de éstas una puede ser considerada como la variante *normal* en una lengua: así, por ej., para el fonema /r/, la realización (variante) normal en francés y alemán es la r uvular, mientras en español, italiano, etc., es normal la r lingual (ápico-alveolar). Otro tipo de variantes, son las variantes *combinatorias*, que dependen de los fonemas vecinos (así en japonés el fonema /f/ se realiza siempre como h, delante de u). Ciertas variantes facultativas tienen, indudablemente, valor estilístico y algunas de las combinatorias tendrán la función que Trubetzkoy llama *asociativa* o *asociativa auxiliar*, es decir la de indicar el límite de una palabra, o el morfema o el fonema contiguo (así, por ej., en rioplatense, la realización γ del fonema /g/ después de /s/ indica este último fonema, cuya realización se reduce al mínimo). Sin embargo, muchas variantes son simplemente *normales* en la lengua considerada, aun siendo totalmente *afuncionales*. (El mismo Trubetzkoy emplea varias veces los términos *norma* y *normal*, en esa discusión acerca de las variantes).

Un paso más en la misma dirección se hace al considerar los capítulos acerca de la *neutralización* de la oposición fonológica distintiva ⁽²⁾, es decir, acerca del fenómeno por el cual, en determinadas posiciones en la palabra, dos fonemas correlativos, distintos en otras posiciones, aparecen intercambiables, sin que eso altere la significación ⁽³⁾. Justamente en caso de neutralización se comprueba con toda evidencia que la realización es indiferente y los fonemas correlativos aparecen intercambiables sólo desde el punto de vista del *sistema funcional*, mientras sólo muy pocas veces la realización es realmente indiferente desde el punto de vista de la *norma* de la lengua; más: la neutralización existe justamente porque existe una determinada realización normal que hace que un fonema se confunda con su correlativo (o, en caso de correlación múltiple, con más correla-

⁽¹⁾ Ob. cit., pp. 47-53.

⁽²⁾ Ob. cit., pp. 246-261.

⁽³⁾ En caso de neutralización, la realización acústica ya no es de uno de los fonemas intercambiables sino de un *archifonema* que los comprende a ambos. Así, en español, la oposición entre r y rr se neutraliza en posición final, por lo cual una realización r o rr (indiferente desde el punto de vista del significado, en tal posición) corresponde a un archifonema /R/. Acerca de otras neutralizaciones que ocurren en español en posición final, v. AMADO ALONSO — Una ley fonológica del español, ahora en *Estudios lingüísticos. Temas españoles*. Madrid, 1951, pp. 288-303.

tivos), es decir que vuelve inoperante una oposición fonológica. Así, por ejemplo, en el sistema fonológico ruso, la oposición distintiva entre sonoras y sordas aparece neutralizada en posición final o delante de sorda, pero la realización de los fonemas correlativos implicados (/b/ - /p/, /d/ - /t/, etc.) no es de ninguna manera indiferente desde el punto de vista de la norma, puesto que ellos se realizan siempre como sordos.

Subraya Trubetzkoy que la fonología, como ciencia del sistema lingüístico, se ocupa de los hechos fónicos sólo en la medida en que cumplen una determinada función en la lengua ⁽¹⁾; pero es evidente que una lengua se caracteriza también por hechos fónicos no funcionales. Al discutir los principios de la fonometría de Zwirner ⁽²⁾, el mismo Trubetzkoy reconoce la existencia de "normas de realización", pero —identificando "lengua" con "sistema funcional" y "realización" con "habla"— afirma que se trata de normas de la *parole* y no de la *langue*. Mas ¿se pueden verdaderamente considerar como hechos de *parole* fenómenos normales y constantes en una lengua? ⁽³⁾.

Observa a este respecto Martinet ⁽⁴⁾ que las variantes no pueden dejarse de lado en la descripción fonológica de una lengua (con lo cual se atribuyen a la *langue* —en un sentido, evidentemente, más amplio que el de "sistema funcional"— las normas de realización que Trubetzkoy atribuye a la *parole*). El mismo estudioso acepta con reticencia la opinión de Trubetzkoy acerca de la función asociativa de las variantes combinatorias. Señala, en cambio, como significativa la comprobación de B. Malmberg de que ciertas variantes constituyen rasgos característicos de determinadas estructuras lingüísticas ⁽⁵⁾ e indica, por su parte, como ejemplo, la norma de la brevedad de las vocales finales en francés (que es característica de la lengua francesa, a pesar de no existir en ella, en ese caso, la oposición fonológica distintiva entre vocales largas y breves).

Hjelmslev ⁽⁶⁾, aplicando un método estrictamente estructural y funcional no sólo al plano de la expresión, o fónico, sino también al plano del contenido, o semántico, comprueba en los dos planos la existencia de variantes libres o individuales (*variaciones* - cf. las variantes facultativas de la fonología) y variantes condicionales o com-

⁽¹⁾ Ob. cit. p. 12.

⁽²⁾ Ob. cit., pp. 7-9.

⁽³⁾ El hecho de que la oposición de TRUBETZKOY entre fonología y fonética no corresponde con exactitud a la antinomia saussureana *langue* - *parole* ha sido notado ya en el III Congreso de Ciencias Fónicas (Gante, julio de 1938), particularmente por N. VAN WIJK y J. LAZCZKUS. Cf. N. VAN WIJK, *La délimitation des domaines de la phonologie et de la phonétique* y J. LAZCZKUS, *Die Scheidung langue - parole in der Lautforschung*, en *Proceedings of the Third International Congress of Phonetic Sciences*, Gante, 1939, respectivamente, pp. 8-12 y 13-23.

⁽⁴⁾ A. MARTINET — *Phonology as functional Phonetics*, Londres, 1949, pp. 7-9.

⁽⁵⁾ Cf. B. MALMBERG — *Die Quantität als phonetisch-phonologischer Begriff*, en *Lunds Universitets Årsskrift*, Lund, 1944.

⁽⁶⁾ L. HJELMSLEV — *Omkring Sprogteoriens Grundbeggeelse*, Copenhagen, 1943.

binatorias (*variedades*) ⁽¹⁾, y observa que las variaciones pueden estudiarse por medios estadísticos (fonométricos). En los dos planos comprueba, además, el fenómeno que llama *sincretismo*, correspondiente a la *neutralización* de la fonología. Cada variante es realización de una *invariante* (fonema, en el plano de la expresión; *figura*, en el plano del contenido) y el sistema lingüístico es, justamente, sistema de *invariantes*.

Si identificamos la *lengua* con este último concepto, deberemos decir, naturalmente, que las variantes no pertenecen a la lengua. Pero si damos a ese término el sentido que tiene comúnmente en expresiones como "lengua española", "lengua francesa", habrá que reconocer, sobre la base de las observaciones que ya hicimos, que en la "lengua" no se comprueban sólo invariantes sino también "tipos de variantes" o "variantes-tipo" (clases de las variantes puramente momentáneas y ocasionales). No sólo las invariantes, sino también las variantes normales se dan en número limitado en cada lengua y caracterizan la lengua misma. Es decir que existen en cada lengua oposiciones constantes y peculiares tanto entre las invariantes como entre las variantes normales, con la diferencia que las oposiciones entre invariantes son funcionales, mientras las oposiciones entre variantes no tienen tal carácter, aun no siendo ni indiferentes ni arbitrarias en la lengua dada. O sea que existen aspectos extrafonológicos y, en general, extraestructurales, afuncionales, no pertenecientes al sistema y que, sin embargo, no se dan como puramente casuales, sino que caracterizan una lengua: *la lengua, en el sentido amplio del término, no es sólo sistema funcional sino también realización normal*.

Así, por ejemplo, desde el punto de vista del sistema funcional el fonema español /ɛ/ (representado en la grafía común por el diagrafa *ch*) se describe suficientemente por los rasgos de *africado* y *mediopalatal*, dado que no hay otro fonema español que reúna tales características, mientras el hecho de tratarse de una consonante *sorda* es fonológicamente no-pertinente, puesto que no existe en español un fonema que se oponga a /ɛ/ por lo sola sonoridad. Sin embargo es indudable que /ɛ/, en español, en la *lengua española* y no sólo en éste o aquel acto lingüístico concreto de éste o aquel individuo es no sólo *africado* y *mediopalatal*, sino también *sordo*, por su realización constante, y que, a pesar de haber un lugar vacío en el sistema, ese fonema no se realiza nunca como su correlativo /g/ (*g* ital. *gemma*).

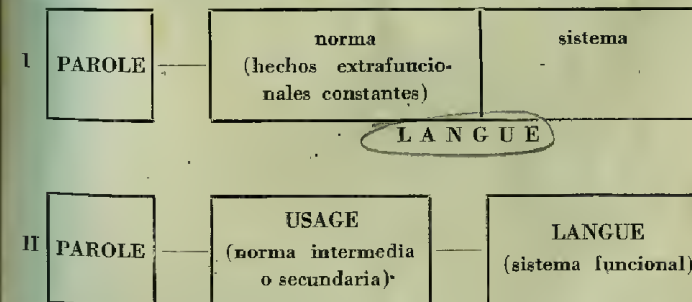
Pero, ¿dónde hay que colocar en el lenguaje esos elementos normales y constantes en una lengua y sin embargo "no-pertinentes" desde el punto de vista funcional, dado que no pueden clasificarse en el *sistema*? Pues, justamente, en aquella otra abstracción, anterior al sistema, que hemos llamado *norma*. Nos parece que una consideración estructural del lenguaje no puede dejar de conducir a ello.

(1) Por ej., el fonema /n/ que se realiza en español como ápero-alveolar bilabial, labiodental, dental, palatal implosivo, velar, en *enano*, *un padre*, *ninfa*, *anda*, *ancho*, *tango*, respectivamente.

concepto, y esto sin eliminar totalmente de nuestro estudio la sustancia fónica. Es decir que se llega necesariamente a una reforma de la oposición *langue* — *parole*, como lo entrevé, con suficiente claridad, Martinet: "... il aurait été intéressant de signaler et de discuter la tentative de M. Malmberg de distinguer entre les faits extraphonologiques universels et ceux qui caractérisent une langue donnée. Ceci aurait pu nous amener à reprendre l'examen des chapitres des *Grundzüge* [de Trubetzkoy] consacrés aux variantes et celui de la *question* encore fort mal résolue des rapports de la pertinence phonologique et de la distinction saussurienne fondamentale entre *langue* et *parole*" ⁽¹⁾ [Subrayado nuestro].

Probablemente, dado el sentido que atribuye al término "lengua", Martinet vería la *norma* como un aspecto de la *lengua*, coordinado con el *sistema*. Hacia una solución distinta, por lo menos formalmente, nos impulsaría, en cambio, Brøndal, con su concepto de "uso lingüístico" (*usage*): "A propos de la distinction entre *langue* et *parole* on se demande souvent quelle est, sous ce rapport, la position de l'*Usage*. On peut admettre cette notion comme en quelque sorte *intermédiaire* entre *langue* et *parole*, à condition de concevoir l'*usage* comme une espèce de *norme secondaire*, permise par le système abstrait et supérieur de la langue sans possibilité pourtant de supprimer ou même de modifier celui-ci" ⁽²⁾. [Subrayados nuestros]. Y es natural que Brøndal llegue a esa concepción, pues para él "lengua" es justamente, y solamente, el sistema abstracto, ideal.

Es decir, que, de cualquier manera (y si no se atribuye la totalidad de la realización a la *parole*), se llega a uno de estos dos esquemas (según se tome el concepto de "lengua" en el sentido saussureano amplio — todo lo constante y sistemático en el lenguaje de una comunidad —, o en el sentido saussureano estrecho, de sistema funcional):



Ya veremos que ninguno de los dos esquemas es satisfactorio desde el punto de vista de una concepción unitaria que considere el

(1) A. MARTINET — *Où en est la phonologie?*, p. 57.

(2) V. BRÖNDAL — *Ling. struct.* p. 96.

lenguaje en su realidad primera e intrínseca de actividad; pero la verdad que los dos encierran nos parece innegable.

5. Los ejemplos demostrativos de la oportunidad de la tripartición resultan evidentes sobre todo en el campo fónico —quizás porque justamente para ese campo existe una doctrina de las oposiciones pertinentes perfectamente desarrollada—, pero pueden darse ejemplos suficientemente claros, relativos a la morfología propiamente dicha, a la derivación y composición, a la sintaxis y al léxico.

A. Empezaremos por el campo fónico:

1) En español no existe oposición distintiva entre vocales largas y breves (*sistema*); sin embargo, las vocales finales se realizan normalmente como largas (*norma*).

2) En lenguas como el español, el italiano, el francés, etc., no se establece ninguna oposición distintiva dentro del registro de la voz, es decir que no pueden establecerse distinciones significativas entre palabras sólo por la altura musical (*sistema*); sin embargo, los límites del registro no son indiferentes, sino, al contrario, bien determinados, y caracterizan la individualidad de cada lengua: el italiano tiene un campo de entonación de dos octavas; el español "es un idioma grave" precisamente por tener un campo de entonación de solamente una octava (*norma*). Por esto, para los oídos españoles, los italianos "cantan" al hablar: es decir que se sienten como anormales las realizaciones acústicas que superan los límites del campo de entonación normal en español.

3) El fonema /ɣ/ (en la grafía corriente j, o g, delante de e, i) es un elemento común del sistema fonológico español; sin embargo, una frase como *Artajo trajo la valija abajo* produce un extraño efecto estilístico, porque la frecuencia relativa del fonema es mucho menor en la norma española. Consideramos, justamente, que todo lo que se refiere a la frecuencia de los fonemas en una lengua ⁽¹⁾, todos los hechos de estadística fonológica ⁽²⁾, conciernen a la *norma* y no al *sistema*; en efecto, se trata de hechos que caracterizan una lengua pero no pertenecen al conjunto de sus intrínsecas oposiciones fundamentales.

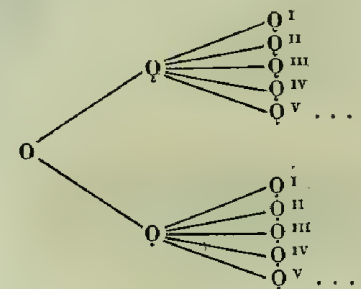
4) En español no existe oposición distintiva entre vocales abiertas y cerradas, como en italiano, francés o portugués. "La e del esp. *ver* es fonéticamente tan abierta (o puede serlo) como la del fr. *chantais*, y la e del esp. *ves* tan cerrada como la del fr. *chanter*" ⁽³⁾, pero esto no tiene importancia en el sistema fonológico español, porque los dos sonidos no funcionan "como valores diferentes": son realizaciones de un único fonema /e/. Eso es perfectamente exacto por lo que concierne al sistema; no es así, en cambio, en la *norma*, puesto que la realización normal es cerrada en *queso*, *cabeza*, *sello*

(1) Así, por ej., el hecho de que en español la vocal a es más frecuente que la e (respectivamente 12% y 10,15%), mientras en francés e italiano ocurre lo contrario. Cf. T. NAVARRO TOMÁS — *El acento castellano*, Madrid, 1935.

(2) Cf. N. S. TRUBETZKOY — *Ob. cit.*, pp. 276-289.

(3) A. ALONSO — *Art. cit.*, p. 289.

pero es abierta en *papel*, *afecto*, *peine*; así como la realización de la /o/ es cerrada en *llamó*, *boda*, *esposa*, y abierta en *rosa*, *hoja*, *dogma*; el pronunciar *queso*, *papel*, *esposa*, *rosa* no afecta el sistema, pero resulta insólito, anormal. Tenemos, por consiguiente, un único fonema /o/ en el sistema, dos variantes típicas, dos tipos de o, en la norma y, finalmente, una infinidad de realizaciones distintas (variantes individuales y ocasionales) en el hablar concreto, en los actos lingüísticos:



SISTEMA NORMA HABLA

En el sistema, o se opone como unidad fonológica distintiva a e, i, u, a, distinguiendo, por ejemplo, ojo de ajo, pero no hay ninguna diferencia funcional entre o y o; en la norma, se agrega la distinción entre o abierta y o cerrada, entre la realización normal de la o de *rosa* y la realización normal de la o de *esposa*; y en el hablar se opone la o abierta pronunciada en este momento por Juan a las realizaciones de la misma variante normal por Pedro, Pablo, Diego, etc., y también a las o abiertas pronunciadas en otros momentos por el mismo Juan.

5) En español no existe sino para r y n la oposición fonológica entre consonante simple y consonante reforzada (*sistema*); sin embargo, ciertas consonantes se pronuncian normalmente reforzadas en determinadas posiciones (*norma*). Así, por ej., la africada ç (ch) delante de a, o, u: un italiano, acostumbrado a un sistema fonológico en el que existe dicha oposición, interpretará la ç esp. de *chivo* como idéntica a la del ital. *ciarla* y la de *tacha* como idéntica a la del ital. *caccia*.

6) La oposición fonológica entre la vibrante simple y la vibrante múltiple (r-rr) existe en español sólo en posición intervocálica (*pero-perro, caro-carro*) y se neutraliza, en cambio, en todas las demás posiciones, en las que las relativas variantes son realizaciones de un archifonema. Así, por ejemplo, en posición inicial, desde el punto de vista del sistema, importa sólo que se trate de vibrante, es decir que no se confunda *raro* con *paro*, *rey* con *ley* y *ruso* con *puso*. Pero no es ésta la situación en la norma: en efecto, la realización normal del archifonema es una vibrante múltiple (rr) en posición inicial y después de l, s, n; es una vibrante simple (r) después de oclusiva (*creo, presa*); y es realmente facultativa (pero más a menudo simple) sólo en posición final y delante de

consonante (*puerta, ver*). Por eso, pronunciando *rey*, con vibrante simple en lugar de múltiple, no se afecta el sistema (la palabra no se confunde con otra, como ocurriría en el caso de *parra-para*, ni se vuelve irreconocible), pero la realización es anormal en español. Además, la realización normal de los dos fonemas y del archifonema es una vibrante alveolar y no uvular, por ej., como en francés.

Idéntica, desde el punto de vista del sistema, pero no en todo aspecto desde el punto de vista de la norma, es la situación de la oposición vibrante simple-vibrante múltiple (o vibrante alveolar-vibrante uvular) en portugués.

7) El hecho de ser la *s* castellana dorsal o coronal pertenece a la norma y no al sistema funcional de la lengua. En efecto, desde el punto de vista del sistema, el fonema *s*, podría realizarse como *ss*, *š*, *z* porque no hay en español fonemas *ss*, *š*, *z* que se le opongan (lo cual, en cambio, no sería posible en francés o italiano, donde hay oposiciones como: *chat - sa, casa - cassa, sala - sciata*, etc.); pero tales realizaciones no son normales. En rioplatense, no habiendo siquiera un fonema /θ/ que se le oponga, *s* podría realizarse con más diversidad todavía, pero las variantes normales son la dental y, en posición final y, sobre todo, delante de consonante, la aspiración *h* (*pasto, pron, pahito*). Del mismo modo, en francés, *r* puede realizarse de varias maneras, llegando de la vibrante alveolar de los dialectos meridionales hasta la vibrante uvular del francés literario de París, y puede llegar hasta a realizarse como *χ*, porque no hay un fonema /χ/ que se le oponga (como ocurre en español o en alemán):

sin embargo, entre todas las variantes posibles, la más normal y general es la vibrante uvular. En portugués, la /s/ final, por efecto de dos neutralizaciones simultáneas, conserva como rasgo pertinente sólo el de ser fricativa y de no ser ni interdental, ni velar, ni laringal (es decir que puede ser dental o alveolar: *s, z, o palatal: š, ž*). El sistema no exige más que eso o, mejor, ofrece una serie de posibilidades. En cambio la norma (y se trata de norma combinatoria) es mucho más imperativa: la norma de San Pablo sólo admite las realizaciones *s* y *z* y la de Río, *š, z, ž*, y no como facultativas, sino como obligatorias, según la naturaleza del fonema que sigue. Así que, en un caso como *os olhos*, la norma de Río, por lo que concierne a la *s* de *os*, no sólo exige que la realización constituya variante acústica de un determinado archifonema, sino también que la variante sea dental y sonora (*z*).

8) Los ejemplos pueden multiplicarse indefinidamente. Así en latín clásico había un único fonema /u/, pero su realización normal era consonántica o vocálica, según las posiciones, lo cual llevó a su escisión en dos fonemas distintos; en el sistema francés la *u* de *puis, suite* es variante del mismo fonema que realiza la *u* de *pur, étude*, pero en la norma la *u* de *puis, suite* es una consonante, mientras la de *pur, étude* es una vocal, y una realización vocálica de la *u* de *puis, suite* resultaría anormal a los oídos de la mayoría de los franceses; en ruso y en rumano el fonema /e/ se realiza obligatoriamente como *je* en determinadas posiciones; la segunda *l* del ingl. *little* y la *l* del fr. *peuple* son distintas en la norma de la primera *l* de *little* y de la *l* de *lac*, siendo sordas y no sonoras, mientras desde el punto de vista del sistema son variantes del mismo fonema.

B. Por lo que concierne a la distinción entre *norma* y *sistema* en el campo de la morfología, y también para aclarar el carácter social-cultural de la norma, pensamos que las evidencias inmediatas habrá que buscarlas en los errores de flexión que hacen los niños, o, en general, las personas que no conocen suficientemente la norma. En efecto, tales errores proceden casi siempre de una aplicación de las oposiciones funcionales del sistema contraria a la aplicación consagrada como normal en la respectiva comunidad lingüística, es decir, de la utilización anormal de medios que el sistema proporciona como formas ideales, desligadas del uso concreto, pero que la norma ha

fijado, codificado y clasificado en moldes tradicionales de realización. Si un niño inglés dice *s. ox*, pl. *oxes* (en lugar de *oxen*), y un niño francés *s. carnaval - pl. carnavaux* (en lugar de *carnavals*), es porque el sistema contiene efectivamente como legítimas tales oposiciones; pero en la norma ellas no se realizan en éstos sino en otros casos (*assases, cheval - chevaux*). Existe, por lo tanto, en la morfología la misma oposición, en el plano de la norma, entre "variantes obligatorias" que ya encontramos en la fonología: desde el punto de vista funcional, *oxes* y *oxen* son "permutables" o intercambiables, puesto que las dos formas se entienden como plurales, pero la norma admite sólo *oxen*. De la misma manera, son permutables en el plano funcional "*estea*" y "*esté*", "*andé*" y "*anduve*" (en el sistema de virtualidades de la lengua, *estea* se opone a *estoy* como *sea* a *soy*; y *andé* se opone a *andar* como *canté* a *cantar*), pero la norma española sólo admite *esté* y *anduve*.

Y nuestras gramáticas latinas hablan de sustantivos de la 3ª declinación que "admiten" en el acusativo la desinencia -em o -im y en el ablativo -e o -i (*febris, pelvis, securis*, etc.), y de otros nombres que en la declinación pueden seguir el paradigma de la 2ª declinación y, en gran parte, también el de la 4ª (*cupressus, fagus, ficus, laurus*, etc.). Ahora, indudablemente, hubo una época en la historia del sistema latino en la que coexistían las posibilidades referidas, pero la norma nunca fué totalmente indiferente, sino que siempre prefirió una u otra de las formas indicadas: hubo un continuo desplazamiento de la norma en favor de las desinencias -em, -e y del paradigma de la 2ª declinación, respectivamente.

Fenómenos análogos pueden observarse en su devenir en el rumano actual. En efecto, en rumano los nombres de dos géneros (masculinos en el singular y femeninos en el plural) que no terminen en -e o -iu pueden tener el plural en -e (*scaun, silla, pl. scaune*) o en -uri (*cer, cielo, pl. ceruri*). Generalmente tienen -e los polisílabos y -uri los monosílabos; sin embargo, muchos nombres admiten las dos desinencias (*chibrit, fósforo, pl. chibrite o chibrituri*) pero la norma nunca es indiferente, prefiriendo siempre una de las dos formas (y parece desplazarse cada vez más en favor de la desinencia -uri).

Una serie de diminutivos rumanos presentan en el singular los sufijos intercambiables -ică o -ea (*rîndunică, rîndunea - golondrina; florică, floricea - florcita*) y hacen el plural, respectivamente, en -ici o en -ele (*rîndunici, rîndunele*); las dos oposiciones son permutables en el sistema, pero la norma prefiere -ică en el singular y -ele en el plural (*rîndunică - rîndunele, florică - floricele*), por lo cual está surgiendo en el sistema una nueva oposición -ică/-ele, por cruce de las dos precedentes.

Pero el caso más interesante es el de los femeninos en -ă. Pueden éstos tener el plural en -e, sin metafonía (*casă - case*), o el plural en -i, con metafonía (*țară, país, țări*). En el sistema, los plurales son equivalentes, tanto que prácticamente todos los nombres indicados podrían tener ambas formas; sin embargo, en cada caso, la norma prefiere netamente una u otra de ellas, con tendencia general a preferir, según parece, las formas en -i con metafonía (el plural nor-

mal de *școală* - escuela, es actualmente *școli*, pero la norma anterior, *școale*, se conserva en el nombre de una institución creada en el siglo pasado: *Casa Școalelor*.

Naturalmente, en el pasaje de una norma a otra, hay un momento en el que la norma es incierta, sobre todo si queremos comprobarla en todo un idioma: en realidad, hay varias normas parciales (sociales, regionales), dado que la norma, por su misma índole, es siempre menos general que el sistema. Considérese, por ejemplo, el caso del dativo y acusativo del pronombre personal de 3ª persona, donde el sistema ofrece toda una serie de posibilidades: 1) *le-lo* 2) *le-le* 3) *lo-lo* 4) *le-la* 5) *la-la*. En el Río de la Plata, constituyen norma las posibilidades 1) y 4), respectivamente para el masculino y femenino. En España la norma culta es *le-lo* para los objetos de género masculino, *le-la* para el femenino y oscila entre *le-lo* y *le-le*, con ventaja de estos últimos, para las personas masculinas; *la-la* es popular; *lo-lo* es plebeyo.⁽¹⁾

C. Por lo que concierne a la formación de las palabras, a la derivación y composición, la distinción entre norma y sistema se manifiesta en relación con las necesidades expresivas cotidianas de cualquier hablante. Si consideráramos como inexistentes las palabras que no se encuentran en el *Diccionario de la Academia* (código de la norma), no podríamos decir *planteo*, *concretamiento*, *ocultamiento*, *sincronización*, *sacapuntas*; podríamos emplear *papal* sólo en el sentido de "perteneciente o relativo al papa" y no en el de "plantación de papas"; podríamos decir *palatizar* y *labializar*, pero no *palatización* y *labialización*; podríamos decir *nasalidad*, *nasalizar*, *nasalización*, pero no *velaridad*, *velurizar*, *velurización*. Puede ser que la mayoría de estas palabras no existan en la norma, pero existen de alguna manera en el sistema, en el conjunto de estructuras, posibilidades y oposiciones funcionales de la lengua española. En el sistema existen como virtuales todos los nombres posibles en *-miento* y *-ción*, derivados de verbos; todos los verbos posibles en *-izar* y los abstractos en *-idad*, etc., independientemente de su consagración por la norma: el sistema es un conjunto de vías cerradas y vías abiertas, de coordinadas prolongables y no prolongables. Son prolongables las líneas de los verbos en *-ear*, *-izar*, *-ecer*, pero no las de los verbos en *-er*, *-ir*; se pueden ampliar indefinidamente las líneas de los derivados en *-ción*, *-miento*, pero no la de los derivados en *-iego*. De *cartu* no podemos derivar un aumentativo en *-ón*, porque encontramos el camino cerrado por el *cartón*; y para el contrario del término fonológico *pertinente* no podemos emplear el prefijo negativo *in-*, porque encontramos el camino cerrado por otro *impertinente*; así como en italiano los pueblos del Norte pueden llamarse *nordici* pero los del Sur no se llaman *sudici* (pl. de *sudicio*, sucio), sino *meridionali*. Pero *sacapuntas* es perfectamente legítimo desde el punto de vista del sis-

(1) Cf. R. LAPESA — *Historia de la lengua española*, 2.a ed., Madrid, s. a. (1950), p. 291.

tema (cf. *sacamuélas*, *sacapelotas*, *sacabotas*, *sacacorchos*, etc.) y *sacacavos* es "americanismo" sólo porque en este sentido la norma ya tiene consagrado el término *desclavador*. Y *papal*, en el sentido de "plantación de papas" no es "americanismo" sino desde el punto de vista de la norma actual de España, mientras desde el punto de vista del sistema es formación de lo más castiza. En efecto, palabras perfectamente españolas se crean no sólo en España sino también en América, porque también en América funciona el sistema lingüístico español, y, si las palabras nuevas representan realizaciones de posibilidades del sistema, nada importa que hayan surgido en Madrid o en Maldonado.

Ahora, también por lo que concierne a la derivación, la norma escoge, fija y opone las variantes. Así, por ej., para el femenino de los nombres de agente en *-tor*, el sistema proporciona las posibilidades *-tora* y *-triz*, pero en la realización normal esos modelos se oponen y se diversifican: la norma prefiere *actriz* y *directora*, reservando *actora* para el derecho y *directriz* para la geometría (con lo cual dos variantes permutables se vuelven unidades distintas). Así también la norma admite la oposición *maestro/maestra*, pero no la oposición *ministro/ministra*; prefiere *oyente* a *oidor*, pero *navegante* a *navegador*, y la misma norma limitada que permite *estudiante/estudiantea*, *presidente/presidenta* no admite *navegante/naveganta* ni *amante/amanta*, es decir que realiza sólo parcialmente el sistema.

D. Más difícil parece comprobar la distinción entre norma y sistema en el campo sintáctico. Sin embargo, creemos que puede hacerse, porque no consideramos que este campo pertenece al "habla" más bien que a la "lengua", como afirman varios autores (Gardiner, Bühler, Brøndal).

Como de costumbre, nos encontramos aquí con el desarrollo, a nuestro entender unilateral, de una idea saussureana. En efecto, de Saussure afirma que pertenecen al *habla* "las combinaciones por las cuales el sujeto hablante utiliza el código de la lengua con miras a expresar su pensamiento personal" (1).

En otro lugar (2), de Saussure se pregunta "¿hasta qué punto pertenece la oración a la lengua?", y anota la infinita variedad de las oraciones, y, finalmente, en otro capítulo, contesta a su propia pregunta, afirmando que "la oración pertenece al habla, no a la lengua" (3). Esta última afirmación se encuentra repetida como dogma en la lingüística postsaussureana. Pero ¿qué quiere decir esa frase de de Saussure? Simplemente que la oración es la unidad de expresión, lo cual es innegable. Pero eso no significa que no tiene estructura lingüística determinada. Si se quiere señalar, en cambio, el carácter inédito de toda oración y la infinita variedad de las oraciones, cabe observar que los elementos de la expresión (palabras concretas, sonidos que componen las palabras) son tan inéditos en el hablar concreto como la oración misma y que lo de la variedad de las oraciones no es de por sí una comprobación lingüística sino una comprobación acerca de la infinita variedad de los sentimientos y pensamientos humanos que se expresan en el lenguaje (la misma observación puede hacerse acerca de los sonidos, acerca de la variedad de significados que se atribuyen a un signo, etc.). Tampoco nos parece válido el argumento contrario, aducido por

(1) CLC, p. 57.

(2) CLC, p. 182.

(3) CLC, p. 209.



Brøndal, según el cual los tipos de oración son generales y no característicos de ésta o de aquella lengua (1); se afirma con esto sólo la admirable universalidad y homogeneidad del espíritu humano, aun en su infinita variedad y multiplicidad (y ésta no es una paradoja). Es decir que la oración es infinitamente variable y universal por lo que expresa, pero no nos parece que lo sea también por cómo lo expresa: en lo que tiene de lingüístico, la oración "pertenece a la lengua" en la misma medida que los demás hechos del lenguaje, es decir por su estructura ideal y por la norma de su realización. El mismo de Saussure, por otra parte, considera que la oración pertenece al habla sólo hasta cierto punto, puesto que el *sintagma* (que puede ser parte de una oración o también una oración entera), queda dentro de la lengua (2), se realiza según las reglas de la lengua. Y Gardiner, como vimos, reconoce que las funciones sintácticas se encuentran en la "lengua" como esquemas, estructuras, modelos no aplicados. Pero, ¿y los demás hechos lingüísticos existen acaso de otra manera en el sistema? Los sonidos, los vocablos ¿no existen ellos también sólo como esquemas, como estructuras ideales, en el mismo sistema abstracto? ¿De qué manera, si no como estructura asociada y opuesta a otras estructuras, existe en la "lengua" una palabra como lat. *lupus* - *lupi* - *lupo* - *lupum* (3) o como esp. *veo* - *vemos* - *veía* - *viendo*? Si la "lengua", como dice Gardiner, es un "saber", este saber comprende también los esquemas sintácticos, que, a nuestro entender, no se distinguen esencialmente de los esquemas de las unidades fónicas y significativas (4). En efecto, nosotros podemos estudiar el sistema de la sintaxis latina y construir hoy frases latinas que realicen ese sistema. Podrá decirse que la sintaxis latina, y la sintaxis de cualquier lengua, se estudia sobre la base de hechos de habla, es decir de frases realmente documentadas. Pero esto no ocurre sólo con la frase: todos los hechos de lengua deben haber sido alguna vez habla. Así, por ejemplo, nosotros no reconocemos, para el latín clásico, una forma **dee*, vocativo regular de *deus*, simplemente porque no la encontramos nunca documentada (5).

Entonces, ¿basta qué punto la oración pertenece al habla? Ya vimos la contestación implícita en el mismo de Saussure, que atribuye a la lengua los modelos fijos y tradicionales de sintagma (6), y no sólo las fórmulas, "los giros que no se pueden improvisar", sino también "todos los tipos de sintagmas contruidos sobre formas regulares", las combinaciones correspondientes a tipos generales que "tienen su base en la lengua en forma de recuerdos concretos". Pero ¿hay en la lengua, entendida como "acervo idiomático" — como aquí se la entiende — algo que no tenga su base en recuerdos concretos, que no sea abstracción estructurada sobre recuerdos concretos? Pues de abstracción se trata (si por abstracción se entiende "formalización", "idealización"), ya que, al afirmar la existencia de "tipos generales" se afirma exactamente lo contrario de lo concreto de la lengua (a pesar de que, para de Saussure, eso mismo significaría que en ella "nada hay de abstracto"). En efecto, si en el plano concreto del habla la oración es la expresión unitaria e indivisible de la relación que se establece entre un signo y una situación o entre una serie de signos, por un

lado, y entre la misma serie (tomada como conjunto, como unidad) y una situación, por el otro lado, es evidente que, en el plano abstracto del sistema, la oración no puede ser sino modelo general, esquema ideal, de esas relaciones. La oración, pues, como todo hecho lingüístico, pertenece a la "lengua" como estructura, como forma ideal, y pertenece, en cambio, al habla, como realización, como utilización concreta, individual, de una estructura ideal; pertenece exclusivamente al habla sólo lo que es expresión informe, falta de estructura: el anacolo, los lapsus, las interrupciones (1).

La verdadera dificultad surge, según nosotros, del hecho de que, ya en el hablar concreto, la función sintáctica es una función de tipo especial: una función de relación. Ella puede expresarse mediante morfemas, pero no está en los morfemas mismos — que de por sí se encuentran en el plano paradigmático —, sino en la relación (régimen, concordancia) que se establece entre los signos, en virtud de los morfemas que presentan (y entre los morfemas incluimos también el orden de los signos), y, al mismo tiempo, entre el conjunto de los signos y la situación. Y esa relación — la única que se encuentra en el plano propiamente sintagmático — es de por sí totalmente inmaterial: materialmente puede caracterizarse apenas por su unidad melódica, que, justamente por eso, ha sido tomada por ciertos estudiosos, y en particular por J. Sterzel, como fundamento para la definición de la oración (2). Pero, si el hablar consiste precisamente en establecer esa misma relación, es evidente que lo que nos pone en condición de hablar, el saber lingüístico, el acervo idiomático, debe contener no sólo los signos aislados (conocer todo el vocabulario de una lengua no significa todavía conocer la lengua misma), sino también la manera de actualizarlos y de relacionarlos, entre ellos y con una situación (3). Y, si el sistema lingüístico es el sistema abstracto de las oposiciones que se establecen en el hablar concreto y de las funciones que ellas cumplen, es evidente que debe postularse la existencia en el mismo de todas las funciones lingüísticas: a) las funciones fonológicas o distintivas, que individualizan, separan y distinguen los signos (la *f. culminativa*, la *f. delimitativa* y la *f. distintiva* propiamente dicha); b) las funciones estilísticas u orientadoras, que determinan el valor específico del signo en el acto verbal, orientándolo hacia el hablante, el oyente o la cosa (*f. expresiva*, *f. apelativa*, *f. dística*); c) las funciones morfológicas, es decir la función clasificadora, que clasifica el signo como instrumento particular de conocimiento (como categoría verbal o "parte de la oración"), y la función actualizadora, que vuelve el signo apto para un empleo concreto en un acto verbal (o sea lo introduce en una categoría gramatical: género, número, caso, tiempo, modo, aspecto, persona, etc.); d) la función sintáctica o relacionadora, que relaciona los signos entre ellos, los constituye en unidades expresivas y los refiere a una situación; e) las funciones simbólicas, es decir la función representativa, que pertenece inmediatamente al signo, como medio cognoscitivo, independientemente de su actualización y de sus relaciones, y la función asociativa (4), que asocia los signos como factores de conocimiento, por su forma o por su contenido. Todas estas funciones son semánticas, puesto que se refieren a los signos lingüísticos y a su empleo (y en este sentido, creemos, hay que entender la famosa frase de Schuchardt según la cual "existe una sola gramática y se llama semántica o, mejor todavía, ciencia de la designación") (5).

En el campo sintáctico, la distinción entre *norma* y *sistema* aparece en primer lugar como distinción entre los tipos generales o "re-

(1) V. BRÖNDAL — *Morfologi og Syntax*, p. 5.

(2) CLG, pp. 209-211.

(3) v. A. MEILLET — *Le caractère concret du mot*, en *Ling. Histor. et Ling. Gén.* 11, París, 1936, p. 9 y sigs. Cf. también CH. BALLY, *Ling. gén. et ling. fr.* pp. 289-290.

(4) Cf., a este respecto, el informe presentado por Bohumil Trnka ante el VI Congreso Internacional de los lingüistas acerca del problema de la definición de la morfología y de la sintaxis (en *Actes du Sixième Congrès International des Linguistes, Rapports...*, París, 1948, pp. 19-30).

(5) Podríamos postularla, tratándose de una forma perfectamente pasible desde el punto de vista del sistema; pero la lengua no es sólo sistema, sino también norma, y, cuando lo encontramos en la norma, el vocativo de *deus* no es *dee* sino *deus*.

(6) CLG, pp. 209-211.

(1) Cf. K. VOSSLER — *Filos. del lenguaje*, pp. 184-185.

(2) Cf. J. STERZEL — *Filosofía del lenguaje*, tr. esp., Madrid, 1935, pp. 67-71 y 75-78.

(3) Cf. W. PORZIC — *Ob. cit.*, pp. 106-107.

(4) No se confunda con la *f. asociativa* de la fonología, que es sólo una función distintiva secundaria.

(5) Hugo Schuchardt-Brevier, Halle, 1922, p. 127.

gulares" de construcción y las fórmulas fijas de que habla de Saussure: mientras aquéllos pertenecen al sistema, éstas representan realizaciones tradicionales de esquemas contenidos en el sistema mismo, es decir que son hechos de norma.

En segundo lugar, aquí también, entre las variantes de un esquema sintáctico permitidas por el sistema, una puede considerarse como la realización normal en la lengua dada, mientras las demás o son anormales o adquieren normalidad sólo en una determinada convención estilística. Así, por ejemplo, en español es normal la frase *se me ha dado*, pero no lo es la frase *me se ha dado*, que, sin embargo mantiene todas las distinciones requeridas por el sistema y que es en cambio, normal en italiano (*mi si è dato*). En español hay que decir *no voy más*, como en italiano (*non vado più*), mientras en rumano no se dice *nu mai merg* ("no más voy"), y en alemán *ich gehe nicht mehr* ("yo voy no más"); es decir que, aquí también, las realizaciones normales caracterizan una lengua más allá de las oposiciones funcionales. Del mismo modo, es verdad que en latín el sistema permitía para decir "Pedro ama a Pablo", cualquiera de estas expresiones: *Petrus Paulum amat*, *Paulum Petrus amat*, *Petrus amat Paulum*, *Paulum amat Petrus*, *Amat Petrus Paulum*, *Amat Paulum Petrus*; pero también es verdad que la primera era la construcción normal, mientras las demás o no eran normales o tendrían particulares valores estilísticos: el orden de las palabras en la frase latina era mucho menos arbitrario y facultativo de lo que dicen nuestros manuales.

Finalmente, también en el campo sintáctico, dos variantes permitidas desde el punto de vista del sistema pueden oponerse en la norma. Así, por ej., el sistema español permite, en determinados casos, la construcción del complemento objeto personal con la preposición *a* o sin ella; pero es evidente que en la norma *querer a un criado* se opone netamente a *querer un criado* ⁽¹⁾. (Compárese, en el mismo sentido, el significativo ejemplo francés estudiado por Bally: *croire en Dieu* - *croire au diable*).

E. Sin embargo, las dificultades mayores por lo que concierne a la distinción entre *norma* y *sistema* se encuentran en el campo del léxico propiamente dicho, es decir, en el campo donde actúan las funciones que llamamos *representativa* y *asociativa*. Pero no se trata de dificultades inherentes a la distinción misma, sino de dificultades que se deben a la enorme complejidad e infinita variedad de las oposiciones que se establecen en este campo y que vuelven tan arduo el estudio sistemático del vocabulario: en efecto, a pesar de los gigantescos esfuerzos que se han hecho, aun los grandes monumentos lexicográficos no dejan de ser, en máxima parte, repertorios en que las palabras se consideran como entidades aisladas y no como elementos de un sistema, orgánicamente opuestos y asociados. Las oposiciones fundamentales podrán, quizás, distinguirse y reducirse aquí también a tipos constantes (abandonándose, desde luego, el arbitrario orden

alfabético), pero su número resultará, sin duda, mucho más elevado que el de las oposiciones comprobadas en el campo fónico, en la morfología, en la formación de las palabras y en la sintaxis.

Creemos que, por lo que concierne al léxico, corresponden al sistema la particular clasificación conceptual del mundo que toda lengua representa (*función representativa*) y la manera peculiar de que esa clasificación se realiza formalmente en cada idioma, tanto en el momento de la creación del signo como en su repetición (*función asociativa*). Considérese, por ej., el caso del persa *khordān*, al cual corresponden en esp. dos verbos, *comer* y *beber* (y a nuestro *comer*, corresponden en alemán *essen* y *fressen*, empleados respectivamente para seres humanos y para animales, y en tamanaco, lengua indígena del Brasil, *jucurú*, *jemerí*, *janerí*, respectivamente: "comer pan", "comer fruta o miel", "comer carne") ⁽¹⁾, o el caso del lat. *esse*, al cual corresponden en español *ser* y *estar* (y también *existir*, *hallarse*, *haber*): son éstas diferencias de sistema, desde el punto de vista de la representación, con que se enfrenta quienquiera que haya consultado alguna vez un diccionario bilingüe o haya traducido de una lengua a otra. Por lo que atañe a las diferencias sistemáticas asociativas, obsérvese que para los latinos el nombre de la luna (*luna* < **lucna* < **loucna*) significaba en su origen "la resplandeciente", relacionándose con *luceo*, mientras para los griegos (*μαίη*) se relacionaba, como para los eslavos, con la idea de "medir" (el tiempo), o que a nombres como ingl. *bat*, ital. *pipistrello*, fr. *chauve-souris*, esp. *murciélago* corresponden asociaciones distintas en los respectivos idiomas; lo mismo puede comprobarse también en ejemplos banales, como el de esp. *sobretudo* ("sobre-todo", como el iug. *overall*, al cual traduce) frente a it. *soprabito* ("sobre-vestido"), fr. *pardessus* ("por-arriba"); o el de *agujero*, que se relaciona con *aguja*, lo cual no ocurre con fr. *trou*, it. *buco*; o el de esp. *tenedor*, relacionado con *tener*, mientras it. *forchetta*, fr. *fourchette* se relacionan con *force*, *fourche*, etc.

Por lo que concierne a la norma, o sea a la realización normal del sistema, se comprueba que, aquí también, entre las variantes admitidas por el sistema, tanto desde el punto de vista significativo como desde el punto de vista formal, una suele ser la normal, mientras las demás, o resultan anormales, o tienen determinado valor estilístico. Así, es evidente que, en casos de los más comunes, como *brazo*, *árbol*, *casa*, *mar*, un determinado significado es "nuclear" o principal, mientras los demás son "laterales", dentro de la esfera de significados posibles de esos nombres; como que, entre *perro* y *can*, la primera es la variante normal en español. Pero el hecho de existir los significados "laterales" o secundarios (permitidos por el sistema pero no comunes, o complementarios, o fijados en determinados empleos tradicionales, en la norma) es muy importante, pues explica el mecanismo de muchos cambios semánticos ⁽²⁾, dado que, justamente

⁽¹⁾ Cf. K. VOSSLER — *Algunos caracteres de la cultura española*, Buenos Aires, 1941, p. 68.

⁽¹⁾ Cf. A. PAGLIARO — *Corso di glott.*, I, p. 89.

⁽²⁾ Cf. V. PISANI — *L'Etimologia*, Milán, 1947, p. 158 y sigs.



por los significados "laterales", las esferas significativas de los varios signos se entrecruzan y se relacionan (cf., por ej., *cándido* - 'blanco' - 'sin mancha' - 'sin culpa' - *inocente*, por lo cual tenemos: *cándido* - 'inocente, puro, ingenuo') ⁽¹⁾.

Y también aquí se comprueba la oposición, en la norma, de variantes que corresponden a una única invariante del sistema. El ejemplo más claro en este sentido nos parece el de los sinónimos, cuyo empleo no es casi nunca indiferente en la norma (en este sentido se dice que en la lengua no hay sinónimos): en efecto, *terco* no es lo mismo que *obstinado*, *ligar* no es lo mismo que *atar*, *permanecer* no es exactamente *quedar*, *tomo* no tiene los mismos empleos que *volumen*; del mismo modo, se dice *perro rastrero* pero no *can rastrero*, mientras en la astronomía se dice *Can mayor* y no *Perro mayor*. Y estas oposiciones en la norma también caracterizan las lenguas como muy bien se puede comprobar en la traducción: así, por ej., es notable y merecería un estudio particular el caso de las parejas de verbos españoles, derivados respectivamente del infinitivo y del supino latino, a los cuales corresponde, en cada caso, un único verbo en francés y en italiano (cf. *concurrir* - *concurrar*, *diferir* - *dilatar*, *transferir* - *trasladar*, frente a fr. *concurrir*, *différer*, *transférer*; it. *concorrere*, *differire*, *trasferire*) ⁽²⁾.

Asimismo, es evidente que no todas las asociaciones posibles en el sistema (por el lado del contenido o por el lado de la forma) ⁽³⁾ se dan también en la norma: considérese que la labor creativa en el lenguaje, y en particular la labor poética, consiste en gran parte en descubrir cada vez nuevas asociaciones significativas (imágenes) formales (rima, asonancia, aliteración, armonía imitativa, etc.), posibles en el sistema (es decir, virtualmente existentes), pero inéditas en la norma. Ejemplos interesantes en este sentido son los de los términos correlativos y los de los antónimos, que no tienen en la norma empleos correlativos o exactamente contrarios, como podrían tener desde el punto de vista del sistema; así, una pieza en que se come se llama *comedor*, pero una pieza en que se bebe no se llama *bebedor*; a *origen oscuro* corresponde normalmente *origen ilustre*, más bien que *origen claro*; los contrarios normales de *implacable*, *imperturbable*, *imposible* no son *placable*, *perturbable*, *posible*; lo contrario de *una muchacha imposible* no es *una muchacha posible*; a un *hombre bien* no corresponde un *hombre mal* y a una pregunta como "¿Vamos?" se puede contestar "Bien" (sí) pero no "Mal" (no).

Y viceversa, al *pan blanco* se opone el *pan negro*, que no es negro y al *agua salada* el *agua dulce*, que es, simplemente no-salada ⁽³⁾. Se trata siempre de oposiciones en la norma, que caracterizan los idio-

(1) En nuestro análisis de la lengua de Ion Barbu (*com. cit.*), hemos indicado una serie de cambios semánticos de ese tipo realizados por el poeta: cambios legítimos e inteligibles desde el punto de vista del sistema, pero insólitos desde el punto de vista de la norma.

(2) Cf. CLG, pp. 211-213.

(3) Cf. V. PISANI — *Ob. cit.*, p. 178.

mas a que pertenecen; así, nuestro *vino tinto* es *rojo* en italiano (*vino rosso*) y *negro* en serbio-croata (*crno vino*) ⁽¹⁾.

Hemos comprobado, pues, que en todos los campos, en todas las funciones que se pueden considerar en el lenguaje, es posible y necesario distinguir los dos aspectos de *norma* y *sistema*, para una comprensión más íntima de los hechos lingüísticos; o, mejor, que, al lado del *sistema funcional*, hay que distinguir la *realización normal*, o sea un grado inferior de abstracción, que también caracteriza las lenguas. En efecto, si al sistema fonológico de una lengua corresponde, grosso modo, lo que Sweet llamaba *broad transcription* (transcripción fonética amplia), es indudable que ésta no agota la descripción fónica de la lengua misma, que presenta siempre, como características generales y no accesorias y esporádicas, también hechos comprobables sólo en una *narrow transcription* (transcripción estrecha). Se observa asimismo que las formas ideales que se atribuyen al sistema se realizan de la misma manera aun cuando no tienen valor funcional (así, por ej., en una lengua como la latina, los casos desinenciales subsisten también ahí donde la función se indica suficientemente mediante preposiciones); que las variantes facultativas de realización no son tales desde el punto de vista de la norma, que requiere determinadas realizaciones; que las variantes combinatorias normales, aun en el campo fónico (donde aparentemente tendrían aspecto de "necesidad" física u orgánica), distan mucho de ser idénticas en las varias lenguas; y que, finalmente, en el campo de la norma surgen oposiciones secundarias obligatorias, que no corresponden a oposiciones funcionales del sistema, pero que, sin embargo, constituyen rasgos generales e indispensables de la lengua considerada.

La norma puede coincidir aparentemente con el sistema (cuando el sistema ofrece una única posibilidad), así como la realización individual puede coincidir con la norma, pero esto no significa que puede dejarse de distinguir los dos conceptos, que se refieren a distintos planos de abstracción. Sin embargo, la distinción adquiere evidenciación sobre todo ahí donde el sistema admite más variantes de realización, aparentemente facultativas, como en el caso de las vocales *e* y *o* en español, del plural de los nombres femeninos en rumano, o de la reduplicación y repetición mediata, fenómenos que tanta importancia tienen en la estructura de las lenguas turcas ⁽²⁾.

Aclaremos además que no se trata de la *norma* en el sentido corriente, establecida o impuesta según criterios de corrección y de valoración subjetiva de lo expresado, sino de la norma objetivamente comprobable en una lengua, la norma que seguimos necesariamente por ser miembros de una comunidad lingüística y no aquella según la cual se reconoce que "hablamos bien" o de manera ejemplar, en la misma comunidad. Al comprobar la norma a que nos referimos,

(1) En croata se opone también el 'café negro' (*crna kava*), es decir puro, al 'café blanco' (*bijela kava*), que es el 'café con leche'.

(2) Cf. J. DENY — *Structure de la langue turque*, en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, IX, 1949, pp. 17-51.

se comprueba cómo se dice y no se indica cómo se debe decir: los conceptos que, con respecto a ella, se oponen son normal y anormal y no correcto e incorrecto. El hecho de que las dos normas pueden coincidir no nos interesa aquí; cabe, sin embargo, señalar que muchas veces no coinciden, dado que la "norma normal" se adelanta a la "norma correcta", es siempre precedente a su propia codificación.

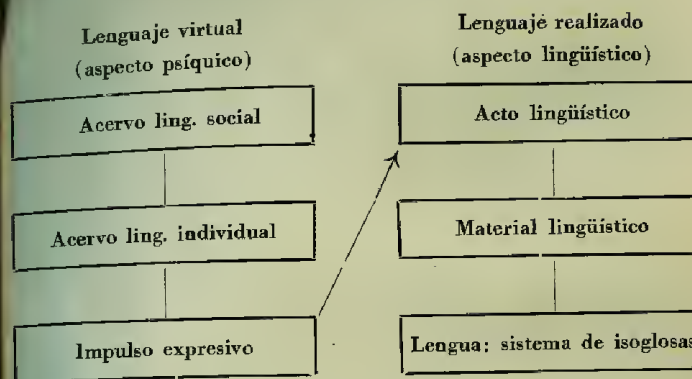
6. Trataremos ahora de colocar los conceptos que hemos distinguido en una visión coherente y unitaria del lenguaje como actividad creadora.

En el lenguaje como actividad —incluyendo los factores que lo condicionan necesariamente, pero excluyendo el aspecto puramente físico-fisiológico y, por el momento, también las determinaciones sociales— distinguimos, en primer lugar, un aspecto psíquico (*lenguaje virtual*) y un aspecto propiamente lingüístico (*hablar concreto, lenguaje realizado*).

En el aspecto psíquico, anterior al acto lingüístico concretamente registrable, distinguimos el *saber* que es condición del hablar, decir, el *acervo lingüístico* (*Sprachbesitz*), y el *impulso expresivo*, sea la intuición particular que requiere expresión concreta, material (cf. el *habla* de Sechehaye, Devoto, Brøndal). De por sí, este último concepto no es un concepto propiamente lingüístico —aunque interese en la lingüística y aunque pueda llegarse a él por medio de la lingüística— sino psicológico: pertenece a la psicología, y no sólo a la psicología del lenguaje, sino a la psicología de la expresión en general. A la psicología del lenguaje pertenece, en cambio, el *Sprachbesitz*, que siempre es individual y social al mismo tiempo (dado que se constituye en el individuo sobre la base de la memoria de los actos lingüísticos por él experimentados en la comunidad, como hablante y como oyente), pero que puede comprobarse en un individuo (*Sprachbesitz individual*, cf. el 2º concepto de "lengua" en W. Porzig) o en un grupo de individuos (*Sprachbesitz social*). Este último puede considerarse como suma de acervos lingüísticos individuales, mejor, como sistema de los aspectos comunes comprobables en tales acervos (cf. la "lengua" social precedente al habla individual, o la concepción de de Saussure, Bally, Gardiner, Porzig y también Jespersen, 3).

El hablar concreto puede, a su vez, considerarse en su realidad inmediata, como *acto lingüístico*, o como suma de actos lingüísticos registrados (cf. el *habla* y la *lengua* de Penttilä, el *habla* de fórmula $1 + 1' + 1''$... de de Saussure, el "producto lingüístico" de Bühler, el primer concepto de "lengua" en W. Porzig), que llamaremos *materia lingüística*. Sobre la base de los actos lingüísticos concretos, constituye como abstracción (cf. Humboldt, Paul, Jespersen, Crocchi, Bertoni), como *sistema de isoglosas* (aspectos comunes comprobables en los actos considerados), el concepto de *lengua*, cuya formulación

más clara y coherente en este sentido ha sido dada, según nosotros, por Vittore Pisani (1). Tenemos, por consiguiente, el esquema:



El término *lenguaje* nombra, pues, un concepto que, para nosotros, se identifica con el *hablar concreto*, es decir, con la actividad lingüística, dado que el aspecto psíquico que aparece en el esquema no es sino lenguaje virtual, o sea, por un lado, memoria estratificada, generalizada y formalizada de actos lingüísticos reales y, por otro lado, condición y posibilidad de un nuevo hablar concreto. Pero no vemos ningún obstáculo para que se emplee *lenguaje* como término general para indicar el conjunto de conceptos *hablar - acervo lingüístico - lengua*, si se tiene siempre presente que se trata, en último análisis, del mismo fenómeno considerado desde tres puntos de vista distintos —1) en su realidad concreta; 2) en su virtualidad y como condición, como "substrato", del hablar concreto; 3) como abstracción que se estructura sobre la base de los actos lingüísticos concretos— y que la *lengua* se comprueba sólo en el hablar (2).

Ahora, poniéndonos desde el punto de vista de un acto lingüístico concreto, podemos considerar un concepto de lengua que comprenderá en una isoglosa ese mismo acto, pero también una "lengua anterior", sistema establecido, en la misma comunidad, sobre la base de los actos lingüísticos precedentes al acto en que nos colocamos: el sistema en que se encuentran los modelos de ese mismo acto, o frente al cual el acto se constituye como innovación. Ese concepto

(1) Cf. V. PISANI — *La lingua e la sua storia*, ahora en *Linguistica generale e indoeuropea*, Milán, 1947, pp. 9-19.

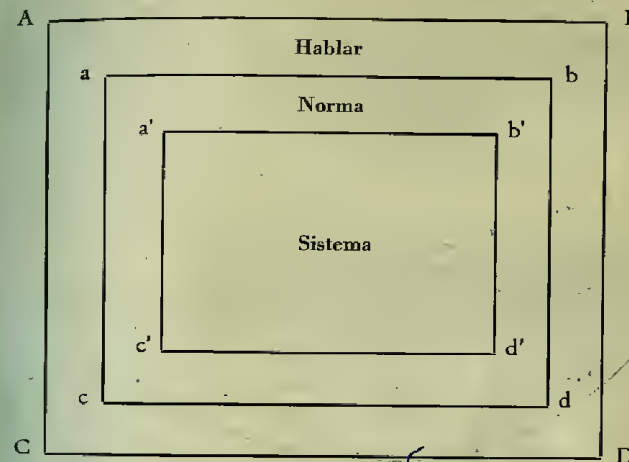
(2) Cabe señalar, sin embargo, que la distinción entre *lengua* y *lenguaje* puede hacerse en este sentido en español, como en francés (*langue-langage*), en italiano (*lingua-linguaggio*), en portugués (*língua-linguagem*) o en rumano (*limbă-limbaj*), pero no se puede hacer tan netamente en inglés o alemán, donde el único término (*language, Sprache*) designa los dos conceptos.

de "lengua anterior" es muy importante, porque corresponde, justamente, a una realidad histórica continuada por el nuevo acto considerado, al cuadro en que se realiza como hablar una nueva intuición individual e inédita; es un concepto lingüístico, por constituirse desde un punto de vista estrictamente lingüístico, pero, por su contenido, coincide prácticamente (por lo menos en gran parte), en el individuo o en el grupo de individuos considerados, con el concepto psíquico o psíquico-social de "saber" o "acervo lingüístico". Aquí también se trata de modos distintos de encarar los mismos objetos más bien que de objetos distintos: por un lado, se elabora una generalización sobre la base de fenómenos concretos; por el otro, se considera la misma generalización como saber depositado en la memoria de uno o más individuos. Pero, por eso mismo, el concepto de "acervo lingüístico" resulta superfluo en la lingüística, que estructura sus abstracciones exclusivamente sobre la base de hechos concretamente, diríamos "físicamente", registrados y no sobre virtualidades o conjuntos de representaciones ininvestigables con medios glotológicos.

Sobre la base del mismo hablar concreto, única realidad investigable del lenguaje, han de elaborarse, según nosotros, los conceptos de *norma* y *sistema*, mediante una visión retrospectiva que tenga en cuenta las relaciones entre los actos lingüísticos considerados y sus modelos. En efecto, los actos lingüísticos son actos de creación inédita, por corresponder a intuiciones inéditas, pero son al mismo tiempo —por la misma condición esencial del lenguaje, que es la comunicación— actos de re-creación; no son invenciones *ex novo* y totalmente arbitrarias del individuo hablante, sino que se estructuran sobre modelos precedentes, que los nuevos actos contienen y al mismo tiempo superan. Es decir que el hablante utiliza, para la expresión de sus intuiciones inéditas, modelos, formas ideales que encuentra en lo que llamamos "lengua anterior" (sistema precedente de actos lingüísticos). O sea que el individuo crea su expresión en una lengua, habla una lengua, realiza concretamente en su hablar moldes, estructuras, de la lengua de su comunidad. En un primer grado de formalización, esas estructuras son simplemente normales y tradicionales en la comunidad, constituyen lo que llamamos *norma*; pero, en un plano de abstracción más alto, se desprenden de ellas mismas una serie de elementos esenciales e indispensables, de oposiciones funcionales: lo que llamamos *sistema*. Pero *norma* y *sistema* no son conceptos a priori que nosotros aplicamos al hablar, sino formas que se manifiestan en el hablar mismo; y el camino para llegar a ellos es el camino que sale del hablar concreto y procede por medio de abstracciones sucesivas, relacionando el hablar, los actos lingüísticos concretos, con sus modelos, es decir, con un hablar anterior, constituido, mediante otro proceso de formalización, en sistema de isoglosas. Vale decir que el *sistema* y la *norma* no son realidades autónomas y opuestas al hablar y tampoco "aspectos del hablar", que es una realidad unitaria y homogénea, sino formas que se comprueban en el mismo hablar, abs-

racciones que se elaboran sobre la base de la actividad lingüística concreta, en relación con los modelos que ella utiliza.

Nuestra concepción podría representarse gráficamente mediante el siguiente esquema:



El cuadrado mayor *A-B-C-D* representa el *hablar* empíricamente comprobado (*wirkliches Sprechen, Gespräch*), es decir, los actos lingüísticos concretamente registrados en el momento mismo de su producción.

El cuadrado intermedio *a-b-c-d* representa el primer grado de abstracción, es decir, la *norma* (*Sprachnorm*), que contiene sólo lo que en el hablar concreto es *repetición de modelos anteriores*. Vale decir que la operación abstractiva que se cumple al pasar de *A-B-C-D* a *a-b-c-d* implica la eliminación de todo lo que en el hablar es aspecto totalmente inédito, variante individual, ocasional o momentánea, conservándose sólo los aspectos comunes que se comprueban en los actos lingüísticos considerados y en sus modelos.

El cuadrado menor *a'-b'-c'-d'* representa el segundo grado de abstracción o formalización, es decir, el *sistema* (*Sprachsystem*), que contiene sólo lo que en la *norma* es forma indispensable, oposición funcional, habiéndose eliminado por la nueva operación abstractiva todo lo que en la *norma* es simple costumbre, simple tradición constante, elemento común en todo el hablar de la comunidad considerada, pero sin valor funcional, o sea, en último análisis, una especie de "acompañamiento" siempre presente en el hablar, pero inessential por lo que atañe a las oposiciones significativas fundamentales que aseguran el funcionamiento como instrumento cognoscitivo y de comunicación.

Vale decir que, pasando de la norma al sistema, se elimina todo lo que es "variante facultativa" normal o "variante combinatoria", conservándose sólo lo que es "funcionalmente pertinente".

Ahora, al establecer el concepto de "norma" se efectúa una doble abstracción, dado que, por un lado, se elimina todo lo que es puramente subjetivo, originalidad expresiva del individuo (en general en el momento considerado), y, por otro lado, se abstrae una norma única, general en la comunidad: en realidad la norma es variable según los límites y la índole de la comunidad considerada. Además, si se consideran los actos lingüísticos de un solo individuo, hay que introducir en el esquema, entre los límites del hablar y los de la norma social, un campo intermedio correspondiente a la *norma individual*, es decir, un campo que comprenda todo lo que es repetición, elemento constante en el hablar del individuo mismo, eliminándose sólo lo puramente ocasional y momentáneo, lo que, hasta desde el punto de vista del individuo considerado, es originalidad expresiva absoluta, elemento totalmente inédito.

Si identificamos el *hablar* con el *habla* (*Rede*), todo el lenguaje considerado como actividad concreta es *habla*; pero, en sentido restrictivo, podemos llamar *hechos de habla* lo que se elimina en la abstracción que se cumple al pasar de los actos lingüísticos concretos a la norma individual y, respectivamente, *hechos de norma individual*, *hechos de norma social*, lo que se elimina en las dos formalizaciones sucesivas.

Colocándonos desde el punto de vista de los actos lingüísticos concretos, podemos decir que el *hablar* contiene todos esos hechos y además el *sistema*, dado que *norma individual*, *norma social* y *sistema* no son sino distintos grados de formalización del hablar mismo del mismo modo, la *norma individual* contiene la *norma social* y el *sistema*, y la *norma social* contiene el *sistema*.

Colocándonos, en cambio, en el *sistema*, podemos considerar los dos normas y el hablar concreto como grados sucesivos de realización del mismo. El *sistema* se presenta, en efecto, desde este punto de vista como una entidad abstracta, "una red de funciones" que se realiza en formas sociales determinadas y más o menos constantes, las cuales constituyen un *sistema de realizaciones normales*, también abstracta (*norma*), que se realiza a su vez en *normas individuales*, como éstas se realizan en la infinita variedad y multiplicidad de la actividad lingüística concreta. Y, dado que los conceptos de *norma social* y *norma individual* no son necesariamente sucesivos (en efecto, desde el comienzo podemos considerar actos lingüísticos pertenecientes a más individuos), podemos decir que el *sistema* es un conjunto de oposiciones funcionales; la *norma* es la realización colectiva del sistema que contiene el sistema mismo y, además, los elementos funcionalmente "no-pertinentes" pero normales en el hablar de una comunidad; el *hablar* (o, si se quiere, *habla*) es la realización individual concreta de la norma, que contiene la norma misma y, además, la originalidad expresiva de los individuos hablantes.

El *sistema* es sistema de posibilidades, de coordinadas que indican los caminos abiertos y los caminos cerrados: puede considerarse como conjunto de imposiciones, pero también, y quizás mejor, como conjunto de libertades, puesto que admite infinitas realizaciones y sólo exige que no se afecten las condiciones funcionales del instrumento lingüístico: más bien que "imperativa", su índole es consultiva. Si se nos permite una analogía, diríamos que el sistema no se impone al hablante más de lo que la tela y los colores se imponen al pintor: el pintor no puede salirse de la tela y no puede emplear colores que no tiene, pero, dentro de los límites de la tela y en el empleo de los colores que posee, su libertad expresiva es absoluta. Podríamos decir, pues, que, más bien que imponerse al individuo, el sistema se le ofrece, proporcionándole los medios para su expresión inédita, pero al mismo tiempo comprensible para los que utilizan el mismo sistema.

Lo que, en cambio, se impone al individuo, limitando su libertad expresiva y comprimiendo las posibilidades ofrecidas por el sistema dentro del marco fijado por las realizaciones tradicionales, es la *norma*. La norma es, en efecto, un sistema de realizaciones obligadas, de imposiciones sociales y culturales, y varía según la comunidad. Dentro de la misma comunidad lingüística nacional y dentro del mismo sistema funcional, pueden comprobarse varias normas (lenguaje familiar, lenguaje popular, lengua literaria, lenguaje elevado, lenguaje vulgar, etc.), distintas sobre todo por lo que concierne al vocabulario, pero a menudo también en las formas gramaticales y en la pronunciación: así el sueco tiene una pronunciación literaria y elevada y una pronunciación usual y corriente; y en el mismo Río de la Plata hay todavía quien considera como norma del hablar elevado (discursos solemnes, lecciones universitarias, etc.) la pronunciación castellana de *ce*, *ci*, *z*, *ll*, y.

El sistema, en cambio, aun constituyendo la forma ideal lograda por la actividad lingüística de una comunidad a través de su historia, aparece de cierta manera como autónomo (cf. de Saussure, Bally) y separado de su uso, dado que lo que se emplea en el hablar no es propia y directamente el sistema, sino formas cada vez nuevas que en el sistema encuentran sólo su condición, su molde ideal.

La labor espiritual del individuo hablante consiste, justamente, en la aplicación original del sistema, dentro y fuera de lo permitido por la norma, y la labor espiritual de una comunidad se manifiesta en la norma misma, mientras el sistema es algo como el lugar donde ocurren la norma y el hablar concreto.

En su actividad lingüística, el individuo conoce o no conoce la norma y tiene mayor o menor conciencia del sistema. Al no conocer la norma, se guía por el sistema, pudiendo estar o no estar de acuerdo con la norma (*creación analógica*): conociéndola, puede repetirla dentro de límites más o menos modestos de expresividad o rechazarla deliberadamente e ir más allá de ella, aprovechando las posibilidades que le pone a disposición el sistema. Los grandes creadores de lengua —como Dante, Quevedo, Cervantes, Góngora, Shakes-

peare, Puškin— rompen conscientemente la norma (que es algo como el “gusto de la época” en el arte) y, sobre todo, utilizan y realizan en el grado más alto las posibilidades del sistema: no es una paradoja, ni una frase hecha, decir que un gran poeta “ha utilizado todas las posibilidades que le ofrecía la lengua”. En este sentido, podemos repetir con Croce que, en realidad, no aprendemos una lengua, sino que aprendemos a crear en una lengua, es decir que aprendemos las normas que guían la creación en una lengua, aprendemos a conocer las directivas, las flechas indicadoras, del sistema y los elementos que el sistema nos proporciona como moldes para nuestra expresión inédita.

En la distinción que hemos establecido entre *sistema* y *norma*, hemos conservado siempre la relación con el hablar concreto, con la sustancia fónica del lenguaje, presente de alguna manera hasta en las funciones más inmediatamente formales, como las sintácticas. Es posible, sin embargo, llegar a una abstracción más allá del sistema, ignorando totalmente la sustancia fónica: una abstracción que podríamos llamar, con un término hjelmsleviano, *esquema*: en el esquema nos quedaríamos con las funciones puras, con relaciones algebraicas de “cantidades vacías”, despreocupándonos totalmente de cómo esas funciones se expresan fonemática y morfemáticamente, es decir, de los elementos fónicos que la lengua considerada utiliza para expresar las oposiciones que constituyen su sistema. No ignoramos la gran importancia teórica que puede tener ese concepto, hasta para la comprensión más íntima de los fenómenos lingüísticos generales. Pero, muy probablemente, esa sincronía pura e integral nos llevaría completamente fuera de la historia, y con eso mismo fuera del campo del lenguaje (y de la lingüística), transformando nuestra investigación en estudio de la “mentalidad de los pueblos”, de una “forma interior” lógica más bien que glotológica. La abstracción resultaría probablemente inaplicable en la lingüística histórica, que no puede ignorar ni la sustancia fónica ni la relación entre los signos lingüísticos y las cosas designadas, pero tendría, sin embargo, utilidad en la llamada “gramática general” y en la comparación estructural entre las lenguas, dado que sus moldes podrían aplicarse a más de una lengua (así, una gramática esquemática húngara coincidiría en gran parte con una gramática esquemática turca y una gramática rumana coincidiría en muchos puntos con una gramática albanesa).

Pero, dejando de lado este último concepto de *esquema*, ¿cuál puede ser, a la luz de las distinciones establecidas, la solución de las dificultades que implica la oposición entre *lengua* y *habla*? Nos parece que la distinción entre *sistema*, *normas* y *hablar* soluciona totalmente dichas dificultades, poniendo de manifiesto la convencionalidad de los criterios en que se basa la muy discutida oposición.

En efecto, tenemos cuatro conceptos fundamentales:

1. *Sistema* — 2. *Norma* — 3. *Norma individual* — 4. *Hablar concreto*.

A los pasajes entre los varios planos de abstracción, corresponden, además, tres conceptos secundarios: a) *hechos de habla*; b) *hechos de norma individual*; c) *hechos de norma social*.

Por consiguiente:

1) Si la oposición se establece entre *sistema* y *realización*, la *lengua* comprende sólo el *sistema*, y el *habla* todos los demás conceptos, abarcando varios grados de abstracción (*normas sociales e individuales*) y el plano concreto del *hablar*.

2) Si la oposición se establece entre *concreto* y *abstracto*, el *habla* coincide con el *hablar*, y la *lengua* comprende todos los demás conceptos principales, abarcando varios grados de abstracción (*normas y sistema*), que, sin embargo, se manifiestan concretamente en el hablar.

3) Si la oposición se establece entre *social* e *individual*, la *lengua* comprende el *sistema* y la *norma*, y el *habla* abarca la *norma individual* y el *hablar concreto*, conteniendo, sin embargo, los otros dos conceptos.

4) Si la oposición se establece entre *novedad* u *originalidad expresiva* y *repetición*, el *habla* comprende exclusivamente los *hechos de habla* (a), y la *lengua* todos los demás conceptos, inclusive los aspectos sistemáticos y normales del *hablar* (1).

Todo esto, si, por un lado, aclara las divergencias entre los varios conceptos de *lengua*, por el otro nos aconseja evitar (o, por lo menos, usar con circunspección), en el campo del análisis del hablar, un término tan ambiguo y que se presta a tantas confusiones. En efecto, el concepto de *lengua* no encuentra su justificación en la visión retrospectiva desde el acto lingüístico y en la formalización “en profundidad” de ese mismo acto, sino más bien en la generalización que se establece “en amplitud” sobre la base de una serie de actos lingüísticos, abarcando los aspectos comunes que en ellos se comprueban. En el análisis en profundidad, se destaca lo que en un acto lingüístico es sólo *normal* y lo que es *funcional*, con respecto a sus modelos; en el examen en amplitud se comprueba lo que es *común*, lo que es *isoglosa*, en una serie de actos lingüísticos considerados, sin preocuparnos, además, si algunos de ellos son modelos de otros. En otras palabras, el concepto de *lengua* no es *analítico*, sino *descriptivo* y *sintético*, constituyéndose como sistema de aspectos comunes, *sistema de isoglosas*, sobre la base de lo que llamamos *material lingüístico* (suma de actos lingüísticos). Por esto decíamos que, más bien que a la lingüística teórica, el concepto de *lengua* pertenece a la lingüística histórica, es el fundamento mismo de ésta.

Los límites de una lengua varían según el material lingüístico considerado: por ej., según la comunidad o el territorio abarcado (“lengua de Montevideo”, “lengua del Río de la Plata”, “lengua española”); y, aun antes de la comunidad, podemos considerar un sistema de isoglosas correspondiente a un solo individuo (“lengua de Cervantes”, “lengua de Rodó”). Pero el concepto corriente de *lengua* no se establece con criterios exclusivamente lingüísticos sino también culturales (existencia de una “lengua común” o “literaria”) (2), por lo

(1) Toda oposición entre *lengua* y *habla* que no pertenezca a uno de estos cuatro tipos, o no agota la realidad del lenguaje, o confunde criterios distintos, o toma en consideración también hechos que no constituyen lenguaje propiamente dicho.

(2) Cf. V. PISANI — *Introduzione alla linguistica indoeuropea*, 3.ª ed., Turin, 1949, pp. 5-6.

cual una "lengua" comprende toda una serie de sistemas menores (dialectos, "lenguas" especiales, sistemas distintos socialmente o culturalmente: lengua docta, lengua literaria, lengua popular, lengua familiar), de límites variables y convencionales (1).

Sin embargo, los conceptos de *sistema* y *norma* y el concepto de *lengua*, aunque estructurados de distinta manera, no son antitéticos. En efecto, los aspectos comunes de una serie de actos lingüísticos son necesariamente *normales* y, en un plano superior de formalización, *funcionales*: podemos, por consiguiente, hablar de *norma* y *sistema* refiriéndonos a una *lengua* (sistema de isoglosas), en lugar de referirnos exclusivamente al *hablar*. Sólo que el concepto de *lengua* se extiende no sólo en la comunidad y en el espacio, sino también en el tiempo: es un concepto *histórico* (cf. "la lengua española desde los orígenes hasta nuestros días"), mientras *sistema* y *norma* son conceptos *estructurales* y, por eso mismo, *sincrónicos* (aunque puedan considerarse diacrónicamente, en su evolución, que es el pasaje de un sistema a otro sistema, de una norma a otra norma); es decir que la *lengua* es continuidad, mientras *sistema* y *norma* son *estaticidad*, son conceptos que se refieren al "ser" y no al "devenir" (en cada momento considerado en la historia de una lengua, nos enfrentamos con un *sistema* y una *norma*, que no son los mismos del momento anterior). En este sentido decimos que *sistema* y *norma* corresponden a un *estado de lengua* (2), es decir, a un momento que se coloca fuera del tiempo, aislándose, mediante una necesaria —aunque discutida— abstracción científica, del perpetuo movimiento de la lengua.

7. Creemos que todo lo expuesto hasta aquí justifica suficientemente la importancia teórica y metodológica que atribuimos a la distinción entre *norma* y *sistema*.

En efecto, esta distinción —que no es ni arbitraria ni convencional, puesto que se manifiesta en los aspectos formales del propio hablar concreto— nos permite ver claramente la absoluta convencionalidad de la oposición *lengua-habla*, nos hace ver cuáles pueden ser los criterios considerados al establecerse esa convención y, al mismo tiempo, nos indica la imprescindible necesidad de declarar en cada caso la convención adoptada.

En segundo lugar, la misma distinción nos lleva necesariamente a colocar el concepto de *lengua* en el lugar que le corresponde, en la consideración descriptiva e histórica, y no analítica e interpretativa, del lenguaje.

Por otro lado, la distinción entre *norma* y *sistema* nos aclara mejor el funcionamiento del lenguaje, la actividad lingüística, que es al mismo tiempo creación y repetición (re-creación), dentro del marco

(1) En español el término *idioma* nos permitiría distinguir un sistema de isoglosas culturalmente determinado, instrumento y vehículo de la cultura de uno o más pueblos (*idioma francés, idioma italiano, etc.*), de un sistema de isoglosas cualquiera (*lengua*). Sin embargo, esta distinción no se hace comúnmente.

(2) Cf. CLG, pp. 176-177.

y según las coordenadas del sistema funcional (es decir, de lo que es imprescindible para que el lenguaje cumpla con su función); movimiento obligado y movimiento libre, dentro de las posibilidades ofrecidas por el sistema.

Asimismo, la nombrada distinción justifica y acelera los fundamentos de los varios aspectos, de las varias tendencias y orientaciones de la lingüística. En efecto, la lingüística puede dedicarse sobre todo al análisis del hablar, y entonces es *teoría del lenguaje*, o *lingüística general*, en sentido estricto; puede orientarse hacia el estudio de las lenguas, y entonces es *lingüística histórica* (en el sentido que da a este término A. Meillet). Por otra parte, al considerar el lenguaje, puede estudiar y valorar sobre todo la *originalidad expresiva* del hablante, y entonces es *estética*; puede estudiar la *norma*, el aspecto que en el hablar es tradición social y cultural, y entonces es *historia de la cultura*; puede estudiar el *sistema*, o ponerse en primer lugar desde el punto de vista del sistema, y entonces es *gramática pura*. Cada una de esas orientaciones es legítima como visión parcial, pero ninguna de ellas agota por sí sola el multiforme y complejo fenómeno que es el lenguaje humano.

Además, la misma distinción justifica las varias ciencias lingüísticas, atribuyendo a cada una el lugar que le corresponde en el estudio del lenguaje. Son conocidas las dificultades que presenta, por ejemplo, la constitución de la *estilística de la lengua* (1): ahora bien, esta ciencia no puede ser sino el estudio de las variantes normales con valor expresivo-afectivo, estudio de la utilización estilística normal de las posibilidades que ofrece un sistema, de aquellos elementos que son normalmente, en la lengua de una comunidad, portadores de un particular valor expresivo (2), es decir, una *ciencia de la norma*, mientras la estilística que estudia el valor particular que cualquier elemento de la lengua puede adquirir en un texto, como originalidad expresiva individual, es *estilística del hablar* (3).

Entre las ciencias que se ocupan del aspecto fónico del lenguaje, la *fonología*, si se la entiende como estudio estructural y funcional, no puede ser ciencia de la lengua, de toda la lengua (sistema-norma), sino sólo del sistema. Es preciso, por consiguiente, distinguir en este campo una *ciencia de las realizaciones normales* del sistema fonológico de una lengua (4), ya representada, en parte, por los buenos "manuales de pronunciación". Una ciencia de este tipo podría ser la *fonometría* de Zwirner, que, como todo estudio estadístico, se presenta efectivamente como ciencia de la norma (5). En cuanto a la *fonética*, esta ciencia ya se entiende por la mayoría de los estudiosos como estudio de los sonidos concretos, es decir, como ciencia del hablar.

Por lo que concierne a la gramática propiamente dicha, la *gramática estructural*

(1) Cf., a este propósito, J. MATTOSO CÂMARA jr. — *Contribuição para uma estilística da língua portuguesa*, Rio de Janeiro, 1952, partic. p. 12.

(2) Cf. BRUNO MIGLIORINI — *Lingua e cultura*, Roma, 1943, p. 60.

(3) Compárese, en este sentido, la estilística de Bally con la de Vossler.

(4) Propondríamos el término *fonología* para la ciencia general del aspecto fónico de la lengua (sistema funcional y variantes normales, facultativas o combinatorias) y los términos *fonemática* y *fonémica*, respectivamente, para las ciencias fónicas del sistema y de la norma. De todos modos, los términos que se empleen serían convencionales: lo importante es distinguir entre una *fonología* del sistema y una *fonología de la norma*.

(5) El estudio estadístico, estudio cuantitativo de la norma, adquiere cada vez más importancia, pues la norma representa el equilibrio de un sistema en un momento dado y los cambios cuantitativos llevan sin falta a cambios cualitativos: los cambios en la norma llevan a cambios en el sistema. Cf. M. COHEN — *Sur la statistique linguistique*, en *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris*, IX, 1949, pp. 7-16.

tural es ciencia del sistema, mientras la gramática descriptiva es ciencia de la norma. Más bien como ciencia del hablar se presenta, en cambio, la llamada "gramática de los errores" (cf. la *Grammaire des fautes* de Frei, para el francés; o la obra del mismo tipo que I. Jordan ha publicado para el rumano), aunque estudie particularmente aquellas modificaciones de la norma que se están difundiendo, que ya constituyen, de algún modo, "norma parcial". Y estamos seguros que distinciones de la misma índole podrían hacerse también por lo que concierne al estudio del léxico.

Pero, sobre todo, la distinción entre norma y sistema nos parece importante por la clarificación que puede traer en lo que se refiere a la comprensión del mecanismo íntimo del cambio lingüístico. En efecto, hemos visto que lo que se impone al hablante no es el sistema (que "se le ofrece"), sino la norma. Ahora, el hablante tiene conciencia del sistema, y lo utiliza, y, por otro lado, conoce o no conoce, obedece o no obedece la norma, aun quedando siempre dentro de las posibilidades del sistema. Pero la originalidad expresiva del individuo que no conoce o no obedece la norma puede ser tomada como modelo por otro individuo, puede ser imitada y volverse, por consiguiente, norma. El individuo, pues, cambia la norma, quedando dentro de los límites permitidos por el sistema; pero la norma refleja el equilibrio del sistema en un determinado momento y, cambiando la norma, cambia ese equilibrio, hasta volcarse totalmente de un lado o de otro. De esta manera, el individuo hablante aparece como punto de partida también del cambio en el sistema, que empieza por el desconocimiento o la no-aceptación de la norma.

Observa V. Pisani que, por lo que concierne al cambio semántico, es norma fundamental "que el nuevo significado que una palabra asume haya sido presente, como secundario, en el empleo precedente de la misma palabra" (1). Es decir que, en cada momento, un determinado significado es el normal y otros significados son "laterales", latentes, posibles desde el punto de vista del sistema. Pero lo mismo ocurre con todos los demás cambios lingüísticos: allende la norma establecida, existen siempre las posibilidades del sistema (y en este sentido, pensamos, habría que interpretar la doctrina de Meillet acerca de las tendencias latentes de las lenguas). En cada momento la norma refleja un equilibrio inestable del sistema.

Así, por ejemplo, en latín clásico era normal la declinación desinencial, pero en muchos casos se empleaban además preposiciones que ya de por sí indicaban suficientemente la función: la norma se desplazó cada vez más hacia el empleo de las preposiciones, hasta que el equilibrio del sistema se volcó, quedando de la antigua declinación, en la mayoría de las lenguas romances actuales, apenas la oposición entre singular y plural. Del mismo modo, los sustantivos de la 4ª declinación pasaron gradualmente a la 2ª (*tribu* y *espíritu* son en español préstamos cultos del latín), porque ya tenían varias formas que coincidían con las formas de esta última y ciertos nombres admitían los dos paradigmas; y los nombres de la 5ª declinación

(1) V. PISANI — *L'Etimologia*, p. 158.

pasaron a la 3ª, con la cual tenían varios casos en común, o a la 1ª, dado que ya tenían variantes pertenecientes a esta declinación (es decir que, más bien que verdadero "pasaje", hubo simplemente eliminación de las formas de 5ª, como *pigrities*, *luxuries*, *avarities*, y conservación exclusiva de las formas de 1ª, *pigritia*, *luxuria*, *avaritia*).

La aplicación del sistema en sentido contrario a la norma se manifiesta del mismo modo en la creación analógica y en la aparición de una forma "anormal" (en el comienzo), pero que encuentra su lugar en la simetría del sistema. Así, por ej., el español rioplatense posee una serie de consonantes sordas (*p*, *t*, *k*) y conoce la oposición entre sorda y sonora en el caso de *k* - *g* (*cala* - *gala*) y, limitadamente, también en el caso de *t* - *d*, *p* - *b* (*tienta* - *tienda*, *impele* - *imbele*); no posee, en cambio, la correspondiente sorda de *ž* de *žorar* (*llorar*), es decir, el fonema correlativo /š/. El sistema fonológico rioplatense posee, pues, una "casilla vacía", la correspondiente a /š/, casilla que podrá llenarse (y, en efecto, ya se oye en ciertos casos š, por ahora como variante de /ž/; pero el nuevo sonido podría adquirir con el tiempo valor distintivo y volverse un fonema nuevo).

Del mismo modo, el cambio fonético es, en primer lugar, desplazamiento de la norma hacia una realización acústica de un fonema admitida por el sistema: *j* (*y*) es en España variante acústica de /ɲ/ (*ll*) y *ž* es variante tanto de /j/ (*y*) como de /ɲ/ (*ll*), pero en el Río de la Plata *ž* se ha vuelto realización normal de *y* y *ll* y se ha llegado con eso a la fusión de los dos fonemas.

Objeta Pisani, en una reseña de los *Principios* de Trubetzkoy (1), que en el pasaje de lat. *ke*, *ki* a ital. *če*, *či* debe haber habido un tiempo bastante largo durante el cual se pronunciaba tanto *ke*, *ki* como *če*, *či*, en la misma comunidad, en la misma familia y hasta por el mismo hablante. Pero esta observación, indudablemente exacta, no afecta sino que confirma la doctrina de Trubetzkoy: mientras se pronunciaba tanto *ke*, *ki*, como *če*, *či*, el fonema respectivo no era ni *k* ni *č*, sino otro, que contenía sólo los rasgos comunes de estos sonidos, y admitía las dos realizaciones acústicas; luego la norma se desplazó cada vez más hacia la realización *č*, hasta que ésta se volvió la única normal, permitiendo entonces la aparición de un nuevo fonema /k/ con valor distintivo. (En esencia, no hay una gran diferencia entre esta interpretación fonológica y lo que el mismo Pisani afirma acerca del cambio semántico que ocurre mediante desplazamiento del centro de gravedad de la significación hacia un "significado secundario".)

Por otra parte, la oposición entre variantes en la norma puede llevar a un desdoblamiento fonemático, es decir, a una oposición en el sistema. Es lo que ha ocurrido con la *u* latina representada en los romances modernos por *u* y *v*. Y, por lo que concierne en particular al español, es lo que ha ocurrido con la oposición *o* - *ue*. Esta oposición fué en un tiempo simplemente normal, siendo *ue* una parti-

(1) *ACI*, XXXV, II, pp. 186-189.

cular realización de cierta *o* acentuada (Santa Teresa aplica todavía rígidamente la regla, diciendo *fuelle* - *fontecica*) (1), pero luego, perdiéndose además la distinción fonológica entre *o* cerrada y *o* abierta, se ha vuelto significativa, distinguiendo, por ejemplo, *foro* de *fuero*, *coro* de *curo*, *bono* de *bueno*. Al mismo tiempo, como contrapartida, se pierde la conciencia de la variante de realización y llega a decir *nuevo* - *nuevísimo*, *bueno* - *buenísimo*, en lugar de *novísimo*, *bonísimo* (2).

Naturalmente, algunos de estos cambios no se engendran en el sistema, sino que son provocados por la introducción de palabras pertenecientes a otro sistema (extranjeras o simplemente regionales), que transforman una oposición normal en oposición funcional (así, por ejemplo, la introducción de un número mayor de palabras italianas en el rioplatense podría dar valor funcional a la oposición entre *z* y *g*, que actualmente son sólo variantes de realización del mismo fonema). En este sentido conviene recordar la distinción de Sechebave entre "cambios orgánicos" y "cambios contingenciales". Pero, por el modo como ocurren, si se excluye el momento inicial del préstamo, todos los cambios aparecen como orgánicos. Así, por ejemplo, la oposición singular-plural totalmente nueva que tenemos en rioplatense en el caso de *clu* - *clubes*. Se trata de una palabra extranjera, penetrada en el sistema con sus formas originales de singular y plural (*club* - *clubs*); ahora, *club* habría podido seguir el camino de *tique* - *tiques* (*ticket*), *cheque* - *cheques* y tener un plural como *clus*, *clúes* o también *cluses* (según el modelo de *maravé* - *s*, *-es*, *-ses*): pero, mientras se decía todavía *club* como *Fremdwort* (neologismo no asimilado), su plural se asimiló al sistema español, bajo la forma *clubes*; luego, volviéndose la palabra usual, se asimiló también su singular, bajo la forma *clu* y esta forma se opuso al plural ya asimilado *clubes*. El cambio consiste justamente en esta asociación, pero ella ocurrió entre palabras ya pertenecientes al sistema. Lo mismo puede comprobarse con el plural de *ómnibus*: mientras se dice *ómnibus-ómnibus* u *omnibus-omnibuses*, el sistema no se afecta; pero en el momento en que la norma prefiere un elemento de cada pareja (*ómnibus-omnibuses*), tenemos un cambio en el sistema y ya se prepara el camino a oposiciones como *tesis-testes*, *síntesis-síntesis* (3).

Los cambios se producen particularmente en los "puntos débiles" del sistema, ahí donde la oposición no tiene mucha importancia y puede, por consiguiente, ignorarse en el hablar, y luego también en la norma. En este sentido, justamente, para comprender y, quizás,

(1) Cf. R. MENÉNDEZ PIDAL — *El estilo de Santa Teresa*, en *La Lengua de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1942, pp. 145-174.

(2) Del mismo modo, las oposiciones normales *a-ā* *o-oa*, que ya tiempo eran simples variantes combinatorias, han adquirido en rumano valor fonemático, llegando a distinguir palabras. Cf. AL. GRAUR — *De ce și cum se schimbă limba*, en *Studii*, III, 1948, pp. 51-68. Así también *chaise* y *chaîre* fueron en cierta época, en francés, variantes normales (dialectales), mientras hoy son palabras distintas (significando respectivamente "silla" y "cátedra") y la realización de *y* como *z* ha permitido al rioplatense una oposición significativa entre *yerba* (*mate*) y *hierba* (*pasto*), que en España no se manifiesta sino en la grafía.

(3) Compárese lo que ha ocurrido en italiano con los plurales en *-s* adoptados del inglés y del francés (éstos simplemente por su grafía): la *-s* como signo de plural ha sido aplicada también a palabras que en la lengua de la cual proceden no la tendrían (*Führer-Führers*, *Quisling-Quislings*, *mugik-mugikis*, *cnut-cnuts*), tanto que hoy se trata ya de un elemento funcional que pertenece al sistema italiano como signo reservada a los plurales de los *Fremdwörter*.

para prever los cambios, hay que tener en cuenta la importancia relativa de las oposiciones sistemáticas, el "rendimiento funcional de las oposiciones", como dice Martinet (1). Así, por ejemplo, es muy difícil que en español se llegue a una confusión entre *l* y *r*, dado que hay un gran número de palabras, como *lana* - *rana*, que se distinguen por esta oposición. En cambio, la oposición entre *s* y *θ* (*z*; *c*, en *ce*, *ci*) es de poco rendimiento: no hay peligro de que se confundan palabras como *sueco* y *zueco*, que difícilmente pueden encontrarse en el mismo contexto, ni de que se vuelvan irreconocibles palabras como *movedizo*, *enfermizo*, *zurcir* (cf., en cambio, *lago* - **rago*). Lo mismo puede decirse de la oposición *ll* - *y*, que funciona en pocos casos, como *llanto* - *yanto*, *halla* - *haya*. Pero, una vez producida la confusión en casos donde el rendimiento funcional es nulo, ella se extiende y afecta, como justamente ha ocurrido en rioplatense, también los casos donde la oposición sería necesaria, como *casa* - *caza*, *cocer* - *coser*, *ciervo* - *siervo*. Ocurre, entonces, que nos encontramos frente a la exigencia de evitar las confusiones, o eliminando una de las palabras implicadas (*yantar* no se usa en rioplatense y *siervo* se emplea poco), o aclarando la distinción por medio de la sintaxis, del contexto (como en el caso de *casa* - *caza*: una joven se *casa* sin más, mientras un puma se *caza* con el *fusil*), o rehaciendo de alguna manera el sistema, como en el caso de *cocer* - *coser* (las amas de casa uruguayas dicen, en efecto, *cocinar* en lugar de *cocer* y hasta el pan es "cocinado").

Ulteriores desarrollos podrán demostrar de manera más cabal, creemos, la importancia y utilidad de la distinción establecida. Por lo que nos concierne, pensamos que varios problemas lingüísticos de dificultad universalmente reconocida podrían encontrar solución a la luz de dicha distinción. Así, quizás, el arduo problema de las partes de la oración, como, justamente, observaba el Prof. Luis Juan Piccardo, en una comunicación leída en el Centro lingüístico de Montevideo; en efecto, pensamos que también por lo que se refiere a la función clasificadora podrá comprobarse que se manifiesta: como posibilidad, en el sistema; como tradición y realización determinada, en la norma; y como movimiento dialéctico entre creación y repetición, entre libertad e imposición, en el hablar concreto. (*)

(1) "Partout où, dans le langage, la confusion n'est pas à craindre, il peut se produire des glissements qui modifient, sans le tableau des phonèmes, du moins les possibilités combinatoires de ceux-ci" (*Où en est la phonologie?*, p. 55).

(*) Este trabajo se encontraba ya en la imprenta cuando nos llegó de Ginebra un notable artículo de H. FREI, *Langue, parole et différenciation* (apart. del *Journal de Psychologie normale et pathologique*, abril-junio 1952), en el cual se señalan las mismas contradicciones en el desarrollo de la doctrina saussureana y se destaca la existencia en ésta de dos conceptos de lengua: la lengua como institución social y la lengua como sistema de valores. Pero la solución que el estudioso ginebrino da del problema es netamente distinta de la que aquí se propone: es